RAZA CIEGA
Y OTROS CUENTOS



MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

BIBLIOTECA ARTIGAS
Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COMISION EDITORA

Prof. JUAN E. PIVEL DEVOTO
Ministro de Instrucción Pública

MARÍA JULIA ARDAO
Directora Interina del Museo Histórico Nacional

DIONISIO TRILLO PAYS
Director de la Biblioteca Nacional

JUAN C. GÓMEZ ALZOLA
Director del Archivo General de la Nación

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol. 117

FRANCISCO ESPÍNOLA

RAZA CIEGA Y OTROS CUENTOS

Cuidado del texto a cargo de las
Profesoras Srtas. ELISA SILVA CAZET y MARÍA ANGÉLICA LISSARDY.

FRANCISCO ESPINOLA

RAZA CIEGA
Y OTROS CUENTOS

Prólogo de
ESTHER DE CACERES

MONTEVIDEO
1967

PROLOGO

La medida de un gran artista se da según su capacidad de abstracción que es equivalente o paralela a su capacidad de creación.

Estudiando la obra de Espínola hemos descubierto cada vez más las pruebas de esa capacidad; la relación intensa y delicada, sabia, que existe entre el mundo de su narrativa y el mundo real.

Esa relación está determinada por varias líneas componentes entre las que son esenciales el poder de observación, la selección de los elementos de la realidad, la capacidad para *componer* según un saber de Arte y un oficio tenazmente ejercitado...

Por la capacidad de observación, por la mirada aguda, puede Espínola conocer la realidad con un sentido ontológico, fiel. De tal modo su visión es un "reencuentro con lo real", es decir, con el objeto percibido según su verdad más íntima.

Todos los elementos de la realidad así conocidos se incorporan a su experiencia y pasan a vivir —sin perder su carácter ontológico— a un mundo nuevo, creado a expensas de medios propios, de medios estilísticos reveladores de esa visión plena.

Y en la puerta de ese mundo nuevo se produce la selección de los elementos, primer paso por el que ellos seguirán, en este mundo del cuento o de la novela, la ley que en ese primer paso del proceso se cumplió: si la observación fue a lo hondo, a lo ontológico, a la verdad de las cosas, ahora esta selección atenderá a lo ontológico, a la verdad de la obra de

arte. Las dos verdades, la objetiva y la artística se juntarán por una misteriosa relación entre el autor y el mundo exterior y el autor seguirá sirviendo a la verdad de un modo más activo, dando de sí y de su poder los medios para que esa verdad subsista y resplandezca, recreada, enriquecida por la sabiduría de quien la revela ya con medios nuevos entre los que — en primer término — cuenta el proceso de selección.

La trascendencia del objeto descubierta por la visión profunda que busca la verdad total, es seguramente la que exige esta selección, y la que exige también los medios necesarios, la necesaria forma, que el autor crea en su etapa de composición, específica etapa de la creación de estilo.

En el gradual de estas etapas fundamentales reside uno de los secretos más poderosos de la obra de arte: la relación entre la naturaleza y el arte; la distancia entre realidad natural y realidad artística, el poder de abstracción.

Este poder mide el valor de las obras de arte. Puede percibirse en toda la obra de Espínola. El alude al proceso que se liga a tal poder en importantes afirmaciones del discurso de 1962, ante la Junta Departamental de Montevideo. Se refiere a los personajes que conoció y llevó a su obra: "En San José todos estaban contentos. Algunos creían reconocer su propia psicología en la novela. Y yo les decía que sí, aunque no fuera exacto. Y ésos resultaban los que más fielmente se veían retratados..."

Y a propósito de los objetos, este impresionante diálogo:

—"A Ud. se ve que no le gusta el bandolín, señor Espínola.

—Me gusta, sí —susurré para obligarle a bajar la voz.

—¿Y cómo, señor Espínola, no puso ninguno en "Sombras sobre la Tierra"? ¡A mí me gusta tanto!

Y luego el mismo interlocutor habla de los personajes de "Sombras":

—"¡Y qué buena era la finada Margarita!"

Acota Espínola: "Margarita, aclaremos, es una muchacha de la novela, que se suicida arrojándose al río..." Y recordé entonces algo muy singular. Yo fui muy amigo de Vaz Ferreira, desde joven. Conversábamos mucho, solos los dos. Y muchas veces —conocía mejor que nadie hasta los mejores detalles de *Sombras sobre la Tierra*—, muchas veces, con aquella su voz tan velada, tan dulce, me dijo y me volvió a repetir poco antes de morir: —"¡Yo no sé cómo Ud. pudo matar a Margarita!"

"Ya ven qué conmovedor, qué hondo es esto. Dos almas en todo sentido fijadas casi en los polos opuestos de la vida nacional, se habían encontrado en el mismo sentir inocente de que un personaje literario era un ser viviente."

Las palabras de Espínola tienen un significado rico y profundo. Ellas nos dicen este poder universal de su creación, perceptible en tan variados planos y nos dicen la relación de la realidad con el mundo creado por él en sus narraciones.

Si están cosas y personajes ligados a la realidad vivida; si desde zonas de la memoria, más o menos concientizadas, ella aflora a la creación del autor, lo cierto es que hasta tal punto el autor elige, recrea, compone, a expensas de sus medios expresivos, que una distancia sutil separa el mundo natural del mundo creado. Pero esa distancia es tan estricta, tan medida,

gracias a la sabiduría estilística del autor, que una íntima conexión de realidad y Arte se establece. Están allí implícitas la verdad ontológica del objeto, en el mundo real, la percibida por el autor, la percibida por nosotros y la verdad ontológica percibida por nosotros, creada por el autor en el espacio ideal de la obra.

Este signo característico del gran Arte de todo tiempo se da en Espínola desde los primeros momentos de su creación literaria.

Los rasgos que convergen en tal nivel de calidad están ya vivos en ese comienzo feliz. Y si la obra avanza en una elaboración cada vez más intensa, podemos decir que es difícil asociar ese paso a un progreso que signifique la consideración peyorativa de las primeras narraciones del escritor. La progresión se da en él como un resultado de la madurez personal, de la honda evolución espiritual, moral, cultural, propia de los seres intensos. La experiencia vivida, concientizada; la tenaz búsqueda de los medios específicos de expresión, el rigor vigilado del oficio, determinan el paso de la obra en una unidad que tiene como fundamento esa raíz existencial. Toda ella es como un ser vivo y de ella puede decirse lo que se ha dicho a propósito de la persistencia de todas las edades en una realización total: "En cierto modo, el alma ha de resucitar con todas las infancias, adolescencias y madureces de su carne, sucediendo con su unidad algo así como con la de una pieza musical, o más bien, con la de una escultura que se viera expresada en música".



En los cuentos de *Raza Ciega* aparecen los rasgos característicos de la narrativa de Espínola: ya ricos de valor *per se;* conteniendo, además, elementos que van a desarrollarse en *Sombras sobre la Tierra* y en los cuentos escritos después.

Entre esos rasgos característicos ya plenos en *Raza Ciega,* constantes en toda la obra del escritor, se destaca la viva creación de personajes, cuya entidad se apoya en algo muy intrínseco de Espínola. En verdad, se siente latir en todos los niveles de *Raza Ciega,* en cada personaje, en cada momento de la acción o del diálogo, ese amor que determina el conocimiento hondo y conmovido de los demás seres. Podría ser prueba de esta intensa comprensión el recuerdo de aquellas hermosas precisiones de Maritain sobre el valor de la comunión de vida, de deseo y de sufrimiento en la relación *con el pueblo,* diferenciando la categoría *existir con* y *sufrir con,* de la categoría *actuar para* o *actuar con.* "*Actuar para* pertenece al simple amor de benevolencia. *Existir con* y *sufrir con,* al dominio del amor de unidad... *Existir con* es una categoría ética. No es vivir físicamente con un ser en el sentido de desearle bienes; es amarlo en el sentido de hacerse uno con él, de llevar su carga, de vivir en convivencia moral con él, de sentir con él y de sufrir con él, y permanecer con él... Si se tiene amor por esa cosa viva y humana, muy difícil de definir como todas las cosas humanas y vivas, pero más real por eso, que se llama el pueblo, se querrá desde luego y, primordialmente, existir con él y sufrir con él y permanecer en su comunión.

Antes de "hacerle bien" y trabajar para su bien; antes de hacer o no la política de éstos o aquéllos que invocan su nombre y sus intereses; antes de pesar en

conciencia el bien y el mal que ha de esperarse de las doctrinas y de las fuerzas históricas que lo solicitan y de elegir entre ellas, o quizás en algunos casos excepcionales, de rechazarlas por igual, se habrá elegido existir con él y sufrir con él, hacer propia su pena y propio su destino".

Esta actitud pulsátil y dramática aparece en la vida y la obra de Espínola. Se hace particularmente intensa en *Sombras sobre la Tierra.* Pero si bien allí, por razones especiales que se vinculan a la intensa presencia autobiográfica, a una más directa presencia del autor, en todos los casos, el *sufrir con* los otros es el eje vivo de la obra; en todas las narraciones de *Raza Ciega* y en los cuentos aparecidos ulteriormente se sabe que en ese amor, en esa comunión sufriente, está la raíz de este saber de los seres, de este saber de las almas, de esta mirada penetrante y voraz, que se hunde en los hechos, en la luz y en la sombra, en todos los rincones del alma, para arrebatar allí la verdad, para comprender y amar más, para compadecer, para padecer con los otros.

Dos elementos fundamentales inspiran la *moral del escritor* en Francisco Espínola. El primero es esta atención al dolor humano, a la necesidad de amor y de pan, a la trascendencia del ser. Se relacionan con este elemento aquellas palabras que el escritor dijo en el Liceo Departamental de San José, en un acto de homenaje que se le tributó en el año 1957.

"...Yo pensaba cada vez con más seguridad, atendiendo asimismo a la observación de otros fenómenos contemporáneos, que tal vez esta crisis actual de la sociedad, este mundo tan frío, tan hostil para el espíritu, tan cruel, duro hasta sumergirnos en un egoísmo que, en vez de obrar en beneficio nuestro, nos mar-

chita lo poco de cándido que nos queda, yo pensé que esa crisis, repito, pudiera muy bien estar ya tocando fondo; y que en un lugar y en otro, con más magnitud en un sitio que en otro, y manifestándose de distintas maneras, se comienza a señalar en el horizonte del mundo que el hombre no puede seguir así, que el alma humana comienza a exigir respeto a sus prerrogativas; que se está haciendo necesario volver a una vida en que las relaciones humanas son más generosas, más tiernas y más puras, lo que permite que el corazón cumpla con su destino, que es el de ser solidario y el de querer oscuramente, sin medir el grado de merecimiento de aquel a quien se ofrece."

Los personajes están creados con una fuerza, con una luz de verdad, con una objetividad magistrales. Y a pesar de esa objetividad ¡cuánto hay del autor en ellos! Desde el breve toque en que se siente su alma y su sensibilidad de escritor, hasta el rasgo típico, fuerte, con que el elemento autobiográfico se asocia al personaje de ficción. Es en *Sombras sobre la Tierra* y en *Saltoncito* y en cuentos como *Lo inefable*, donde se percibe más claramente, en su carácter más vivo, quizá en su pasión dominante.

Habla el personaje de *Lo inefable:* "Llegará un día en que todos seremos felices. Sí, yo me estoy preparando para poderlos hacer felices. Todos tendrán qué comer y dónde dormir tranquilos. Y todos nos querremos mucho y nos ayudaremos mutuamente. ¿A ustedes les parece que eso es imposible, que es difícil?...



El segundo elemento importante de la moral del escritor se da en Espínola según la búsqueda tenaz, he-

roica, de los medios de expresión. Al leer *Raza Ciega* ya nos encontramos con un perfecto ajuste, con un estilo vivo y riguroso, con una sabiduría que viene de la gran conciencia de Arte y del ejercicio para lograr tales calidades. De esa conciencia nos dice él mismo, con una lucidez y una precisión admirables, en otro de los discursos, el pronunciado en 1962 en la Junta Departamental de Montevideo.

En esas páginas habla Espínola sobre el proceso de *Sombras sobre la Tierra,* sobre sus personajes, sobre su voluntad creadora buscando dar "el fondo permanente... del alma humana"; y aborda el problema de los medios:

"Cuando escribía los cuentos de *Raza Ciega;* después componiendo *Saltoncito* y algunas otras cosas, yo mantenía una actitud vigilante respecto de las técnicas, de los procedimientos de realización cuyos problemas íbanseme presentando y debía, en la ocasión, resolver como podía, pero que, en su mayoría, era preciso seguir meditando a fin de llegar a saber con exactitud si no tendrían soluciones más ventajosas. Y era este un honrado afán. Porque en arte, el deseo de dominar en lo posible una técnica no nace del propósito de aderezar, de hacer que las cosas sean más lindas, sino de que ellas puedan pasar al receptor, al lector, tal como son, tal como están en uno, lo más fielmente posible. Es la necesidad de no herir la materia a expresar: de mantener indemne eso que se ha hecho de naturaleza espiritual aunque haya llegado del mundo exterior concreto y, que debe objetivarse, de nuevo, en un cuadro, o en la piedra o en el bronce de una estatua para, desde allí, ejercerse como causa irresistible a fin de que la imagen espiritual, intransferible en la mayoría de los hombres, por milagro del

prodigio técnico se levante idéntica en el alma del otro ser."

Alberto Zum Felde, en su hermoso ensayo sobre Espínola, señala su originalidad en cuanto se refiere a la creación de personajes, a la revelación de sus almas, a la comprensión honda del ser dramático, del ser conflictual, que hace de cada hombre un misterioso héroe, pleno de valor simbólico.

Esta capacidad de Espínola para descubrir tales almas y para revelarlas según medios estilísticos eficaces y originales, viene seguramente de su poder de amor, de su sentido solidario, de su gran piedad. Por ese camino descubre el alma de sus personajes y, — además — la relación misteriosa de los mismos, viva en la acción y en el diálogo. Muchas veces, ahondando en su lectura, evocamos el don de Dostoyewski, su penetración psicológica, su versión de personajes tan vivos, tan intensamente dramáticos. Quizá la evocación se arraiga más y más a causa de esa relación de los personajes entre sí, tan conmovedora en Dostoyewski; relación que, además de su entidad subjetiva, propiamente psicológica, da realidad a los seres por efecto de la relación de valores que, como en las obras plásticas, aparece en las presencias de la creación literaria. Pienso que esta maestría de Dostoyewski viene de su sentido cristiano de las relaciones humanas; de la conciencia de aquella pungente verdad que Bernanos marcó diciendo que "todos somos responsables ante todos", máximo nivel del amor fraterno. Este sentido se nutre, en Dostoyewski y Bernanos, tan emparentados entre sí, en la trascendencia de la "comunión de los santos", el más poderoso y profundo sentido de las relaciones humanas. No sé si Espínola tiene conciencia de su aptitud para sentir esa realidad del alma con-

signada en el hermoso dogma. Seguramente, aunque sea por vía oscura, la radiante verdad ha llegado a su alma desde la tradición remota y próxima en que esa alma se formó.

Son los mismos apoyos en que se funda su experiencia conmovida de los viejos templos de Francia — que dijo en bellísimas notas periodísticas de 1959 — y la que vivió en los sitios insignes de Nazareth, registrada en diálogos vivos y en el epistolario de ese tiempo. En una carta suya, después de describir la casa de José y de María, me dice: "Mi madre estaba a mi lado como después de muerta no estuvo jamás con tanta poderosa presencia. Y yo escuché su voz de jazmín, pero no con mis duros oídos actuales sino con los frescos de mis cuatro y cinco años".

Este testimonio acompaña a nuestra afirmación sobre los fundamentos del sentido cristiano que late en la obra entera de Espínola.



La acción en los cuentos de *Raza Ciega* es siempre dramática y ligada al alma dramática de los seres que allí aparecen.

Y sin embargo, el efecto tremendo que podría tener sobre nuestro espíritu este angustiador carácter, se amortigua, se aplaca, por un secreto don del narrador.

¿Por qué se amortiguan, por qué se aplacan el dolor, la ansiedad, el pesimismo, que se desprenden de estas versiones de una realidad tremenda? Sin duda por el valor *per se* que alcanzan aquí los elementos estéticos. Pero existe otra explicación que aquí propongo. Porque hay un elemento compensador de toda la angustia: y es el que radica en la piedad con que

el autor mira a sus personajes; y es el que radica en la bondad de los seres resignados, tiernos, mansos, inocentes, que pueblan el mundo creado por Espínola. Hasta en las sorpresivas reacciones de aquéllos como el que en medio del clima brutal de "Cosas de la Vida" encuentra las palabras más tiernas para saludar a una niña que recién nace...

Esta piedad, esta ternura que el lector siente, que el autor ha infundido en toda la obra, que enriquece para siempre la vida íntima del lector, aleja las narraciones de Espínola de toda literatura turbadora, la sitúa en el nivel de salud de la literatura clásica y constituye una lección de equilibrio estético de gran entidad.

La lección está ligada a uno de los elementos esenciales de la obra de Espínola: es este amor al pobre, esta mirada tendida al pobre, que nuestro escritor señaló, de modo memorable, en Cervantes y que constituye uno de sus evangélicos signos. Son los pobres: y más todavía: "Y me acerqué hacia los más humildes, hacia los más imperfectos, hacia los más ciegos; a los que eran más desgraciados que los otros y que yo mismo. Y esa fue mi vida durante un tiempo; compartir la existencia, el cariño fraternal — como nunca he querido, quise en aquellos años — con los más modestos, con los faltos de la más rudimentaria cultura. Y hasta con los de una conducta que de ninguna manera era edificante: tan poco edificante, que a veces yo tenía que visitarlos en la cárcel".

Este es el contexto del testimonio que, por vía artística, da Espínola en sus narraciones. Tales palabras, que leo en uno de sus discursos, son un documento existencial de hondísimo valor. Por él se entiende esta fina trama de piedad, de cristiano amor, que sostiene

a sus obras, y que compensa y equilibra toda desesperación, porque en ese amor nos liberamos y volvemos desde la angustia a respirar el aire liviano de la Esperanza.

Los personajes conservan su entidad real, individual a pesar de su existencia simbólica, representativa y, a pesar de los distintos modos y grados en que el autor se da en ellos. Vienen de una realidad que ha sido observada, sentida, bien sabida por Espínola. Y esa realidad exterior está dada en versión fiel; pero en los seres que aparecen en la narración se patentiza aquel misterio por el cual el alma es la forma sustancial. Y el aspecto exterior, el ademán, el gesto, responden a esa alma profunda que Espínola ha descubierto en ellos, y con la que su propia alma se encuentra. Por esa relación de almas y cuerpos, tan misteriosa como intensa, es que los rasgos exteriores mantienen su carácter como tales y la realidad imaginada, producto de la abstracción hecha sobre la realidad de la vida, es una realidad corpórea, plástica y viva, de presencia plena.

Aparecen los seres de nuestra tierra, con sus costumbres, su lenguaje, su paisaje circundante, sus vidas pobres, sus destinos tristes. Se revelan en la acción, narrada con sobriedad y con exactos tiempos. Se revelan en su íntima relación con el medio, descrito plásticamente, según rasgos esenciales, según las líneas vivas de un paisaje que, a pesar de cierta necesaria y valiosa subjetivización, conserva su verdadero ser.

Se revelan en el lenguaje, registrado con fidelidad. Un lenguaje que encuentra sus ecos en las expresiones del campo que el narrador incluye fuera de los diálogos, según un concierto difícil y logrado del léxico popu-

lar campesino y de su propio léxico culto, elaborado según la más viva y rica tradición de la lengua.

Los personajes son siempre intensos, fuertes; pero no unilaterales; por el contrario, aúnan rasgos contradictorios y, sorprenden en sus manifestaciones, en cuyas variantes y contrastes se apoya la progresión de los cuentos y la sorpresa de los desenlaces. Pensemos en el personaje de *Cosas de la Vida*, el Viejo que recibe, con una ternura increíble a la niñita recién nacida.

La realidad de estos personajes, su existir en el espacio y en el tiempo, son de un poder tal, que toda asociación de las narraciones con un sentido psicoanalítico o con un sentido autobiográfico queda amortiguada. Porque la realidad recreada, las imágenes creadas, tienen un valor en sí mismas, tanto como tienen un valor en sí mismas las imágenes poéticas.

Siempre he pensado que la crítica psicológica y la crítica psicoanalítica despolarizan la atención alejándola de los valores estéticos, esenciales fundamentos de la obra de Arte. El mismo Gastón Bachelard que ha estudiado con sensibilidad muy delicada los apoyos psicoanalíticos en hermosos ejemplos, llega hoy a decirnos cómo la imagen debe ser considerada en su ser, no desde el punto de vista psicológico, sino desde el punto de vista fenomenológico, en su originalidad esencial, por la que supera todas las circunstancias y vive en un aire nuevo absolutamente libre.

Bachelard propone como ejemplo para este tipo de examen un cuento de Poe y señala cómo es limitada la crítica que se refiere a las relaciones del cuento con experiencias del autor. La creación está más allá de eso.

Han podido hacerse, se han hecho interpretaciones psicológicas de los cuentos de Espínola, e incluso a él mismo le hemos escuchado disertaciones en que realizó un examen apasionante de *Saltoncito*. Pero importa no desviar hacia ese lado la atención y conocer los valores estéticos que la obra tiene. Pienso que luego, si éstos se relacionan con los datos psicológicos, biográficos del autor, se podrá llegar a una conclusión de gran interés para la valoración artística. Se podrá medir la capacidad de estilo del creador que ha podido trascender todo y llevarlo a un orden estético; es decir, que ha podido llevar lo anecdótico, lo circunstancial, a un plano de valores eternos.



En la realidad que Espínola recrea tienen los objetos y los animales un sitio también estudiado con exactitud, según el sentido de amor que se extiende a todo lo que puebla el mundo, y según un sentido de jerarquización que busca las posibilidades estéticas y la categoría de los significados.

Los objetos vulgares, llevados a espacio y tiempo de la narración, llevados, pues, a un orden estético, cobran su trascendencia y se transforman en elementos propios de la obra de Arte. Este es un signo de maestría, que en Espínola se da generosamente. Trae los objetos de la vida vulgar, los muestra en su ontológica verdad, los rodea adecuadamente, los envuelve en el aire de la narración. Y ya, como en un bodegón velazqueño, ellos adquieren un valor estético que los hace perennes. Los ha robado a lo circunstancial. Ha realizado esta proeza, eligiendo en el mundo de las cosas vulgares aquellas que pudo transfigurar y llevar

al plano estético en que situó las realidades más bellas y más emparentadas con la poesía y el sueño: como en aquellas delicadas imágenes de *La fuga en el espejo.* Ha podido, pues, eludir todo feísmo, todo vulgarismo, por medio de esa transfiguración: así la *res* que pintó Rembrandt se ha transfigurado, mediante los medios plásticos del pintor, y sin dejar de ser esa *res* se convierte en una piedra preciosa...

En un notable pasaje de *Pedro Iglesias* se registra un sitio cuyo aire de fábula nos hace descansar luego de un angustioso diálogo de los personajes sufrientes.

Después de una frase corta que separa a este pasaje gracioso de la tensa situación de los interlocutores, el autor relata un momento del patio en el alba:

"Chillaba "la pava". Oíase el ladrido de los perros persiguiendo a algún bicho desgraciado "que se había dejao bombiar". El patio se llenaba de enfáticos gallos y de gallinas discretas que, conociéndoles muy bien, sólo les hacían caso cuando querían hijitos. Estos, caminando como con zancos detrás de las madres, recibían la peripatética enseñanza distrayéndose constantemente, debido a lo cual, muchos tendrían que aprender por experiencia que no se debe saltar sobre los cuzcos dormidos, ni acercarse a los patos, que se irritan cuando los sacan de sus cavilaciones...".

Otra vez, en *Visita de duelo,* recurre a la misma estampa graciosa, interrumpiendo la dramática narración:

"Afuera, en el patio, los patitos volvían hechos sopa, de uno en uno, a paso de infante. El charabón, de bandido, les llevó la carga. Y hubo un desparramo que contuvo la pata vieja, apareciéndose de entre unas matas, con las alas abiertas y los ojos como chispas."

Este contrapunto, que podría ser violento contraste, se realiza en tales textos con afinada sabiduría. Espínola utiliza así el modo que Huxley realizó con singular poder, antes de que llegaran a nosotros las traducciones del gran autor. Seguirá utilizando el contrapunto y elaborándolo cada vez con más originalidad y perfección, haciendo del mismo la clave estilística de *Sombras sobre la Tierra.*



La gracia de la fábula, que en *Saltoncito* toma el vuelo de Poesía, se emparenta con uno de los registros más sutiles de Espínola: el de la ternura, el de la mirada vuelta hacia el niño. Seguramente la fineza de este registro tiene su origen bien declarado en la misma dedicatoria de *Saltoncito.* Dice así: "A mi madre. En memoria de Hans Christian Andersen".

Conocí a la madre de Espínola En su delicadeza y su señorío, en la bondad de su alma cristiana se apoya por siempre esta obra.

El recuerdo de su madre y el de aquellos cuentos que supo en la infancia laten en este *Saltoncito,* en esta sensibilidad tendida al niño en algunos cuentos de *Raza Ciega,* y en los personajes de la niña triste y los niños felices de *El Rapto.*

Por esa sensibilidad puede crear estos personajes: tal el niño que aparece en *Todavía no.* cuya alma está revelada con agudeza sutil Puede también llevar a un personaje adulto a la ensoñación de una remota niñez: en *El Angelito* Frutos Pareja contempla la luna y busca en ella las imágenes que creyó ver de niño. Espínola, antes de referirse a ese sueño, marca la realidad del personaje y del paisaje celeste: "Frutos Pareja volvió a clavar los ojos en la luna". Aquí alude al personaje,

con su nombre entero, a los ojos del personaje, a su intención de mirar, "clavar sus ojos", y, luego, a "la luna".

Y enseguida viene la prodigiosa evocación, la fantástica imagen:

"Miraba y miraba, esforzándose por encontrar en sus manchas al Niño Dios, a José y a la Virgen y al burrito. Recordaba que desde que dejó de ser gurí no los pudo ver más. Y ahora le había dado por entristecerse con eso. Ya no veía nada. Tuco, el finadito su hermano, decía que veía patente hasta el apero del burrito. "Güena cabezada e plata y oro: cojinillo'e chivo..." El, tanto, no vio nunca... El lo que veía siempre..."

Y el sueño se cierra con la triste confesión:

"Uno se va quedando cada vez más abajo, más abajo, hasta que se pone rente con la tierra, como ofertándose para la tragada..."

Ya es el niño mirado desde lejos, desde la angustia de este más abajo y de la Muerte.



Y otra vez es el hombre transido, que nos dice con su directa expresión desde su puro inocente ser de pueblo peregrino, de pueblo santo, la pena por el paraíso perdido, el paraíso perdido de la infancia, con tan pungente acento como lo han dicho los grandes poetas desterrados y nostálgicos... Y este personaje, en tal trance es, así como todos los personajes de Espínola eminentemente representativo, poseedor de un valor universal innegable.

Se reitera así la verdad tantas veces probada en la Historia del Arte: cuanto más esencial es la realidad

vertida — seres, costumbres, paisajes. alma y carácter de un país — más se acerca a la realidad de todo sitio y todo tiempo, más posee tal realidad el don de llegar a todos, de informar un Arte con valores universales.



La presencia de niños en los cuentos de Espínola está llamándonos desde diversos planos: ya es el pequeño personaje traído de la vida real, mostrado en sus rasgos característicos y en las circunstancias propias del tema. El niño está dado desde su alma, vista por Espínola con una lucidez de amor que nos asombra y conmueve.

Se asocia esa lucidez a la tendencia del escritor hacia un sentido profundo y extendido de la comunicación con el niño, de la participación de sus estados de alma. Es ya en él doctrina. cuando en su diálogo *Milón*, reclama para el sentidor de Arte una actitud de humildad, de docilidad extrema; la que está implícita en la expresión "como niños" del Evangelio de San Mateo.

Y lo que ha expresado una vez: "No se trata de volver a ser niños sino *como niños*" es el consejo para el sentidor y es también la clave de su poder para decirnos este maravilloso cuento que es *Saltoncito*, donde el proceso de *conocer* se da en formas graciosas de inolvidable acento poético; para decirnos el alma de los niños que se asoman en su mundo complejo y lúcido; para decirnos, en los personajes adultos, el recuerdo y el sueño de la infancia; para decirnos su propia lejana infancia y su perenne infancia del corazón.



Junto a la creación de personajes, a la evocación del paisaje, a la acción que se inserta en el cuadro general de una historia profunda, Espínola crea para sus cuentos un espacio y un tiempo, lo cual constituye tal vez su más difícil ejercicio de abstracción.

El tiempo en la narración de Espínola tiene dos modos esenciales: el tiempo de la frase, medido con sentido musical y con una intuición muy fina de la psicología del receptor, y el tiempo inmerso en el espacio, el tiempo que transcurre mientras los hechos se suceden según otro ritmo, que es el ritmo de la acción. Este tiempo es tan vivo en las narraciones de Espínola que a veces parece corpóreo. Es una imagen misteriosa, escondida, del tiempo metafísico y del tiempo psicológico, que integra la experiencia existencial del escritor. El dijo esa experiencia, por vía poética, en *La fuga en el espejo.*

En las narraciones ese tiempo vive y se desarrolla junto a la acción, que en él se inscribe con exactos ritmos, con exactas pausas. Y, al fin, ese tiempo queda sostenido entre los seres y los hechos, afirmando su realidad y su transcendencia. Tal como nos lo ha revelado en su tan profundo como encantador capítulo de "Castilla", el Maestro Azorín. Me refiero a "Las nubes", en que se da, con subido arte, el paso de las nubes sobre el cielo y el paso del tiempo en una réplica de la tragicomedia de Calixto y Melibea.

Como en esas páginas, en toda narración de Espínola el tiempo es casi un personaje más; a tal punto es tangible, con su paso tan seguro, con su posibilidad para agitar el aire o sosegarlo.

Cruza entre los personajes, vivifica la acción, la acelera o la amortigua, la aleja o la acerca. El autor se

vale de este elemento poderoso para narrar este episodio de *El Hombre Pálido:*

"A la luz de los relámpagos, entre los charcos de agua, los dos hombres se tiraban a partir. El de la barba negra, medio recogido el poncho con la mano izquierda, fue dando vuelta para ponerse de espaldas a la lluvia. El negro comprendió el juego y dio un salto; pero se resbaló y se fue de lomo. El otro esperó a que se enderezara y lo atropelló. La daga, entrando de abajo a arriba, le abrió el vientre y se le hundió en el tórax".

El uso alternante de un paso rápido y un paso tranquilo — la alusión progresiva a elementos de la realidad más o menos movidos; el uso también progresivo de tiempo y modos verbales más y más activos; la reiteración del tiempo verbal más activo, dan a la escena una movilidad y una vida creciente de extraordinario poder plástico.

Algo semejante se da al final de *Yerra*, en una imagen que nos trae el recuerdo de un agua fuerte de Goya:

"Y siguió el entrevero de bestias que caían, de humo, de olor a carne achicharrada... Y volvieron a oírse el griterío de los hombres y el mugir dolorido de los quemados por los fierros".

Pero el tiempo, en la narración de Espínola no es sólo esta criatura suya que agita el aire, y gobierna el paso de los personajes y el ritmo de su acción. Es también un elemento de quietud, de acorde final de estática actitud. Y ocurre así que las imágenes dinámicas, tan propias de la acción, por las que los personajes viven y se mueven, llegan a un punto de quietud en nuestro recuerdo. Quedan como fijadas, y cobran vida permanente.

Así pasa en las narraciones de *La Guerra y la Paz* de Tolstoi, que al fin recordamos como un gran friso sosegado en formas plásticas definitivas, estáticas. Y en la aventura quijotesca de los Molinos de Viento; en la cual todo es acción rápida, vivísima, de un tiempo agitado; pero que, por un milagro de arte, queda luego en sosiego, en un recuerdo ya inmóvil, donde el tiempo se hace realidad eterna.



El estudio del espacio en la narración de Espínola incluye la situación del hombre en el medio; la misión de la luz que rodea a las figuras; el extraño misterio de la perspectiva; la relación con el paisaje. Miramos allí el cielo y la tierra en su relación con el hombre; el contrapunto entre el cielo y la tierra, que llega a valores poemáticos y plásticos extraordinarios en *Rancho en la noche* y que ya aparece en algunos momentos de *Raza Ciega*, doblándose todavía con alguna visión fantástica tal como la que el personaje de *El Angelito* superpone al paisaje lunar.

La relación de los personajes con ese espacio creado es una relación perfecta, que ordena las figuras con un rigor casi geométrico. Alguna vez esa relación se singulariza según las proporciones más logradas de lejanía, de hombre e inmensidad, de relación del ser y del espacio. Como en *Pedro Iglesias:*

"...al levantarse y no hallarlo, miró hacia donde le indicaron los peones y lo vio en momentos en que parecía tocar a la vez la tierra y el cielo, todavía en sus campos, en el linde del horizonte."

Todavía se marca más la infinitud, la lejanía, las proporciones de la imagen del que se va, por el con-

traste con la rápida escena que sigue: "Corrió al cuarto del niño", para volver a marcarse la figura en lejanía, "mostrándole lo que ya no era más que una manchita..." afirmada aún en las últimas palabras del cuento: "y después se puso a mirar al punto negro".

En el espacio creado por Espínola viven los personajes, las cosas, las criaturas del paisaje; las voces de los seres; y el silencio.

El poder de abstracción de Espínola se afirma según esta versión suya de la realidad, ontológica, esencial, llevada a un orden plástico, en el cual el tiempo creado y el espacio creado son claves estructurales.



Junto a esas claves, y vinculada a ellas desde el origen, la Música es otro elemento de abstracción, cuidadosamente trabajado en el oficio estilístico del autor de *Raza Ciega.*

En toda su obra puede percibirse una musicalidad cuidadosamente buscada, íntimamente unida al lenguaje, cuya rigurosa y flexible sintaxis no se turba con tal asociación enriquecedora.

Los elementos musicales son en la prosa de nuestro escritor aquellos descubiertos con sabiduría a través de palabras elegidas según su estructura sonora, asociadas según la combinación más rica en valores musicales, a través de las repeticiones calculadas dentro de los períodos, a través de las sutiles variantes que exaltan tales valores. Llegará a una composición de gran saber, de arte subido, en las frases musicales que, nacen de *Rancho en la noche,* genial ejemplo al respecto.

En *Raza Ciega* ya aparecen, muy cuidados, esos valores. Basta recordar el pasaje que encontramos en el cuento *Cosas de la vida.* Aparece la mujer insomne, que espera un hijo en la soledad de la noche y la tormenta. Y gime:

"¡Santa María! ¡Santa María! ¡Santa María!"

Esta invocación va a repetirse luego varias veces, marcando una progresión del miedo y de la angustia.

En el segundo párrafo en que las palabras vuelven a aparecer ya se interpolan otras expresiones que se refieren a los caracteres de la voz, a su asociación con los vientos, a su asociación con la lluvia. Cada indicación se dice en frases que van creciendo en sílabas y que separan así gradualmente un grito de otro grito —los tres gritos. Y luego, otra cláusula previa al último gemido: Ya no es el "Santa María", repetido en las dos formas indicadas (tres veces, continuas, sin interpolación; otras tres veces en las que el grito aparece separado por las graduadas indicaciones). Ahora culmina la expresión:

"¡Santa María queridita! rugió entonces enloquecida."

Las dos palabras, poderosas, patinadas por el tiempo y por la voz multitudinaria del pueblo peregrino, se complementan ahora de un modo inesperado con un adjetivo humilde, tierno, traído del lenguaje familiar. Y esa palabra pone un sosiego a los repetidos clamores en el intenso y desnudo decir "¡Santa María!". Como si en la notación musical se hubiese encontrado un acorde apaciguado que se concierta con todo el aire de las dos palabras invocadoras —delicadas, melodiosas— pero exaltadas aquí por el contexto y por la repetición. Por una repetición que se señala más y más a expensas de las frases interpoladas, las cuales

vienen a ser como los armónicos de la composición musical.

Y cuando va a flexionarse la intensidad del clamor, cuando se siente que la figura evocada tan lejana, tan antigua va a ceder, cuando llega esta palabra tierna, este diminutivo inesperado, otra vez la dramaticidad vuelve por sus fueros; una última indicación cierra la secuencia de este grito armonioso en sí y subrayado a expensas de las calculadas interpolaciones.



La musicalidad de esta prosa radica también en los ritmos, en la medida de la frase, en unos metros que aparecen a veces bien patentes, bien perceptibles. Se señalará luego más y más este fenómeno hasta poder medirse según los metros más armoniosos, bien combinados, incluidos en la composición general con tanto cuidado, con tal noción de la estructura específica de la prosa, que ésta no deja de ser tal, verdadero y difícil triunfo del narrador.

Estos metros y estos ritmos tienen un doble valor: un valor psicológico, relacionado con la actitud del *sentidor*, es decir, con sus estados de tensión y distensión, paralelos a la medida de los períodos; y un valor estético, misteriosamente unido a ese proceso de sensación y percepción, pero también existente por sí mismo y factor esencial en cuanto al paso que va de la naturaleza a la abstracción y que se revela en todo el proceso de estructura. Los estudios de Matyla Ghyka sobre los ritmos, así como los ejercicios de Pius Servien sobre textos literarios sometidos por él a la medida, son una buena base para entrar en esta investigación sobre la prosa de Francisco Espínola. El mis-

mo ha realizado algunos trabajos en este sentido, comprobando lo que el buen lector descubre, puesto que los ritmos de esta prosa se perciben bien, junto a los otros ricos valores musicales que constituyen uno de los rasgos estilísticos del autor de *Raza Ciega.*

Como otros elementos originales, la musicalidad aparece ya en estos primeros cuentos, y a lo largo de la obra es un elemento que atestigua a la vez, la unidad y progresión de la misma. Se irá desarrollando, como otros caracteres, en la medida en que crece la experiencia del autor, su oficio tenaz, su intensa vida, su hondura espiritual.

Y si podemos estudiar ese desarrollo en las obras que siguen a *Raza Ciega* no significa eso la atribución de un valor menor al primer libro, en el que los valores esenciales aparecen con una afirmación rotunda, definitiva.



Los pueblos que Azorín mostró en sus estampas cristalinas, vivas y estáticas, ricas de temblor tierno y de quieta solemne eternidad, están dados según esta doble verdad, esta ontología del objeto y de su expresión. Frente a tales estampas podemos sentir la misteriosa distancia por la que se establece la diferencia entre una versión inerte, fotográfica y una versión viva, en la que aparece la presencia real de los seres y objetos. Y ya sabemos que la presencia real es más que la presencia material.



Francisco Espínola ha dado desde *Raza Ciega* — y en la obra extensa que a este libro siguió — los rasgos

esenciales de nuestras gentes, de nuestro pueblo, de nuestro paisaje. Gran artista, pudo eludir todos los riesgos del pintoresquismo y también los riesgos de toda frívola moda, de advenediza extranjería. El cosmopolitismo es la antítesis de lo universal.

Su obra, por tener tales rasgos de universalidad, y por tener tan alto valor estético interesa a toda estirpe de lectores. En muchos y variados planos puede importar este conocimiento de un mundo pleno de humanidad, de sentido cordial, de compasión y de ternura excepcionales. Por estos rasgos, que directamente percibe todo lector y, por los valores estéticos subidos, representativos del Arte culto más seriamente concebido, estos libros tienen la categoría de los libros que Carlos Vaz Ferreira llamó "libros penetrables".

Aquí y en toda la obra de Espínola la hondura humana y el Arte pleno de madurez llaman siempre más a una comprensión y a una valoración que justifican ese calificativo. que equivale a vida infinita. Es la que poseen las grandes creaciones del Arte universal.

ESTHER DE CACERES

FRANCISCO ESPINOLA

Nació en San José el 4 de octubre de 1901, hijo de don Francisco Espínola y de doña Justina Cabrera. Cursa el bachillerato y se inicia en el periodismo colaborando en "El Pueblo" y "Los Principios" de San José. Posteriormente se radica en Montevideo, escribe en "La Cruz del Sur", "Mundo Uruguayo", y publica *Raza Ciega* (Mont., 1926). Luego da a conocer *Saltoncito* (Mont., 1930), *Sombras sobre la Tierra* (Bs. As. - Mont., 1933). En 1935 toma parte en la revolución contra la dictadura de Terra. Más tarde, en 1937, se estrena en el Teatro Urquiza su obra *La fuga en el espejo*, que posteriormente publica. Fue cronista teatral de "El País". Hacia 1939 se le designa profesor en el Instituto Normal y en los Cursos de Enseñanza Secundaria y luego en la Facultad de Humanidades y Ciencias. Colabora en "Marcha". Publica *El rapto y otros cuentos* (Mont., 1950) y *Milón o el ser del circo* (Mont., 1954). El Liceo Departamental de San José le rinde homenaje en 1957, editándole una *Antología* (San José, 1957) al que responde Espínola con el *Discurso en San José de Mayo* (Mont., 1957). Ha viajado por Europa e Israel. En 1961 es galardonado con el Gran Premio Nacional de Literatura del Ministerio de Instrucción Pública. La Universidad de la República ha publicado recientemente sus *Cuentos* (Mont., 1961).

CRITERIO DE LA EDICION

Los nueve primeros Cuentos que se recogen en este volumen fueron publicados bajo el título "Raza Ciega" (Montevideo, 1926). "El Rapto", "Los cinco", "¡Qué Lástima!" y "Rancho en la Noche" fueron editados en "El Rapto y otros cuentos" (Montevideo, 1950). Los restantes, se dieron a conocer por primera vez en el volumen publicado por la Universidad de la República en 1961.

El cuidado del texto ha sido realizado con la colaboración del autor.

RAZA CIEGA
Y OTROS CUENTOS

EL HOMBRE PALIDO

Todo el día estuvo toldado el sol, y las nubes, negruzcas, inmóviles en el cielo, parecían apretar el aire, haciéndolo pesado, bochornoso, cansador.

A eso del atardecer, entre relámpagos y truenos, aquéllas aflojaron y el agua empezó a caer con rabia, con furia casi; como si le dieran asco las cosas feas del mundo y quisiera borrarlo todo, deshacerlo todo y llevárselo bien lejos.

Cada bicho escapó a su cueva. La hacienda, no teniendo ni eso, daba el anca al viento y buscaba refugio debajo de algún árbol, en cuyas ramas chorreaban los pajaritos, metidos a medias en sus nidos de paja y de pluma.

En el rancho de Tiburcio estaban solas Carmen, su mujer y Elvira, su hija. El, capataz de tropa de don Clemente Farías, había marchado para "adentro" [1] hacía una semana.

En la cocina negra de humo se hallaban, cuando oyeron ladrar el perro hacia el lado del camino. Se asomó la muchacha y vio a un hombre desmontar en la enramada con el poncho empapado y el sombrero como trapo por el aguacero.

—¡León! ¡León! ¡Fuera! Entre para acá — gritó Elvira.

1 *Adentro* Montevideo.

—¿Quién es? —preguntó la vieja sin dejar de revolver la olla de mazamorra.

—No lo conozco.

La joven volvió al lado de su madre y quedó expectante.

—Buenas tardes.

Agachándose —la puerta era muy baja—, el hombre entró.

—Buenas. Sientesé. ¿Lo ha derrotao l'agua? Saquesé el poncho y arrimeló al fogón.

—Sí, es mejor. Aquí, no más.

El hombre colgó su poncho negro en un gran clavo cerca del fuego y sacudió el sombrero. Después, se sentó en un banco.

—¿Viene de lejos? —curioseó la madre.

—De Belastiquí.

—¿Y va?

—Pa l'estancia'e Molina, en el Arroyo Grande. Pensaba llegar hoy a San José, pero me apuré mucho por el agua y traigo cansadazo el caballo. Así que si me deja pasar la noche...

—Comodidá no tenemos... Puede traer su recao y dormir aquí, en todo caso.

—¡Cómo no!... Estoy acostumbrao.

La muchacha, ahora acurrucada en un rincón, lo miraba de reojo. Y cuando oyó que iba a quedarse, sintió clarito en el pecho los golpes del corazón. Es que cada vez más le parecía que aquel hombre delgado y alto, de cara pálida en la que se enredaba una negrísima barba que la hacía más blanca, no tenía aspecto para tranquilizar a nadie...

La vieja le interrumpió sus pensamientos diciendo:

—A ver, aprontá un mate.

Y siguió revolviendo la mazamorra, mientras daba

conversación al forastero, que acariciaba al perro y retiraba la mano cuando éste rezongaba desconfiado de tanto mimo.

Elvira tiró la yerba vieja, puso nueva, le hizo absorber primero un poco de agua tibia para que se hinchara sin quemarse. En seguida, ofreció el mate al desconocido. Este la miró a los ojos y ella los bajó, trémula de susto. No sabía por qué. Muchas veces habían llegado así, de pronto, gentes de otros pagos que dormían allí y al otro día se iban. Pero esa nochecita, con el ruido de los truenos y la lluvia, con la soledad, con muchas cosas, tenía un tremendo miedo a aquel hombre de barba negra y cara pálida y ojos como chispas.

Se dio cuenta de que él la observaba. Los ojos encapotados, sorbiendo lentamente el mate, el hombre recorría con la vista el cuerpo tentador de la muchacha...

¡Oh, sí!, había que cansar muchos caballos para encontrar otra tan linda. Brillante y negro el pelo, lo abría al medio una raya y caía por los hombros en dos trenzas largas y flexibles. Tenía unos labios carnosos y chiquitos que parecían apretarse para dar un beso largo y hondo, de esos que aprisionan toda una existencia. La carne blanca, blanca como cuajada, tibia como plumón, se aparecía por el escote y la dejaban también ver las mangas cortas del vestido. El pecho abultadito, lindo pecho de torcaza; las caderas ceñidas, firmes; las piernas que se adivinaban bien formadas bajo la pollera ligera; toda ella producía unas ansias extrañas en quien la miraba; entreveradas ansias de caer de rodillas, de cazarla del pelo, de hacerla sufrir apretándola fuerte entre los brazos, de acariciarla tocándola apenitas... ¡yo qué sé!, una mezcla

de deseos buenos y malos que viboreaban en el alma como relámpagos entre la noche. Porque si bien el cuerpo tentaba el deseo del animal, los ojos grandes y negros eran de un mirar tan dulce, tan leal, tan tristón, que tenían a raya el apetito, y ponían como alitas de ángel a las malas pasiones...

Embebecido cada vez más en la contemplación, el hombre sólo al rato advirtió que la muchacha estaba asustada. Entonces, algo le pasó también a él. Su mano vacilaba ahora al tenderla para recibir o entregar el mate.

Elvira iba entre tanto poniendo la mesa. Luego, los tres se sentaron silenciosos a comer. Concluida la cena, mientras las mujeres fregaban, el hombre fue bajo la lluvia hasta la enramada, desensilló, llevó el recado a la cocina y se sentó a esperar que hicieran la lidia jugando con el perro, con León que, por una presa tirada al cenar, había perdido la desconfianza y estaba íntimo con el desconocido.

—¡Mesmo qu'el hombre! —pensó éste.

Y siguió mirando el fuego y, de reojo, a Elvira.

Cuando terminaron la tarea, la madre desapareció para tornar con unas cobijas.

—Su poncho no se ha secao. Hasta mañana, si Dios quiere.

—Se agradece.

—¡Buenas noches! —deseó la muchacha cruzando ligero a su lado con la cabeza baja.

—Buenas.

Las dos mujeres abrieron la puerta que comunicaba con el otro cuarto, pasaron y la volvieron a cerrar. Al rato, se oyó el rumor de las camas al recibir los cuerpos, se apagó la luz... Todo fue envolviéndose en el ruido del agua que caía sin cesar.

El hombre tendió las cacharpas, se arrebujó en las mantas con el perro y sopló el candil.

El fogón, mal apagado, quedó brillando.

II

Un rato después se empezó a oír la respiración ruidosa y regular de la vieja. Pero en la cama de Elvira no había caído el descanso. Ahora que su madre dormía, el miedo la ahogaba más fuerte. El corazón le golpeaba el pecho como alertándola para que algún peligro no la agarrara en el sueño, y su vista trataba en vano de atravesar las tinieblas... De cuando en cuando rezaba un Ave María que casi nunca terminaba, porque lo paraba en seco cualquier rumor, que la hacía sentar de un salto en la cama.

A eso de la media noche, bien claro oyó que la puerta de la cocina que daba al patio había sido abierta, y hasta le pareció sentir que el aire frío entraba por las rendijas. Tuvo intención de despertar a su madre, pero no se animó a moverse. Sentada, con los ojos saltados y la boca abierta para juntar el aire que le faltaba, escuchó. No sintió nadita. Y aquel silencio, después de aquel ruido, la asustaba más aún. No sentía nadita, pero en su imaginación veía al hombre de la barba negra clavándole los ojos como chispas; veía el poncho negro, colgado del clavo, movido por el viento como anunciando ruina... y como para convencerla de que era verdad que la puerta había sido abierta, seguía sintiendo el aire frío y percibía más claramente el ruido de la lluvia...

En efecto: el hombre, que se echó no más, sobre el recado, se había levantado, lo llevó otra vez a la enramada y, después de ensillar, había salido a pie hasta

la manguera que estaba como a una cuadra dejándose pintar de rosado por los relámpagos. El agua le daba de frente. Por eso avanzaba con la cabeza gacha.

Otro hombre le salió al encuentro, el poncho y el sombrero hechos sopa. Era un negro.

—¿Están las mujeres solas? — preguntó ansioso.

Sombrío, el otro respondió:

—Sí.

—La plata tiene qu'estar en algún lao. Empecemos.

—No. No empezamos.

—¿Qué hay?

—Hay que yo no quiero.

—¿Que no querés?

—Sí, que no quiero.

—¿Pero estás loco?

—Peor pa mí si m'enloquecí. Pero ya te dije. Vamonós p'atrás.

—¿El qué?

—No hay qué que te valga. Como siempre, te acompaño cuando quieras; pero esta noche, no. Y aquí, menos.

—¡Hum! Si te salieran en luces malas los que has matao, te ciegaría la iluminación, y ahora te ha entrao por hacerte el angelito.

—Nadie habla aquí de bondá. Digo que no se me antoja y se acabó.

—Peor pa vos. Iré yo solo. ¡Qué tanto amolar por dos mujeres!

—Es que vos tampoco vas a ir.

—¿Desde cuándo es mi tutor el que habla?

—Desde que tengo la tutora — bramó el interpelado tanteándose la daga.

—¡Ah! ¿Querés peliar? ¡Me lo hubieras dicho antes! Seguramente ya habrás hecho la cosa y quedrás

la plata pa vos solo. Pero no te veo uñas, mi querido. Venite no más — y desenvainó su cuchillo.

—¡Cállate, negro de los diablos! — rugió el otro yéndosele arriba.

A la luz de los relámpagos, entre los charcos, los dos hombres se tiraban a partir. El de la barba negra, medio recogido el poncho con la mano izquierda, fue haciendo un círculo para ponerse de espaldas a la lluvia. Comprendiendo el juego, el negro dio un salto. Pero se resbaló y se fue de lomo. El otro esperó a que se enderezara y lo atropelló. La daga, entrando de abajo a arriba, le abrió el vientre y se le hundió en el tórax.

—¡Jesús, mama! — exclamó el negro.

Fue lo único que dijo. La muerte le tapó la boca.

El otro, en las mismas ropas del difunto limpió su daga. Después, enderezó chorreando agua, montó y salió como sin prisa, al trotecito.

—¡Pucha que había sido cargoso el negro! — murmuraba —. ¡Le decía que no, y él que sí, y yo que no, y dale! ¡Estaba emperrao!...

La lluvia, gruesa, helada, seguía cayendo.

PEDRO IGLESIAS

A los pocos meses de morir Pedro Iglesias, la viuda se casó con Ignacio, el indio del Puesto de los Talas, que estaba en la Estancia desde hacía un año. Casamiento más triste no habrá otro. A Luis María, el gurí [2] hijo de Iglesias, lo mandaron una semana antes para la Estancia de Vergara; y el día fijado fueron llegando, con el juez y el cura, pocos, muy pocos de los muchos invitados. Sobró de todo, hasta el vino, que se repartió entre la peonada cuando calcularon que ya no caería más gente. En la mesa larga, a la que habían agregado tablas fundadas en caballetes de recados, se sentaron los novios. Ella, muy sonriente; él, igual a toda su vida: seco, serio, como si nada sucediera. A la derecha de la pareja se puso el cura. A la izquierda, el juez. Los otros asientos los ocuparon los padrinos, ocho o nueve mujeres de los "puestos" [3] a quienes hubo que invitar a última hora para agrandar la rueda y varios hombres, amigos, no más, algunos y, otros, apenas cuatro o cinco, de la parentela. Cuando sirvieron los lechones, el viejo Pascasio, tío de la novia, que ya estaba muy cargado, dijo:

—Che, Juana, ¿te acordás cuando te casastes la otra vez? Nunca he comido lechones más ricos. ¡Esos eran lechones!... ¡Una manteca!

2 *Gurí* niño
3 *Puesto*, casa donde vive el puestero, peón generalmente con familia, que cuida una parte de la estancia cuando ésta es muy grande.

La viuda tragó fuego. Y los concurrentes agacharon la cabeza como sintiéndose también culpables en aquella comilona hecha con la plata del muerto para festejar que se quedaba sin viuda. El cura, metiendo mucho ruido, comía cuanto le ponían delante y dejaba el plato tan como espejo que parecía adrede.

—¡Pero es cristiano que come! — exclamó espantada la vieja Liberata, que no le sacaba los ojos.

Como la admiración de su vecina lo agarró con la boca llena, no hizo más que sonreírse el buen cura. Mas, cuando casi sin masticar pudo tragar el pedazo de carne. arguyó, dulcemente:

—A conciencia tranquila, buen ap. . .et. . .ito.

El hipo le picoteó la palabra.

—¡Eso es una indireta! — saltó Liberata siempre temerosa de que todo el mundo estuviera enterado de sus relaciones con el viejo Pascasio.

Fue a contestar, disculpándose, el cura, pero no pudo. Salía un hipo y ya tenía al otro en puerta. Entonces, el indio Bonifacio se le fue encima, puñal en mano, gritándole al refregárselo por las costillas:

—¡Ahora te voy a dar, gringo!

—¡Jesús me ampare! — sollozó el de la sotana dando un salto.

—No se me asuste, don — tranquilizó el otro envainando a carcajadas —. Era pa que se le fuese el hipo. ¿No ve cómo se le pasó?

Resonó un coro de risas. Y el cura, todavía sintiendo las palpitaciones, sonrió también y dijo a una de las que servían:

—Hija mía, me has llevado el plato. Recién empezaba.

La tranquilidad volvió a reinar. Hasta que el viejo

Pascasio, que eructaba seguido, exclamó de pronto, los ojos encapotados:

—¡Pucha, mire que lo bromiábamos al finao Pedro, el día que se casó! ¡También, con lo safao qu'era el finao Higiño, qu'estaba sentao juntito!

El novio le clavó los ojos como queriéndolo partir, y la vieja Liberata, con disimulo, le metió codo para hacerlo callar. Pascasio sintió los codazos y, no sabiendo por qué eran, protestó, mirándola duramente:

—¡Vamos! ¡No rempuje!

Todos se fijaron en Liberata, quien cerraba los ojos y fruncía la boca como diciendo:

—¡Caso perdido! ¡Está mamadazo!

Ignacio, el novio, grande, aindiado, con un pelo duro que le resbalaba por la frente en mechones y que a cada instante necesitaba de la mano para levantarlo, casi no hablaba. Más que comer, lo que hacía era beber. Las copas del Carlón se vaciaban de una sentada entre sus labios grandes y carnosos...

Al traer las fuentes de arroz con leche, el novio sacó su daga de cabo de plata y empezó a limpiarse los dientes con ella. Los demás hombres, menos el cura, lo imitaron. Las mujeres fueron sacando de un vaso plumitas de perdiz. El cura tomó también una porque él, él no usaba cuchillo. Y ya se oía sólo el ruido de los labios sorbiendo el arroz con leche, cuando Pascasio exclamó entre dos eructos:

—¿Te acordás, Juana, cuando te casastes la otra vez? El azúcar del arroz se había quemao y...

—¡Bueno, hombre! —profirió, airado, el novio—. ¡Déjese de amolar con los recuerdos del otro casorio! ¿O se cré usté que no tenemos más qué pensar que cuando ella se casó la otra vuelta? ¡Avise!

—¡Pero don Inacio!... —empezó a decir Pascasio.

A Ignacio le gustó aquel don que le ponían por primera vez y al que desde ese día tenía derecho por las diez mil y pico de cuadras de la viuda. Pero siguió, para hacerse respetar, aunque el viejo había enmudecido:

—¡Qué don Inacio ni don Inacio! Usté se calla la boca o se manda mudar. ¡Avise! Aquí no hay más que un casorio. Y al que no le guste... ¡ya sabe!

—Está bien, don Inacio. Yo siento haberlo incomodao.

—¡Callesé esa boca, digo!

El novio dio un puñetazo en la mesa y medio se quiso incorporar.

—¡Dejalo! ¡Dejalo! ¡Tranquilizate, Inacio! — imploraba la novia.

La frente cruzada por los negros mechones, turbios los ojos del beberaje, el labio inferior prominente, Ignacio volvió, dirigiéndose a la concurrencia:

—Aquí no hay más que un casorio. Y al que no le guste... ¡ya sabe!

Algunos vasos saltaron con el golpe que repitió en la mesa. El mantel, en partes, quedó teñido de rojo oscuro.

—¡Alegría! ¡Alegría! —exclamó Enriqueta, la del Puesto de los Sarandíes, con evidente propósito de distraer la atención.

Y mojando los dedos en el Carlón derramado, se los pasó en cruz por la frente.

Todos hicieron lo mismo. Hasta el cura se dejó pintar de vino, riendo desaprensivamente por obra del que tenía del lado de adentro.

El juez, con los ojos irritados y chiquitos, estaba encorvado, mirando cómo, poco a poco, el mantel iba quedando overo. A veces arrastraba algunas palabras

hacia el novio. Pero el novio sólo le contestaba cabeceando.

Después de comer trajeron, para unos, mate de café y, de té, para otros. El cura abarajó de los dos y siguió pegándole al vino como hacían los demás hombres y algunas mujeres. Al rato largo, el juez se acercó para decirle:

—¿Qué le parece si fuéramos empezando?

—Bueno. ¡Cómo no!... —Furtivamente se persignó, agregando—: Le agradezco. ¡Me había olvidado! ¡Tengo una cabeza! Esté... ¿Gusta un poquito de vino? ¿No? ¿No toma? ¿Por qué no toma?

—¡Porque no se me antoja, so cargoso! — atajó el juez, molestado.

El cura lo miró muy extrañado. Y, después, quedó tristísimo.

El novio había desaparecido. Y lo buscaban inútilmente, cuando Liberata volvió hecha un asombro.

—¡Si está durmiendo la siesta en el cuarto de la patrona, ese cristiano! — alborotó.

La novia, seguida de dos o tres mujeres más, se dirigió apresuradamente a su pieza. Y tanto zamarreó a Ignacio, que éste, al fin, se enderezó en la cama preguntando alarmado:

—¿Qué hay?

—¡Pero no ves que es la hora de casarnos, mi querido!

Frunció él la frente, pensó un momento y, luego, sin decir palabra, se levantó. Mientras bostezaba y se desperezaba, ella le dio una cepillada, le anudó bien el blanco pañuelo de seda y le dijo, besándolo:

—Bueno, vamos, mi querido, que nos están esperando.

Al atardecer, los novios ya habían quedado solos.

II

La vida de Ignacio no cambió con la nueva posición. Comía lo mismo, siguió bebiendo caña en vez de otra bebida más fina, se vestía igual que antes... Alargó, eso sí, las siestas, porque lo despertaba Juana ansiosa siempre de caricias, e hizo trotar a Bonifacio veinte leguas con el coche para traerle del pueblo un buen recado con cabezadas y estribos de plata maciza, enchapados en oro, donde se prendían sus iniciales.

—El recao del finao —dispuso— le pertenece al hijo.

Y agregó:

—El recao y el caballo no se tocan.

No había empezado aún a ocuparse de la Estancia. Todo se hacía bajo el mando de Vicente, el capataz, quien, antes de comer, iba siempre a recibir alguna orden y no aparecía hasta la tardecita, en que volvía a conversar, mateando, con Ignacio. Pero si éste no cambió, la viuda había tenido gran levante. No hubo tela de la que no llevara un poco en alguno de sus trajes. Del pueblo vino una carga con toda clase de vestidos. La ropa blanca era tan primorosa, que a la muchacha del mate le metió una fogata en el cuerpo... Solito la ropa blanca —¡aquellas camisas bordadas a mano y con cintas de colores!, ¡aquellos calzones llenos de puntillas! —, sólo ella fue la culpante de que, al fin, Serapito, el peón consiguiera lo que deseaba. La pobre chiruza, al contemplar aquellas hermosuras que eran para verse cuando se sacaba la ropa de afuera, empezó a pensar, sobre todo por la noche, en cosas que nunca había pensado y que ahora le viboreaban en la carne. Suponiendo delante del marido a la patrona apenas cubierta por una de aquellas camisas tan

casi sin tela, puro puntilla y escote; imaginándosela así, adivinada toda, le vino un fuego, un fuego que, para matarlo, fue necesario que Serapito se le echara encima, pasando el alambrado, entre las chircas...

Para Juana no había polvos que blanquearan bastante, ni agua de olor que la perfumara como quería. Cumplía dos gustos: el de parecer mejor a los ojos de Ignacio, y el de derrochar la plata que siempre le "tironeó" su primer marido.

Y queriéndose todo el día, desde la mañana hasta la noche habían pasado ya dos semanas, cuando en el alma de Juana se atenuó el turbión al pensar en su hijo, en Luis María.

—¿No te parece, Ignacio, qu'es tiempo de traerlo? Si no ¿qué va a decir la gente? Y yo tengo ya también muchas ganas de verlo.

—Se traerá mañana mesmito —respondió su marido—. Yo, al gurí, lo quedré como si fuese mío.

—¡Ah, qué lindísimo vamos a estar los tres!

—Será ansina.

Al otro día, Ignacio ensilló su zaino y, llevando de tiro el lindo peticito de Luis María, enderezó a lo de Vergara, que quedaba casi a dos leguas. Antes del mediodía ya estaba de vuelta con el niño. Juana abrazó a su hijo. Este, sin decir palabra, sin contestar a las preguntas de ella, la besaba como con hambre de besos. Y cuando Ignacio, contento, arrimó también una caricia al niño, éste lo miró de una manera extraña, que pasó inadvertida.

—En todo el viaje a gatas si dijo dos palabras, y eso con cuarta[4] —comentó Ignacio a su mujer.

—¿Extrañaba mucho, m'hijo?

4 *Tirar una cuarta* arrojar un cabo.

El dijo que sí con la cabeza y volvió a pegar su cara al cuello desnudo de su madre.

III

La tierra ardía bajo el sol terrible cubierta apenas por un ponchito de gramillas roto por todos lados como prenda de mendigo. En el horizonte negreaban las nubes; pero de allí no se movían, sin ánimo para avanzar hasta el sol y taparle el fuego. Abajo, los lanares se amontonaban alrededor de cualquier cosa que diera un poco de sombra, juntas las cabezas y las ancas afuera. Los pájaros, al lado de sus nidos, abrían el pico para juntar más aire; más de aquel aire que, por enrarecido, nada rendía. Súbitamente, uno de entre ellos temblaba con los ojos dilatados, fijos en dos chispas frías delante de las cuales, y más abajo, surgía vibrando una llamita negra. Quería huir, entonces, y apenas si daba un paso atrás, enlazado a los ojos y a la lenguilla que cada vez se acercaban más empujados por la cinta verdeoscura del tronco del ofidio. Entre las piedras ardiendo, el lagarto juntaba sol, inmóvil, despatarrado. Y bajo los pastos como de vidrio de tan chupados por el bochorno, la chicharra lanzaba insistente su chirrido.

Desde lejos, árboles, piedras, bestias, boyaban en aquella atmósfera que se veía ondular...

Guarecidos del día, en la glorieta, estaban sentados Juana y su marido. Ella lo había rodeado con sus brazos y, echada sobre él, lo besaba. Ignacio, al principio indiferente, fue poniéndose cada vez más enrojecido. En una, la abrazó también con fuerza, hasta el dolor. El ansia había quemado las palabras. Mudos, se apretaban los labios contra los labios. Una mano de Igna-

cio, que andaba sin rumbo recorriendo el cuerpo de la hembra, se detuvo en el escote y se metió por él, entre las carnes tibias y trémulas. Un jadeo de ansia salió del fondo de la garganta de ella. Y en ese momento, con los puños crispados y ahogado por los sollozos, apareció entre las ramas Luis María.

—¡Hijo'e mil!... —gritó.

La mano de Ignacio escapó del seno y, en su apuro, rasgó la seda de la bata. La carne que había estado contenida se echó afuera como retozando. Esto confundió más a Juana, que bajó los ojos y se cubrió como pudo. Ignacio, pálido, se perdió entre los árboles, sin mirar al gurí. Los puños todavía amenazantes, éste rugía a su madre con voz que ya no era de niño por lo amarga, por lo doliente, por lo rabiosa:

—¡Qué mala es, mamita!

—¡Pero m'hijito! —gimió la mujer.

—¡Sí, m'hijito!

—¿Crees que no te quiero? ¡Mirame! ¡Miremé, m'hijito!

El no contestó. Con la boca crispada por los sollozos, temblaba. Ahora había bajado los brazos, y sus manos, débilmente encogidas, parecían dos pichones muertos de frío.

—Yo te quiero mucho a vos, m'hijito. No sea malo con su madre. Yo lo quiero...

—¡Sí, si me quiere tanto como a tata!

—¿Pero y qué iba a hacer, solita?

Luis María no la oyó. Había dado vuelta y, sin rumbo, atravesaba las ramazones llorando sordamente.

Juana no podía más.

—¡Qué desgraciada, Dios mío! ¿Y qué iba a hacer, si yo quería a Ignacio? Y si la Iglesia consiente, ¿por qué es malo para m'hijo?

En su desconsuelo, en sus gemidos, en sus lágrimas, no advirtió que un seno se le había escapado otra vez por la rasgadura de la bata. El pelo se le caía en mechas, mojándose. De restregarse, los ojos cada vez se le ponían más irritados.

Ignacio volvió para tratar de calmarla. Al verla con el seno afuera, exclamó en voz baja, sombrío:

—¡Che, tapate!

Juana se cubrió. Y mientras seguía el llanto, con un alfiler prendió el pedazo de seda rota. Después, ella llorando siempre, él mirándola con fijeza, permanecieron un rato.

—¡Bueno, bueno! —saltó Ignacio súbitamente—. ¿Y qué miércoles quiere el gurí? ¡No faltaba más! Con unos buenos lazazos, yo prontito le haré ir todo. ¡Avise, pues, amigo! ¡No faltaba más!

Juana lo abrazó. entonces.

—¡No, no, Ignacio, dejalo! —imploró—. No lo toqués. Se le irá pronto todo. Yo lo aconsejaré. Le mostraré todo bien claro. Y él es bueno. Verás vos que...

—¡Eh! Yo sé lo que hago. Que se descuide... y lo curto.

—¡No seas así! ¡Yo soy su madre! ¡Dejame a!...

—Y yo soy su marido. Y usté se me calla la boca aura mesmito o le rompo el alma. Aquí mando yo ¿comprende? ¡Y al que no le guste... ya sabe!

—¡Ah, m'hijito! —suspiró Juana—. ¡Parece esto un castigo!

—Callesé, reventada'e los diablos. ¿Pa eso me tendistes l'ala? ¿Pa salir después con las cosas de tu hijo y con tus llantos? ¡Lindo casorio, éste! A los cuatro días, dijustos, cuestiones, y uno tiene que cruzarse de brazos. ¡Avisá! Aquí mando yo. Y me palpita que te

voy a dejar overo el lomo, prontito no más, oveja'el diablo. ¿Qué quieren ahora? ¿No me casé? ¿No están todos los papeles en buena ley y firmaos por el juez? ¡Avisá, avisá! Yo prontito, no más, te corto las alas. Mujeres sobran en este mundo.

—¡Pero no seas malo, Ignacio! ¿Yo qué te hago? ¡Me matás! ¡Yo te quiero mucho! ¡Mirá cómo te quiero! ¿No ves que yo te quiero mucho?

Ignacio se calmó. Y haciendo a un lado la cara para librarse de la lluvia de besos, exclamó:

—¡Dejate de empalagos!

Después, mientras Juana entre llantos lo seguía besando por los ojos, por la frente, por el pescuezo, por donde pudiera, él, sin darse cuenta, la fue estrechando. Bien pegado a ella, le empezó a hablar, olvidado de su furia, palabras dulces, buenas... Y, de repente, incorporándose, dijo:

—Vamos p'al cuarto.

Había en su rostro tal deseo de bestia y una expresión tan imperiosa, que Juana, secándose los ojos todavía, lo siguió.

En un galpón, tirado sobre una pila de cueros secos, lloraba Luis María.

IV

Pasaron muchos soles por encima de los campos de la Estancia, estirados hasta más allá del horizonte. Aquella noche de pesado calor, que en fija traería tormenta, se habían sentado en el patio Ignacio y Juana.

Lejos de ellos, en un banquito de ceibo, estaba Luis María, los codos en las rodillas, la cara en las manos. Su mirada se iba, se iba hacia el frente. Cuando llegaba a la borrosa unión de la tierra con el cielo, su-

bíala por éste, la dejaba perder entre el estrellerío. El cielo combo semejaba un camoatí con sus avispas de brillantes alas; y una franja blanca que lo atravesaba por el medio parecía el humo de una fogata, la luna llena, encendida adrede para espantar el enjambre... El niño imaginaba así, y había seguido pensando que, en vista de que el humo no podía con tanta avispa, después encenderían otra fogata más fuerte, que acabaría con todas ellas.

—Y Dios es el que prende las fogatas; Dios, el de la barba blanca — soñaba.

Entonces pensó en su padre, que estaría allá arriba, lejísimos, al lado de Dios, tal vez ayudándole a hacer fuego...

—¡Ay, tatita! Al principio yo creía que el malo era él, no más. Pero ella, también. Se pasan besándose. Y ella lo busca, lo abraza. ¡Ella, tatita!

Su tata, a esas horas, andaría arrimando para la fogata del día siguiente, sin acordarse de él, sin poder oírlo, siguiendo a Dios, el de las barbas blancas... Tapado por la noche, el gurí se sintió más solo que nunca. Y sin poderlo contener, le brotó un gemido.

Juana corrió hacia él.

—¡Ave María! ¡No seas así! ¡Te vas a agarrar una enfermedad, por Dios bendito!

Ignacio se había quedado mirando, sin moverse. Como hacía días que no se hablaban con el niño, no quiso dar el brazo a torcer.

—Bueno, vamos a la cama — rogaba la madre —. Y no sea así; que, si no, no lo voy a querer más.

Luis María se dejó llevar a la cama y desnudar; pero, después, metió la cabeza entre las cobijas para que su madre no lo besara.

Dándose cuenta, Juana salió con una desesperación que le trababa las piernas.

—¡Igualito al finao, caprichoso! —dijo suspirando.

Oyóla Ignacio y tuvo un sobresalto. Fue como chicotazo que se recibe a traición, sin sentirse más que el golpe.

Pero al acostarse, los ojos de Ignacio y los ojos de Juana, cerrados y todo, sintieron la cara huesosa, larga y altiva de Pedro Iglesias.

V

Librándose de unas nubes que lo ahogaban recién andaba haciendo fuerza el sol por treparse al cielo, cuando ya Ignacio estaba en la segunda cebadura. Y, al ratito, Juana entró a la cocina.

—Madrugastes hoy — observó ésta.

—¡También!... ¡Vos no hacías más que revolcarte!

—¡Pero Inacio, si eras vos! Yo te sentí toda la noche.

—Entonces vos tampoco dormistes.

—No pegué los ojos.

—¿Y por qué, caray, ha sido eso?

—¡Yo qué sé!

—¿Cómo yo qué sé? Yo te voy a dar que contestés ansina a tu marido. Estabas mal enseñada, pero yo te voy a domar como pa que te monten hasta sin freno. Tu otro marido debió de ser maturrango y...

Iba a seguir, pero paró en seco. Habló adrede, para decir esa misma frase que tenía pensada y, al llegar a ella, se contuvo. Tuvo miedo, un miedo extraño, un miedo que se agrandó cuando vio los ojos dilatados de Juana mirarlo con el terror de quien teme que el mal aludido pueda estar oyendo.

Ignacio bajó la cabeza y empezó a pasearse chupando el mate. Al rato, preguntó con cautela:

—¿Y por qué no durmió usté?

La respuesta se hizo esperar, pero llegó, por fin.

—Pensaba en el finao.

Ignacio, que colegía, que ya sabía, confesó con la vista en el suelo:

—Yo también no dormí pensando en él.

Se quedaron callados.

De pronto, alzando la cabeza y mirándola, él habló:

—Decí, vos estás arrepentida de haberte casao con migo?

—¡No, Inacio, al contrario!

—¡Ah!

Ignacio tomó un pequeño banco, lo acercó al de su mujer, y se sentó.

Chillaba la "pava". Oíase el ladrido de los perros persiguiendo algún bicho que por tonto se había dejado sorprender... El patio se llenaba de enfáticos gallos y de gallinas discretas que, conociéndolos muy bien, sólo les hacían caso cuando querían hijitos. Estos, caminando como con zancos detrás de las madres, se distraían constantemente, debido a lo cual muchos tendrían que aprender por experiencia que no se debe saltar sobre los cuzcos dormidos ni acercarse a los patos, que se irritan cuando los sacan de sus cavilaciones... El día parecía empujar delante de la luz rumores claros.

—Entonces... no estás arrepentida. Y tiene que ser ansina. Yo soy bueno... te quiero... cuido tus intereses... No te falta nada; agacho el lomo como un pión...

—Yo estoy muy contenta con vos. Vos sos muy bueno.

—¡Si seré! Otro, ya hubiera tomao medidas y hubiera hecho tocar p'algún lao al gurí. Está muy insoportable. Antes era conmigo, sólo; ahora l'ha agarrao con vos, también...

Se calló porque vio a Luis María entrar en la cocina.

Dio éste los "Buenos días" y enderezó hacia el fogón a aprontar su matecito, mientras dejaba calentar la caldera, regalo con aquél, para su santo, del finado su padre.

—¡Es igualito! —pensó Juana. Y con un presentimiento se le acercó.

—¿Dormistes bien, m'hijo?

—No.

—¿Soñastes?

El niño miró sorprendido, desconfiado y, después, respondió secamente:

—Con tata.

Juana, que iba a seguir preguntando, se detuvo ante el tono brusco de la frase y volvió a sentarse junto a su marido. Por el niño, separó un poco el banco

VI

Pasaron varios días, y ni Ignacio se acordó ya un momento del cuerpo todavía tentador de su mujer, ni ésta lo buscó, como antes, con ardientes caricias. Se habían vuelto reservados, lunáticos. Por cualquier cosita, la azotera de Ignacio caía machucando el lomo de Juana que —como tienen que hacer las mujeres—, aguantaba llorando pero sin insubordinarse. El niño no los veía. De los galpones no salía más que para comer. Todo el día pasábalo con la vista perdida en la inmensa llanura del campo de los suyos.

Cuando el rebenque la castigaba, un violento deseo aparecía en el alma de Juana.

—¡Ah, si m'hijo fuese grande!

Pero se arrepentía en seguida. Pedir ayuda a su hijo, no, porque ella quería con todas las fuerzas de su carne y de sus huesos a Ignacio; a aquel que de bueno que era, se había vuelto extraño y malo de un tiempo a esa parte. Apoyar a su hijo y ponerse contra su marido, no podía ser. Luis María era muy gurí y, por eso, todo lo que hacía carecía de fundamento. No debía hacérsele caso. No fue delito haberse casado. Todo había sido decente. Un poco apurado el casamiento, era verdad, pero ¿qué iba a hacer sola en el mundo?

Sin embargo, a pesar de estos pensamientos tranquilizadores, algo en su interior la picoteaba con dureza, como "carpintero".[5] Flaca, pálida, ojerosa por el desvelo, Juana se sentía cada vez más acorralada. Y su alma loca iba de un lado a otro; tan pronto hacia Luis María como a fundirse ciegamente con el alma de Ignacio.

Este, tan ensimismado, tan sombrío y a veces tan manolarga para arrimarle rebenque, le producía un espanto singular, pues en vez de alejarla la atraía más y más a él, cual si encontrara en los brazos castigadores refugio contra algo que no comprendía... Y al tocar con su mirada la mirada de su hijo, sentía frío.

Ignacio también percibía en su alma ideas oscuras que se amigaban con otras para formar largas, extrañas colleras que terminaban siempre en el finado Iglesias. El recuerdo de éste, como un tábano, se le venía encima; para tenerlo en seguida, no había más

5 *Carpintero* pájaro de agudo pico trepanador

que espantarlo. Y eso empezó a "cuartear" [6] un deseo: el de huir de la Estancia y de la "viuda", el de perderse y no volver más nunca. Se empezó a acordar de su pago, cosa que no le ocurría desde muchos años. Clarito se le pintaban los lindos lugares donde se crió. Parecía que alguien, jugando con él, le mostraba cosas bonitas para engatusarlo. Veía los viejos ranchos de sus tatas, con aquellos ombúes enormes. Veía la laguna tirada atrás de los sarandíes; la pulpería endomingada con gente en la que reconocía a todas sus antiguas relaciones... Lo embargaban crecientemente unas ganas muy grandes de volver a la querencia. Y eran tan grandes las ansias, que no lo dejaban pensar en la contra, en quedarse...

Un amanecer, cuando todavía se mateaba en la cocina de los peones esperando la última vuelta del asado, Ignacio fue al corral, ensilló su zaino, sin desmontar abrió la portera... y le cerró piernas al flete, que salió al galope. A poco de vadear el arroyo lo contuvo largándolo al trote.

Juana, al levantarse y no hallarlo, miró hacia donde le indicaron los peones y lo vio en momentos en que parecía tocar a la vez la tierra y el cielo, todavía en sus campos, en la linde del horizonte. Presintiendo todo, delante de la peonada sorprendida lanzó un gemido desgarrador. Corrió al cuarto del niño, lo sacó casi en brazos y, mostrándole lo que ya no era más que una manchita, sollozó:

—¡Míralo, ya se va!

El gurí clavó sus ojos achicados por la luz viva en los llorosos ojos de Juana; después, se puso a mirar el punto negro.

6 *Cuartear:* tirar con una "cuarta" con un cabo.

YERRA

—¡A ver, Eugenio! ¡Ladiate p'al costao!... ¿No estás viendo que v'a salir derechito p'ahí?

—No me había fijao. Aflójenlén no más.

—¡Hupalalá! ¡Hupalalá!... ¡Juera! ¡Juera! ¡Juíjujujúi!

Al sentir flojo el lazo que lo había trabado, el novillo se pudo levantar y, con la llaga humeando todavía, huyó. Algunos aficionados lo corrieron para tantearse el brazo.

En una, sólo las patas de la bestia se levantaron. Las manos, rodeadas por la víbora de trenza, quedaron como estacas en el suelo; y el cuerpo dio con todo su peso en tierra.

—¡Juá! ¡Juá!

—¡Hijo'e tigre! Me palpitó que errabas.

El animal se levantó rengueando malamente. Por debajo de la choquezuela le salía una astilla de hueso, blanca, resaltando en lo negro del pelaje.

—¡A la pucha! ¿Y aura?

—Estaremos de concuero.[7]

—¡Don Eulogio!... ¡Don Eulogio!

El capataz tornó su caballo y se acercó al galope.

—¡Han quebrao! —dijo.

—Es ansina. ¿Matamos?

—Bueno. Y otra vez tengan más cuidao. No maturrangueen.

---

7 *Concuero* asado de carne vacuna a la que no se le quita la piel

Uno sacó entonces su daga y se la encajó al novillo en la "olla", [8] haciéndose a un lado, por las dudas.

El animal volvió a caer. Menos mal que esta vez sería la última. Temblequeando pasó la lengua por el pasto, alzó la cabeza con los abiertos ojos llenos de asombro, la dejó recostar.

Cuando el matador retiró la daga, tibia por el calor de la carne donde había hecho vaina, un chorro de sangre le empapó la mano.

Estaban de yerra. Y tendrían para rato porque la Estancia de don Tiburcio Martínez era mentada por lo grande...

En aquel entrevero, sólo dos cosas estaban quietas: la fogata en un lado y, en otro, el "tumbero" [9] al cual iban de cuando en cuando los peones porque allí, guarecida del sol, estaba la damajuana de caña; de ese fuego líquido tan lindo y tan bueno para aguantar el otro fuego...

Eugenio se había corrido a la derecha, hacia el braserío, para agarrar uno de los hierros y relevar al que hasta ese momento marcaba. Habíase demorado un instante después que se bajó del caballo —estuvo enlazando un rato— porque, al ir por una botella de caña, encontró en el "tumbero" a Jesús, aquel de la cuestión en la pulpería, a quien, si no hubiese sido por los concurrentes, lo cose a puñaladas ese día. Tanto odio le tenía que esperó a que se fuera para acercarse. Por el lío con Jesús, él tendría que dejar el pago, pues el patrón, sabedor del rencor que, a la fuerza medio apagado, en cualquier momento reventaría en llamaradas, había ya determinado su marcha

8 *Olla* cavidad entre la garganta y el hueso del pecho

9 *Tumbero* carrito en que se llevan marcas, provisiones, etcétera

para la otra Estancia, la del Cebollatí, en cuanto terminara la yerra. Iría mejor, con más sueldo, de puestero, pero ..

Un pardo venía con una vaquillona. Cuando estuvo cerca, le ganó de atrás y la atropelló. Disparó el animal hasta que el lazo certero de uno de a pie, arrojado cuando aquél levantaba las manos en el aire, pasó bajo de ellas y le rodeó las patas y lo tumbó. Mientras otro peón señalaba rajando a cuchillo una parte de la oreja, Eugenio puso el hierro ardiente en el "cuarto". Salió la humaza con olor a carne chamuscada, Eugenio retiró la marca y, en tanto que corría hacia el fuego a dejarla calentar, la vaquillona huyó a los mugidos.

Eugenio calculó cuál de las otras marcas que entre las brasas había estaba más caliente, la agarró y volvió a salir a escape, pues ya se aproximaba otro animal — un torito desarrollado al que había que dejar entero — enlazado por uno de los de a caballo. Y quien lo traía, de no ser tan baqueano, se las hubiera visto mal — estaba solo, el hombre, sin la ayuda de otro lazo que tirara en sentido contrario — porque el toro se le venía como leche hervida. ¡Pero de dónde alcanzarlo! Cuando quiso acordar, se hallaba en el suelo sintiendo en su carne la quemadura de la marca.

Eugenio le abrió cancha, en seguida, y fue a cambiar de fierro.

Aflojaron. El animal huyó campo afuera. Mas enredado en el lazo todavía, se fue de hocico. Y en vez de seguir derecho, torció para el lado del tumbero, yéndose sobre Jesús que volvía a la caña, de espaldas al peligro.

—¡Guarda! ¡Epa! ¡Epa! ¡Guarda!

Era tarde. Cuando el mozo, oyendo, dio vuelta la cabeza, tenía al toro encima y no atinó más que a huir, con el redoble de las pezuñas detrás.

Ya contábanlo perdido — todo sucedió en un momento y nadie de los próximos tenía preparado el lazo, a no ser Norberto, que se había quedado frío — cuando Eugenio, que recién sacaba del fuego otra marca, se afirmó bien a la agarradera con las dos manos y, haciendo un tremendo esfuerzo, se la encajó a la bestia en el cogote al pasar ésta por su lado con las astas tocando ya a Jesús.

El animal desvió al sentir el dolor y el empuje, Eugenio se fue de vientre contra el suelo. Cuando se levantó, el pardo tenía enlazado al toro vuelto hacia el caído para deshacerlo a cornadas.

Jesús, resollando, se acercó a su salvador, que se levantaba dolorido por el golpazo.

—¡Me has salvado la vida, Eugenio! ¡Te agradezco!

Y le tendió la diestra.

El otro, haciendo como que no veía aquella mano alargada, contestó, sombrío:

—No tiene por qué agradecer.

Y se dio vuelta.

Jesús se quedó parado... bajó la mano... se puso pálido... después rojo... otra vez blanco... Y se fue hacia el tumbero.

Un grupo había rodeado a Eugenio. Atropellándose, decía:

—¡La pucha! ¡Lo qu'es si no andás tan pronto!

—¡Qué idea tuvistes!

—¡Te has portao, Eugenio!

—¡Dejenmén! — exclamó éste con voz sorda —. Yo qué sé... Un desgraciao d'esos... Un pillo... ¡Mu-

cho mejor que le hubiera sumido las guampas! Fue una zoncera mía. Un desgraciao d'esos... Un pillo...

—¡Pero avisá, hermano, no seas bárbaro!

—¡Qué! Un desgraciao... Un pillo... ¡Pucha digo! ¡Una macana!

—¡Guarda! ¡Guarda la ronda! ¡Hupalalá! —cortó un enlazador, con otro animal del lazo.

Alguien lo pialó, trayéndolo al suelo.

—¡Marca! ¡Marca! ¡Apurensén!

Y siguió el entrevero de bestias que caían, de humo, de olor a cuero achicharrado... Y volvieron a oírse el griterío de los hombres y el mugir dolorido de los quemados por los fierros.

MARIA DEL CARMEN

No había subido el sol a la mitad del cielo, cuando a los ranchos del viejo Nicanor Fernández llegó un gurí cortando campo, corriendo, por entre masiegas.

—Ña Casilda, manda decir madrina que vaya enseguidita, que la finadita María del Carmen se ha matao.

—¿Qué has dicho, muchacho? Que María del Carmen...

—Sí, se tiró al pozo. Padrino no estaba. La tuvimos que sacar entre nosotros, reciencito. Que vaya pronto, dice.

Y se fue el chiquilín a todo lo que daba, mientras la vieja alborotaba a sus hijas, de amasijo en la mesa larga del comedor. Después, calzadas con apuro las alpargatas que llevaba en chancletas, salió disparando, seguida de las tres muchachas, que se demoraron por mirarse un instante al espejo.

Como a la media cuadra rodó la vieja y hubo que ayudarla a levantarse. Pero volvió a correr, mientras decía confundida por la noticia:

—¡Pobre comadre Remigia! ¡Qué espantoso! ¡Tan linda y tan buena, la pobrecita! Dios la haya perdonado y la tenga en su santa gloria... ¡Pucha que las tiró a las masiegas! ¡Casi me voy de lomo otra vez!... ¡Vean ustedes, aprendan! Lo que pasa por no confesar todo a las madres. Ya me maliceo que algo de safaduría será. ¡Aprendan, m'hijas!

Al llegar las recibió el griterío. No había más que mujeres. El viejo Rudecindo estaba en la pulpería, y para allá iba que se las pelaba el gurí de los mandados.

Entraron, y el clamor se hizo más fuerte. ¡Claro! Había cuatro más a llorar, a desesperarse conformándose.

—¡Qué me dice, comadre! ¡M'hija! ¡Cuando la vea el padre! ¡La mimosa de él, la que le cebaba el mate, la que le hacía todo...

—¡Hay que tener resinación! ¡Dios lo ha dispuesto así, comadre querida!

Las muchachas se habían agrupado llorando y sin decir palabra. Juana, la menor de las Fernández, fue la primera que miró a la difunta.

—¡Está igualita! — dijo.

Y ella, que todavía no lloraba, largó el trapo por eso, porque la muerta estaba igualita y, sin embargo, ya no era más la María del Carmen de los nidos, de los macachines, de los huevos de terutero.

La pobre se hallaba arriba de una cama, con las ropas empapadas que se le pegaban a las carnes firmes, más duras aún por la muerte, la que las aprieta primero y, después, las va aflojando, aflojando, hasta que las acaba dejando el hueserío, al que también le llega el turno. Mojada como estaba, las piernas se le pintaban clarito, y se veían los pezones levantar con sus chuzas la zaraza. Su cara, tan bonita — nunca habrá cara más bonita en todo el pago — estaba machucada, seguramente de la caída. Un ojito lindo y verde como la hoja, ahora vidriado, había quedado solo y, angustiado, vichaba. El otro se había reventado en alguna piedra del fondo, o en alguna raíz dura, o en quién sabe qué cosa.

El pelo, rubio, se le pegaba al pescuezo en mechones que, más abajo, se mezclaban con las cobijas revueltas. La boca, entreabierta, parecía querer tragar todavía más agua o, a lo mejor, echarla toda afuera para no volver a probarla más nunca, arrepentida.

—¡Bueno, bueno, comadre! ¡Hay que tener fuerza de voluntá y no dejarse dominar! ¿Qué deja entonces para las muchachas? — intervino Casilda.

Palabras bobas que resbalaron en el alma de la otra vieja. ¿Quién sino ella iba a llorar a su hija, a aquella de ojos verdes que parió en una noche de tormenta, mientras su marido peleaba con los suyos, quién sabe adónde? Sin ayuda de nadie la echó al mundo, pues sus hijas eran muy niñas y las mandó a la cocina para que no vieran. Recién al rato cayó hecha sopa Jesusa, que había tenido que ir a asistir a la de Ibarra.

—La misma edá tiene Felicia que la mía — entremezclaba en su desesperación —. La misma...

Juana, mandada por su madre, fue a aprontar un mate de cedrón con ruda. Sin llegar a la cocina, regresó, trémula:

—¡Arriba de la cama de la finadita había esta carta!

—¡Dámela! — saltó la madre de la difunta.

Y aunque no sabía leer, rompió el sobre y remiró la escritura.

—Traiga, mama, traigalá para acá — dijo una de sus hijas —. ¡Y es para el juez! ¡No hay que abrirla! — agregó curiosa e irresoluta.

—¿Y porque sea p'al juez no se puede leer? Esas son bobadas. No hay que hacer caso — aconsejó Casilda.

La muchacha, entonces, empezó a leer en voz alta: "Señor Juez muy señor mío paso a decirle que me he

matado por mi voluntá pero por lo malo que ha sido Pedro Fernández el de doña Casilda que me engañó sabiendo lo buena que yo era y..."

—¡Has leído mal! —gritó, horrorizada, Casilda.

—¡Jesús santo! —sostuvo la lectora—, así dice, aquí mismito...

La madre de la difunta, que se había puesto de pie, no se pudo contener más.

—¡Y ustedes aquí, en la casa d'ella, frente d'ella, bandidas! ¡Salgan ligerito, arrastradas!

—¡Pero nosotros qué culpa tenemos! —sollozó Casilda hincándose en el suelo.

—¡La de parir tigres, arrastrada de los diablos! ¡Salí que no te quiero ver más nunca! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Perdición! ¡Malditas!

Empujándose unas a otras salieron las cuatro desgraciadas. Y se apresuraron más cuando oyeron que, desde la puerta, con los ojos saltados, abriendo la boca sin dientes y ahogada por el hipo, gritaba la vieja:

—¡Tuca! ¡Tuca! ¡León! ¡Cacique! ¡Tuca! Túcaaá.

Pero los perros, lejos, en el campo, no pudieron oírla.

Fue una suerte.

Saltando masiegas de repente, en fila india, iban las Fernández agachadas de dolor.

II

No bien llegaron vieron a Nicanor con su hijo, que se acercaban para comer y volver en seguida al campo.

—¡Mal hombre! ¡Hijo de qué entrañas, que no las mías! —gritó Casilda a Pedro, yéndosele encima.

El mozo se puso pálido, como si supiese la verdad.

—¿Qué pasa, mujer, qué pasa? —preguntó el marido, sorprendido pero calmoso como siempre.

Y ella le contó lo ocurrido; le empezó a contar, porque Nicanor la interrumpió por un momento para ordenar a su hijo:

—Camine a la cocina.

—¡Si será mal alma! —fue todo el comentario del anciano cuando terminaron las pocas palabras de su mujer.

Dirigióse entonces a su recado, sacó el lazo y enderezó a la cocina, donde se había apagado el fuego con las ollas arriba. Y le empezó a caer a su hijo por el lomo, ciego, temblándole la larga barba blanca al proferir:

—¡Nada menos que a la hija'e mi compadre! ¡Tomá! ¡Tomá este otro! ¡Donde no hay más que un viejo te fuistes a meter, cobarde!

Pedro no se quejaba ni se defendía. Guapo era, no había nada que hacerle.

La madre imploraba, ahora, abrazando de atrás al castigador:

—¡Hacelo por mí, Nicanor! ¿No ves que m'están matando?

—¡Quién iba a decir! ¡Lo contentos qu'estábamos cuando nació esta fiera! —sollozó Nicanor—. ¡Pobre viejo! ¡Mirá a tu madre! ¡Mirame a mí! ¡Matando a tus padres, canalla!

Hizo entonces un esfuerzo, se estiró con la cabeza levantada y rugió, enfurecido por aquel momento de debilidad:

—¡Que no te vea más nunca! ¡Ni muerto!

En eso, apareció otra vez el gurí con la lengua afuera.

—Dice padrino si puede ir, dice.

—Vaya no más, qu'ensegida voy yo. Y ya sabés vos: acomodá tus cacharpas y andate. ¡Que Dios te castigue! Maldito por tu padre, no vas a dir muy lejos sin que la desgracia te empiece a acertar con las bolas.[10] ¡Que Dios te castigue!

Al tranco largo, por entre las masiegas amarillas y apretadas, el viejo Nicanor, tirándose tembleque la ancha barba, llegó a lo de la difunta.

—¿Qué me cuenta, compadre? — dijo Rudecindo —, ¡lo que ha pasao!

—¡Qué quiere que le diga! Casi lo hago pedazos. Lo he echao pa siempre de casa. Porque entregarlo preso... usté ve... es feo.

—¡No, que no se vaya todavía! Yo lo calculé, compadre, porque sé que usté es derecho, es de ley. Y he pensao que antes de enterrar a la finadita, con un poco'e buena voluntá, se pueden casar. Yo lo he oído. Se puede.

—¡Pero amigo! ¡Me parece imposible! ¿Quién va a querer casar a una difunta? Al viviente no lo cuento porque, basta que usté lo quiera, hasta pa que lo mate se lo traigo'e las crines. Pero casarla a ella...

—¿Y no le van a hacer caso a un padre, el juez y el cura? ¡Avise! ¡No faltaba más! Ya mandé al gurí para que le diga a Serapio que vaya en el coche a buscar el cura al pueblo, sin decirle pa qué cosa. Y en cuanto vuelva le hago avisar al juez, que es tan cerquita. Después, yo me encargo. Lo hice ya, pensando que usté así lo aprobaría porque es hombre derecho. Y si usté no lo aprueba, lo mismo lo traigo a su hijo, aunque tenga que pelear con él y con usté.

---

10 *Bolas, boleadoras*: piedras arrojadizas atadas a tiras o cordones de cuero.

Bruscamente los ojos parecieron querer salírsele de las órbitas.

—Hizo bien en pensar eso de mí. Así somos los machos de verdá, los antiguos. Ya de las pariciones nuevas no sale más que morralla, pa digustos. Me voy y, dentro de un rato, traigo a Pedro. Antes no, por no esperar tanto reunidos.

—Agradezco — dijo Rudecindo.

Cuando el otro se dio vuelta, pensó:

—¡Pucha que había sido macho, mi compadre! ¡Ansina da gusto tratar a los hombres! ¡Y tiene razón! Las pariciones de hoy no dan más que basura, morralla...

Y acordándose de la muerta sofocó un sollozo.

III

No bien volvió el gurí en su petizo bayo, después de haber avisado a Serapio para que trajera al cura, Rudecindo lo hizo ir en busca del juez que, como a cincuenta o sesenta cuadras, vivía atrás de un montecito.

—Decile qu'es de apuro, pero cuidate de hablarle de la finada, porque te deslomo. ¡Apuresé!

Y se fue a los galpones a amarguear un rato, para no escuchar el llanto del mujerío. Allí, solo, en la intensa quietud, hizo esfuerzos por rehacer la niñez de la ahogada. Pero no pudo conseguirlo. Obtuvo, sí, algunos recuerdos demasiado confusos porque no precisaba los detalles y los mezclaba sin orden. Cuando él, de vuelta de la guerra, la vio por primera vez, dormidita en un "tercio" [11] de yerba que tenía por cuna;

11 *Tercio*: fardo de cuero crudo, cosido con tientos.

cuando casi la pica la crucera;[12] cuando rodó en el petizo bayo... en el petizo bayo no podía ser porque todavía no se lo había regalado el padrino, su compadre Iglesias; en el overo, tenía que ser... Y, después, cuando aprendió a leer con la hija del juez anterior a don Jaime; cuando le leyó la carta que el mismísimo General le escribió para decirle: "Jefes como usté, coronel Rudecindo, van quedando pocos. Por eso mismo quiero que baje aquí p'arreglar el plan de la patriada[13] de que ya le habrá hablado por mi orden el comandante Fernández, que conferenció conmigo el mes pasado..."

—¡Esa sí fue patriada! ¡Mis lanceros eran el orgullo del General y de todo el ejército! ¡Si no hubiera sido por los dotores que se metieron a hacer la paz! ¡Mire que yo le decía al General!: "¡Tenga ojo, compadre, qu'esta chamuchina'e puebleros nos va a boliar de parao! Mire qu'éstos, al fin de cuentas, van a salir ganando aunque la patria y el partido queden metidos hasta..."

En cosas de guerra pensaba ya, no más, cuando escuchó el trote del caballo prendido al volantín del juez.

—Bajesé, don Jaime.

Este ató las riendas al pescante y se saludaron.

—¿...?

—No se apure, pase p'acá.

Y lo llevó a la cocina.

—¿Se trata de algún litigio vecinal o de alguna consulta jurídica? —preguntó, enfático, el juez, aceptando un asiento.

12 *Crucera* Víbora con signos de cruz en el lomo
13 *Patriada:* revolución.

—Se trata de que María del Carmen se me tiró al pozo esta mañanita — tembló la voz del viejo.

—¡Cómo! ¿Suicidio? ¿O pudieron sacarla con vida?

—¡Muerta, muerta la sacaron entre el mujerío! Se tiró por el pillo'e Fernández, que la engañó a la pobrecita...

—¡Dios mío! Lo acompaño en sentimiento. Comparto su dolor — balbuceó incorporándose don Jaime, sinceramente conmovido —. Para los que somos padres, esto es terrible. ¡Pero no la debieron sacar sin avisarme! Levantaremos actas con la policía; son los requisitos ordinarios.

—¡Mire, sientesé y dejesé de requisitos! Yo le pido a usté, qu'es padre también, que me haga un gusto.

—¿Cuál?

—Que me case a la muchacha con su novio. Mi compadre Nicanor está de acuerdo.

Fue a dar un paso don Jaime, pero el gesto enérgico del anciano lo obligó a permanecer quieto. Así y todo, habló:

—¿Se ha enloquecido, don Rudecindo? Comprendo que la desgracia es como para hacer perder la razón a cualquiera; pero hay que dominarse. ¿Cómo vamos a hacer eso?

—¡Yo quiero! ¡Yo quiero! — repetía el viejo en tono ahora suplicante.

—Siento mucho, pero es imposible. Usted ve...

—¡Pero cómo imposible! ¿No le puede hacer un gusto a este desgraciao pobre viejo?

—Le repito, imposible.

—¿Ah, sí? Bueno. Yo lo voy a hacer posible a rebencazos. Y si hay necesidá, a puñaladas. Conque ya sabe — rugió el anciano, la mirada extraviada.

Y saliendo de la cocina, se puso a pasear frente a la puerta como haciendo guardia.

—Caminá —gritó al gurí—, maniale el caballo a don Jaime.

Con los ojos saltados por el susto, el juez se arrinconó mirando al viejo. Y le vio patente que era capaz de hacer lo que decía.

En ese momento, aparecieron los seis Fernández. Nicanor adelante, con el hijo. Más atrás, en fila, las mujeres, endomingadas, temblando de miedo y desesperación.

—Entren para aquí —dijo Rudecindo señalando la cocina a los dos hombres mientras acompañaba a las mujeres adonde las otras seguían llorando.

Se abrazaron todas y, cuando él les dio la espalda, las muchachas lo miraron horrorizadas, al tiempo que las dos madres, sollozando, se cambiaban perdones, por los insultos, una, por la infamia del hijo, la otra, y por las brutales cosas que hacían sus maridos.

Al ver entrar a Rudecindo en la cocina con aquella barba blanca igual a la de su compadre Nicanor, Pedro bajó los ojos. Y así, mirando al suelo, se quedó, mientras los dos ancianos, sentados en bancos de ceibo, se pusieron a hablar del tiempo, del yuyo malo, de las heladas traicioneras.

En el mismo rincón, como un trasto viejo del que nadie hace caso, permanecía el juez maldiciendo el día en que le dieron el cargo.

—¡Tarda el cura, caray! —exclamó, de pronto, Rudecindo.

—Si no me equivoco, ahí llega —respondió el otro viejo.

Era el cura, sí, a quien, en coche de dos caballos, traía Serapio del pueblo a la disparada.

Los dos ancianos salieron a recibirlo. En pocas palabras, no más, le explicaron el asunto. Espantado, el cura quiso meterse otra vez en el coche sin hablar nada; pero Rudecindo lo agarró por la sotana y, puñal en mano, le dijo:

—Cura, yo lo respeto y respeto la religión. Pero si usté no me atiende, lo abro con sotana y todo. No hay tu tía, lo abro.

—¡Hijos queridos! Tienen a Satanás en el cuerpo —sollozaba el cura—. ¡Escúchenme un momento! ¡Escúchenme, gauchos queridos! ¡Me mandan de cabeza al Infierno!

—Entre y conformesé, que ya lo perdonará Dios si no tiene más culpa que ésta. ¡Y no llore, amigo!... ¡Un hombre!

A Serapio se le paraba el pelo. Pero no dijo nada y los siguió.

—Cuide la puerta, compadre. Yo voy a acomodar a m'hija... ¡Por fin los he podido reunir a todos! ¡Gracias, Dios bendito!

IV

En la cama de matrimonio de sus padres estaba la difunta, rígida ya y con el ojo asustado... El viejo quiso sentarla y no pudo por la dureza de la muerte. Entonces la alzó, le apoyó la cabeza en el respaldo, bastante arriba y, sosteniéndole con un brazo la espalda, hizo fuerza hacia abajo con el otro.

Sacó la mano como si la hubiera metido entre brasas. Había tocado una cosa dura en el vientre. ¡Era la infamia de Pedro, la causa de la desgracia!... Y siguió tratando de doblarla mientras dos grandes lágrimas, que temblaron un momento en las pestañas,

caían sobre el cuerpo de la hija y desaparecían absorbidas por la zaraza.

Cuando quedó sentada y firmemente recostada contra la cabecera, el anciano salió.

El miedo cortó en seco el llanto de las mujeres.

—¡Entren, entren todos!

Entraron todos. Temblaba el juez. El cura lloraba a lágrima viva.

—¡No será válido! —guapeó, a media voz, don Jaime.

—¡Comiencen no más! ¡Prontito! —rugió Rudecindo.

Pedro, más pálido que la muerta, no se animó a mirar a su novia.

Las ropas estaban casi secas ya, pero se pegaban al cuerpo de la joven, todavía. Las piernas se dibujaban nítidas. Los pezones levantaban con sus chuzas la zaraza. Su cara, tan bonita, ¡ah!, no habrá otra más bonita en todo el pago, tenía los moretones de la caída. El ojo, lindo y verde como la hoja, ahora vidrioso, vichaba angustiado, solo. El otro, reventado en alguna piedra del fondo o en alguna raíz dura o en quién sabe qué cosa, no estaba en el hueco lleno de sangre. Como todavía no le habían atado ningún pañuelo, tenía la boca entreabierta cual si quisiera tragar más agua de la que había tragado o ¡a lo mejor! echarla toda afuera, arrepentida...

—La mujer —decía el juez con voz que le daba más miedo, y sin sacar los ojos de la asombrada pupila verde—, la mujer... debe... El hombre, a su vez...

Y volvía con creciente terror:

—El hombre... la... mujer...

No conseguía pasar de ahí. Una palabra se le había aparecido con fuerza tal, que alejaba las otras. Las sentía alrededor, pero no podía alcanzarlas. Sin saber por qué, aquella palabra absorbía toda su atención. Y, por verse libre, la largó.

—Protección —dijo.

El ojo verde lo miraba siempre.

—La protección...

Su cara se fue contrayendo como si diez dedos le empujaran los músculos hacia la boca. Y un chirrido rabioso resonó en el cuarto.

—¡Mi madre, no puedo! —sollozó.

Y huyó hacia su charret, gritando:

—¡Ya está todo! ¡Ya está todo! ¡Todo lo que quieren!

El cura, entonces, no tuvo más remedio que intervenir también él. Empezó lentamente, estremeciéndose, como quien se mete en el agua y siente el frío que le va subiendo.

—Dense la mano...

—Agarrala, m'hijo —acudió Nicanor.

Pedro agarró con espanto, con rabia y con desesperación la manita fría de María del Carmen.

Al terminar un incomprensible barboteo, el cura dijo, ahogado por el miedo:

—¡Que sean muy felices!

Y dándose cuenta de sus palabras, soltó de nuevo el trapo.

Largaba la mano helada Pedro Fernández, cuando lazó un corto gemido, dio media vuelta y cayó haciendo cruz con la finada. Sin que nadie se hubiese dado cuenta, Rudecindo le había sumido la daga hasta el cabo, que se metió también un poco, de la fuerza.

—¡Qué ha hecho, compadre! —gritó Nicanor manoteando su puñal.

—Lo que tenía que hacer. ¡Ahora, usté, si quiere, máteme!

Las manos atrás, el pecho afuera, se quedó mirándolo.

Nicanor aflojó la mano que había oprimido el mango de plata y, moviendo la cabeza, balbuceó, tembloroso:

—No hay nada que darle. Usté tenía derecho...

Luego, cambiando de tono, gritó con voz imperiosa a sus mujeres, entre las que se había metido, medio desmayado, el cura:

—Ahora nada tenemos que hacer aquí. Mandaré por el cuerpo. ¡Vámonos!

Por entre las masiegas, cortando campo, cinco Fernández volvieron a las casas. El viejo, adelante; más atrás, las hijas arrastrando a doña Casilda, a quien le había dado el mal.

El cielo se estaba cubriendo ya de negro.

Como enlutándose.

COSAS DE LA VIDA

Cayó la noche y el cielo siguió encapotado, amenazando lluvia. Soplaba un vientito que empujaba cuanta cosa hallaba en su camino como pidiendo cancha. ¡Y a qué! Lo que hacía era juntar hojas, briznas, basuras, para amontonarlas arremolinándolas, para alzarlas en giros hasta muy alto y, desde allí, dejarlas caer en todas direcciones... Y pararles rodeo otra vez, más adelante, y volverlas a alzar... Parecía que estaba haciendo tiempo, esperando algo.

—Si cambia el viento, vamos a tener agua —dijo un jinete al que llevaba trotando a su costado.

—Me palpita que aunque no cambie —respondió el otro haciendo saltar chispas a su yesquero para encender el cigarro.

—No fumés, Juan —volvió a hablar el primero. Y dando vuelta la cabeza, mandó a otro jinete que los seguía como a dos cuerpos: —Ché, tirá vos también. Ya estamos cerca.

—¡Dejate de amolar!...

—¡Tire, canejo! —bramó el de la orden con voz dura, medio queriendo tornar su caballo y alzando el rebenque.

—¡Está bien, José María! —exclamó el aludido arrojando el pucho y acercándose—. También vos —agregó después—, te calentás por...

—Es que estamos muy cerca, viejo, y una macana

de éstas nos puede costar caro — respondió, ya sereno, José María.

—Sí, pero también vos...

—Bueno, ¿y qué? ¿Ahora querés pelear? — preguntó aquél, riéndose.

El ofendido también se rió. Después, dijo:

—¡Pucha, vos sos locazo!

Envueltos en la oscuridad siguieron trotando.

El nombrado José María era un hombre joven, más bien alto que bajo, de cara huesosa y labios finos donde se agarraba a gatas un bigote de coya. El otro, tirando a indio, era flaco y largo. De no ser por los estribos, sus pies, en el caballito criollo, no andarían lejos del suelo. Y el que iba detrás, viejo como de sesenta años ya, cruzada la cara por un tajo que le debió de haber rayado las muelas, era bajo y delgado...

—Bueno, vamos a entrar por aquí — resolvió José María deteniendo su caballo frente a una tranquera que abrió sin desmontar.

Pasaron, la dejaron abierta adrede y, en vez de tomar por el camino que de allí salía hasta unas poblaciones de las que los relámpagos empezaban a dejar ver el bulto, desviaron hacia unos ombúes. Al llegar a ellos, se apearon. Atados los caballos, esperaron con los ojos fijos en las casas. Reinaba profunda tranquilidad. Como el viento había calmado, hasta las hojas estaban quietas... Hacía rato que aguardaban, cuando una sombra se separó de la gran sombra de la Estancia, derecho a los ombúes.

Un hombre alto, era. Se acercaba cojeando. Al llegar, cuchicheó.

—Buenas, ¿vamos?

—¿Cuántos hay?

—Están los dos, no más. El patrón y los otros dos piones era verdá que se habían ido con la tropa.

—¿Y los perros?

—Apilaos. No ladró ninguno.

—Está bien... Bueno, vamos.

Y salieron los tres siguiendo al rengo que, cada vez más por lo bajo, íbales haciendo recomendaciones.

Entraron por un galpón. Al llegar frente al cuarto de los peones, ya estaba todo dispuesto en buena forma. José María y el rengo cargarían al más fuerte; Juan, al otro, que era casi un gurí. José María abrió un poco la puerta, puso el oído para orientarse... Después retiró la cabeza y, sin hablar, hizo señas. El muchacho dormía contra la pared, su compañero, en el medio del cuarto. Había desaparecido el rengo. Volvió de la cocina con una candileja que entregó al viejo. Como de otro lado no había peligro, la encendieron, no más y, un instante después, desenvainadas las dagas, todos irrumpieron en el cuarto súbitamente iluminado por la luz que el viejo llevaba en la mano alzada.

En ese momento, un tremendo trueno estremeció la tierra.

II

Amelia no podía dormir. Nunca se había quedado sola desde que se casó, ya hacía casi un año. Siempre que su marido salía de viaje, alguna de sus hermanas venía a acompañarla; cuando no Eulogio, su hermano, o su mismo tata. Pero como se hallaban tan atareados con la faena de cerdos, había pensado que era mejor ir ella a la casa de su padre hasta que volviera el esposo, cuya ausencia no sería menor de dos semanas.

Los Echebarne, que estaban en el pueblo y que al otro día regresaban, le enviarían el coche para salir en la misma tarde, ya que a caballo le era imposible porque la pobre andaba muy "pesada".

Ahora se arrepentía de no haber mandado buscar aunque fuera a una de las Banegas para acompañarla esa noche que iba a pasar solita. Ella, por no incomodar... Y como los dos peones que quedaban eran de tanta confianza... ¡Pero hubiera sido mejor! Se sentía bastante fatigada; el golpazo que se llevó al entrar al dormitorio le había hecho daño y tenía mal el cuerpo. Además, el cuarto le parecía tan extraño al encontrarse sola, la cama le parecía tan inmensa al moverse y no hallar el cuerpo de su compañero... Tuvo ganas de encender luz y, aunque más no fuera, ponerse a terminar los escarpincitos blancos; pero este deseo se fue apagando al traer la idea del niño que ya estaba tan cerquita y la de su marido, tan bueno, que trabajaba tanto para que no les faltase nada a ella y al hijo que ella le iba a dar...

—¡Dónde estará con este frío! —pensaba—. Al raso, rondando el ganado, ¡y el caprichoso no quiso ponerse camiseta de lana! ¡Qué hombre, Dios mío!

Un trueno pareció agarrar toda la casa y sacudirla. La aldaba de la ventana, demasiado floja, se bajó con la conmoción; y la hoja fue empujada con fuerza contra la pared. Unas gotas salpicaron de frío la cara de Amelia. Temblando cerró la ventana como pudo. Después, volvió a la cama y se sentó con el corazón que se le salía por la boca...

Y en eso escuchó un grito de angustia, un grito como el de quien se siente perdido y, no teniendo en qué agarrarse, así se prende todavía de la vida.

Toda su carne se estremeció. Inconscientemente, co-

rrió a la puerta que daba al patio. Apoyó en ella sus espaldas.

—¡Santa María! ¡Santa María! ¡Santa María! — se puso a implorar casi sin voz.

De ahí no pasaba, pero ella no se daba cuenta. Sus ojos dilatados por el miedo veían a la santa; y en su imaginación mirábase a sus pies, besándoselos e implorándole auxilio.

¿A qué más?

—¡Santa María! — resonaba apenas, tembloroso, en la oscuridad del cuarto —. ¡Santa María! — se mezclaba con el zumbido del viento que, ahora sí, soplaba fuerte —. ¡Santa María! — subía cada vez más alto y desgarrante en medio del chicotear del agua caída a baldes...

Un espanto nuevo le saltó al alma como yaguareté.

—¡Santa María queridita! — rugió entonces, fuera de sí.

Ya no era sólo el miedo. Un dolor hondo, terrible, le empezó a arañar el vientre como tirándole hacia abajo las entrañas.

Se calló un poco, fatigada. La boca no le daba abasto para respirar. Se ahogaba y una...

Y soltó un grito áspero, de esos que son más grandes que uno, cuando oyó:

—Aquí es — cuchicheado por alguien, afuera.

Un cuerpo se echó a plomo sobre la puerta. Las maderas crujieron, pero aguantaron.

—¡Vamos!

Ya no fue un cuerpo, fueron varios los que, empujando, hicieron temblar hasta la pared. Y la aldaba, con clavo y todo, saltó.

—Alce la luz, viejo.

—Sí, a ver, dame el candil.

En el silencio, dos o tres cuchillos ganaron las vainas, y José María se inclinó sobre Amelia, tirada de espaldas en el suelo. En camisa, se veían sus piernas hasta la rodilla y parte del pecho de abultados senos.

—¡Preñadaza! — observó.

Dio dos pasos atrás y se puso a mirarla.

—¿A ver? ¿A ver?

Todos quisieron observar bien.

Afuera, el cielo parecía enloquecido. Víboras de fuego mordían el nuberío como para abrirse paso huyendo de los truenos que las traían cerquita.

En el grupo de los tres agachados que miraban se estiró un brazo sucio de sangre, el del rengo, para levantar con insolencia la camisa de la caída. Pero el brazo nervudo de José María, también manchado de sangre, llegó primero a la cabeza del bárbaro, que cayó patas arriba.

—¡Hijo'e mil! — gritó el castigador tirándosele encima.

Los otros dos lo sujetaron. Y después, mientras los demás, en el rincón donde se había podido parar el rengo se inmovilizaban, José María siguió con los ojos fijos en el bulto misterioso donde esperaba una vida.

Se había quedado mudo, sin pensar en nada concreto, llena la mente de ideas confusas, pendiente de aquel vientre hinchado que estremecían los suspiros. Estaba como en un sueño, un sueño extraño, un sueño que no tenía más imágenes que sonidos, palabras cortadas...

Un gemido se escapó de los labios crispados de la muchacha.

—¡Bueno, hay que volverle el sentido! — intervino el viejo —. Esto no puede continuar ansina. Vamos a ponerle aunque sea un trapo con agua.

—Sí. sí. Un trapo con agua... —aprobó, sin moverse, José María.

Un relámpago iluminó vivamente y, en seguida, estalló el trueno.

El viejo agarró la toalla pendiente del lavatorio y la metió en la palangana. Al torcerla se miró instintivamente al espejo. Se volvió a mirar, pegándose casi al vidrio.

—¡Pucha que había tenido uñas largas, el finao! —exclamó viendo que manaba sangre de dos hondos rasguños en la frente. Y se inclinó sobre Amelia.

Se le ocurrió entonces una idea. Haciendo como que ya la tenía pensada, se incorporó con la toalla en la mano.

—¡A ver, ponganlán en la cama, pues! ¿No ven que hay que ponerla en la cama?

José María, pasándole un brazo por la espalda y el otro por las corvas, alzó a Amelia, que lanzó un quejido.

Un líquido viscoso le mojaba los muslos.

—A ver, traigan p'aquí la palangana —volvió a doctorear el viejo—. La toalla tiene qu'estar siempre bien fresquita. Ahora va a ver cómo se mejora... ¿No ve?... ¿No ve, amiga?...

Los otros tres, arrimados también al lecho, buscaban en el rostro de la desgraciada señales de mejoría.

La joven empezó a gemir. Y sus manos se abrieron sobre el vientre como si desde la sombra de su desmayo quisiera proteger a su hijo.

—Vayansén ustedes a dar una vuelta, no sea cosa que nos sorprendan —ordenó José María saliendo de su ensimismamiento.

Apurándose por la lluvia, obedecieron. En medio del patio ya, los alcanzó para agregarles:

—Vean como están los caballos. Y vos, rengo, llevá ensillado el tuyo.

Parecía que tenía hambre la oscuridad. Luz que caía, se la tragaba. Y el trueno que venía atrás rezongaba en vano y rodaba por el cielo, buscándola...

José María volvió a entrar en el cuarto, que se llenaba de ayes.

—¡Así no, viejo, así no! —protestó al ver que de la cara de Amelia chorreaba agua hasta los hombros, empapando la almohada.

—¡Me vas a decir vos a mí!

—¡No, dejelá! ¡No ve que ya le viene la mente!

Era verdad. Con ojos extraviados, con mirada que se quedaba al ladito de ella, no más, Amelia se fijaba en aquellos dos desconocidos. Ya de lo sucedido no se acordaba. Ni el grito de agonía, ni el "Aquí es" condenador, ni el sacudón de la puerta le llamaban a la memoria. Sólo se daba cuenta de que en el cuarto estaban dos seres extraños, entrados quién sabe cómo, y de esto no pasaba porque ya sentía adentro desgajársele el hijo.

Como repelidos por una mano dura, los dos hombres retrocedieron.

La luz floja del candil posado sobre el lavatorio temblaba mirándose en el espejo, y de ahí retrocedía y caía sobre la cama ofreciendo a la madre su escaso calor. Esta, abiertas las piernas, haciendo fuerza, se arrollaba toda, de repente, apretando los ojos acobardada por el dolor, y volvía a abrirse, guapeando y estrujando las sábanas entre sus dedos como garras. Unas veces se alzaba quedando sólo sostenida por los codos y los pies. Otras, dejábase caer desfallecida. Pero un nuevo dolor la levantaba en peso.

Pasaba el tiempo. Los relámpagos y los truenos se empujaban unos con otros. Desde el rincón que sólo iluminaba, intermitentemente, la luz del cielo, los dos hombres parecían tener pegados los ojos, de tan fijos. En la mente de José María cruzaban viejos recuerdos cortados a cada momento por los quejidos que lo volvían a la realidad.

—¡Guacho! ¡Guacho en la estancia!... —pensaba.— Guacho... y déle lazo por cualquier cosa...— volvía a decirse como disculpándose con alguien...

Dióse vuelta al oír un susurro. El viejo, con los ojos clavados en el techo, rezaba.



Las ropas de la cama chupaban sangre. ya. Los gemidos y los esfuerzos redoblaban El sudor se mezclaba con las lágrimas en la cara crispada de la mujer. Una palidez que tenía algo del amarillo de la luna le aparecía por momentos.

En una, como pudo, Amelia empezó a agarrar a su hijo y a ayudarse un poco, así...

Al rato, cortando el rezo, el viejo saltó de su rincón.

—¡Se ha desmayao!

—¡Sí! Mirá... ¡Mujer!

El viejo, con la voz más dulce que pudo, y acercándose miedoso de tocar el cuerpito todavía entre las piernas de la madre, exclamó:

—Una moza más p'al pago. Señorita, ¿cómo le va? ¿Eh? ¿Qué anda haciendo?

Entre los fragores del cielo empezaron a oírse unos débiles vagidos.

—¡M'hijita! ¡M'hijita! ¡No tenga miedo! —seguía el viejo, con la mano irresoluta cerca de la carita ensangrentada—. ¡No tenga miedo! ¡No ve que nosotros la queremos mucho y somos muy...

Iba a decir "muy buenos". Pero, de golpe, se detuvo. Y como si una mano helada, puesta en su frente, le levantara la cabeza, se incorporó.

—¡Maulota! ¡Maulota! —dijo por decir algo, completamente abstraído.

—Bueno, vamos —se oyó la voz de José María, que había recobrado de nuevo su dominio.

—Pero, ¿y a esta alma'e Dios la dejamos así?

—¡Vamos! —tronó otra vez la voz, ya desde la puerta.

El viejo, agachando la cabeza, lo siguió.

Atravesaron el patio, chapaleando.

—¿No ve que ahora avisamos a algún vecino? —enteró José María con acento casi afectuoso.

—¡Ah! ¡Es claro! Yo también pensaba eso —exclamó el otro, que no había pensado nada—, porque si nadie viniera... vos ves que...

—¡Claro!

Llegados a los ombúes, hallaron a sus compañeros que los esperaban con los caballos de la rienda.

—Vos, rengo, qu'estás mejor montao qu'éstos y no te conocen —dijo José María— cuando lleguemos al bajo'e lo de Banegas te cortás y les decís que si puede venir alguna en seguida, qu'ella está por salir de cuidao esta misma noche.

Y cerró piernas.

Al llegar al lugar indicado, José María recomendó:

—Nosotros seguimos al trote. Vos, metele talón, cosa de que el día no nos agarre afuera del monte.

III

Alto ya el triste día sin sol, en lo más profundo del Arazatí mateaban los forajidos. Reían, se hacían pullas pesadas con las cosas que vieron esa noche, bromeaban fuerte...

Pero, en el fondo, ninguno estaba contento. Y nadie se acordó de la plata que fueron a buscar a la casa de la parida.

VISITA DE DUELO

Después de sestear hizo traer el tostado y él mismo lo ensilló despacio, hablándole.

—¡Que lo tiró al reumatismo! ¡Ya creía que no te iba a montar más!... ¡Estás gordazo! En cuanto caliente un poquito la primavera te voy a bajar esa barriga porque la cincha se refala como con grasa...

De repente, el tostado tornó la cabeza y empezó a refregarse en el hombro del viejo, que exclamó, sonriendo:

—Si te pica... rascate.

Salió al trote corto. Como a las veinte cuadras pasó al lado de una osamenta y recordó a lo que iba.

—¡Pobre compadre Indalecio! ¡L'único hijo, puro mujerío!

Vadeó un arroyito de mala muerte, bordeado por unos sauces llorones que otra vez lo volvieron a hacer pensar en su compadre y, poco después, llegó a las casas.

—¡Ave María purísima!

—¡Sin pecado concebida! ¡Abajesé!

—¡Buenas! Lo acompaño en sentimiento, compadre. M'hijo le habrá dicho lo del reumatismo, que me tenía embarao en la cama. No pude venir a la desgracia.

—Sí, me dijo. Sientesé. Lucinda, calentá l'agua.

—¿La vieja?

—Acostada. Le dio el mal otra vez, anoche. Yo ando también con ganitas d'entregar la guardia. Van ya pa setenta, compañero, y siempre a los guascazos.

—Hay que tener pasencia.

—¡Sí, pasencia!... Pasencia cuando las cosas, aunque malas, le vienen derecho a uno; pero no ansina. Yo soy fuerte, ¡pero la pucha!... Me hubiera muerto yo... ¡pero m'hijo, el único, tan bueno!...

—¡El destino del hombre!

—El destino lo que hace es amolar. ¿A qué nunca oye hablar de él pa bien, pa suerte, pa felicidad? ¡El destino!

—¿Pero sabe qu'está lindo el ganao? Pasé costiando el potrero del frente. ¡Es un gusto! Pero fijesé bien, porque me pareció que había un novillo de la marca de Gutiérrez, que tiene apestada la hacienda.

—¡Pobre!

—¿Gutiérrez?

—¡M'hijo, compadre! ¡Tan bueno! Bueno derecho; guapo, cariñoso... No volvía de la pulpería sin llenar las maletas con chucherías pa la madre y pa las hermanas. ¡Y guapo!... Cuando no tenía quince años lo pillé pitando atrás del galpón. Le hice volar el pucho de un revés, y se me vino ciego. Se sofrenó y me gritó, llorando: "¡Tata, lo abro si no fuera mi tata!" Yo casi lo deslomo a rebencazos. Pero contento, compadre, orgulloso. Y a cada golpe, que él aguantaba sin dar un quejido, yo pensaba: "¡Esto sí es macho!" "¡Hasta cuándo aguantarás, m'hijito lindo!" Y me cansé, y lo dejé, y él se quedó todavía un rato parao, sin moverse, como diciéndome: "¡Seguí, canejo, seguí!"

—¡Si sería guapo! Cuando la yerra en lo de Pérez... Y ahora que digo Pérez, ¿en qué quedó lo de la venta de las mil cuadras, que me dijeron que se las había ofrecido al gringo Moretti pa levantar la hipoteca del resto?

—No sé. Algo le oí ayer a Eusebio. El estuvo p'al entierro. Todo el pago empezó a caer en cuanto se corrió la noticia. Hasta los Morales, que hacía añares que no pisaban, después de la cuestión del alambrao, ¿se acuerda?

—¡Cómo no! Y también me recuerdo que...

—Todo el mundo quería a m'hijo. Los Morales han venido por la muchacha, segurito. Andaba ennoviado con la menor. Colegía qu'esos amores no tenían fundamento, pero ella lo quería, se ve, porque dicen que se le va un mal y le viene otro y que desvaría y habla de matarse... ¡Esta yerba no tiene gusto a nada! Dalo vuelta, Lucinda.

Hubo un silencio profundo. Afuera, en el patio, varios patitos marchaban a paso de infante, de uno en uno, rumbo al tajamar. El charabón, criado guacho, abarajaba en el aire las moscas, muy escasas, ya que el frío era grande, y ni basuras de bichos había por el aseo de la casa. En el ombú los pájaros entraban y salían. Daban vueltas por alrededor, tiritando y muertos de hambre...

—¡Está bien!... ¿Y pa cuando es el casorio, moza?

—Todavía no hemos fijado fecha, don.

—¡Todos se van! ¡Y nosotros no nos vamos! ¡La cosa es fiera, compadre!

—Dios sabe lo que hace.

—¡Se ve! ¡Mire que llevarse a m'hijo! ¡Y la muerte que me le mandó! ¡Abichao, como animal! No era enfermedá'e cristianos. ¡Hasta eso! Le salían por el oído gusanos así. Y se revolcaba, lloraba, mordía. ¡No era enfermedá'e cristianos, compadre!

—¡Qué se le va a hacer!

—Le dimos vuelta la pisada; trajimos a la negra Remigia pa que lo santiguara; le pusimos creolina...

¡Nada! Con la creolina salieron muchos, pero los otros seguían comiendo, comiendoló vivo, ¿se da cuenta? "¡Matemé, tatita, matemé! ¡Sea bueno, tatita!" La madre me sujetó cuando le iba a sumir la daga. Le juro que lo mataba. ¡Pobrecito! Y si no me desarman, puede que me la hubiera encajao yo, pa n'oírlo. Murió al aclarar. ¡Yo estaba deseando, deseando! Lo enterramos recién al otro día. Yo quería en seguida, pero tanto amolaron las mujeres, que aflojé. Y era mejor en seguida. La pardita'el Puesto vomitó al rezar el rosario, y vino el desbande. ¡Pucha, cuasi le meto fuego al rancho p'asarnos todos con él! Cuando lo sepultamos no querían abrir el cajón, para que no lo besara. ¡Avisen, canejo! ¿Porque estuviera así? ¿A m'hijo no lo voy a besar? Alcé la tapa... ¡Pobrecito!, estaba... estaba... ¡ah!... Lo besé como nunca. Yo creo que si lo besé alguna vez fue cuando muy gurí... ¡Pucha, es que somos una manga'e bárbaros! Reservaos, secos con la mujer, con los hijos. Nos da como una vergüenza cuando sentimos que vamos a ser blandos... ¿no halla? A lo mejor se creen que no los queremos. Siempre con sequedá, sin mostrarles los dientes nunca... El pobre quién sabe qué se creería. ¡Pucha, qué bárbaros!

Afuera, en el patio, los patitos volvían de uno en uno, a paso de infante. El charabón, de travieso, les llevó la carga. Y hubo un desparramo que contuvo la pata madre apareciéndose de entre unas matas con las alas abiertas y los ojos como chispas.

—¡Solito en el campo quedó, solito!... ¡Usté ve!

Hubo un silencio.

—Voy a esperar a la patrona. Después, después me voy aunque sea de arriba.

—¡Esas cosas no dicen los hombres, compadre! Todo está escrito, todo está escrito. Es al ñudo empacarse y ponerse a corcoviar. Seguir, seguir siempre. ¿P'ande? P'ande sea. Hay que seguir, hay que seguir...

El otro se quedó mudo. Y como no daba pie a la conversación, su visitante, cuidando de no encontrarle los ojos, miraba al techo, miraba al suelo, volvía a mirar al techo. De pronto golpeaba la caña de la bota con el rebenque y entreabría el penoso silencio con un prolongado:

—¡Ta bien!...

Al rato, se incorporó.

—Bueno. Ya l'hecho una visita. Rabona porque estoy como en el cepo con este reumatismo. ¿Siempre va a mandar la tropa?

—Sí, estoy comprometidazo con el del saladero.

—Entonces le mando a Eufrasio.

Salió al trote. El montecito de sauces llorones y la osamenta lo volvieron a hacer pensar en la muerte. No soplaba viento; y un calorcito traicionero se pegaba a las cosas. Esa noche iba a helar, seguramente.

EL ANGELITO

Más gente no cabía en el gran cuarto. Y como la luna se asomaba ya, los concurrentes empezaron a salir al patio, donde varios faroles proyectaban su chica luz. Los guitarreros dejaban oír desde adentro una musiquita monótona, a cuyo compás resonaban las espuelas de los bailarines. Cuando se detenía la danza, una negra vieja servía a las mujeres pasteles y copas de licores. Los hombres pasaban de mano en mano botellas de caña.

—¡Metanlén! ¡Metanlén! ¡Yo pago todo! ¡Por falta'e plata no va a ser! —azuzaba, incorporándose a medias en su silla Frutos Pareja, el dueño de la Estancia a la que pertenecía el "puesto" de fiesta—. Y vos, Carola —gritó dirigiéndose a la morena que servía—, aprontá esas tabas, qu'ésta que viene es pa nosotros.

—¡Así me gusta! ¡Ah, criollo! —exclamó un peoncito, muy borracho ya, palmeando confianzudo a su patrón.

—¡No te pasés al patio!... ¡Mirá que hay pollitos chicos!... —sentenció un viejo que no salía de al lado de Frutos Pareja adulándolo a su manera.

Frutos Pareja se dio cuenta de que el viejo tenía razón cuando ya iba a abrazar, sonriendo, al muchacho. Y dijo, severo, ladeándole la cara:

—¡Hum!

Volvió a sentarse. Se empinó la botella.

—Diga, esté... ¿tiene tabaco? —inquirió el viejo.

—¡Cómo no! —Y alargando la tabaquera— sacá, no más —siguió—, de éste no se fuma todos los días... ¡Ché, Isidro, vení, pues! ¿Dónde andabas?

Isidro, el puestero, alto, flaco, medio borracho también, se aproximó. El viejo le dio su silla, obsequioso, y se puso en cuclillas para permanecer bien cerca.

—¿Dónde andabas? — repitió Frutos Pareja.

—Y... con ella... Está medio llorisqueando. Dice que somos una manga de animales.

—Es qu'estas mujeres... ¡tienen cosas! ¡Claro! Ellas... Metéle un traguito. Tienen sus cosas porque, como quiera que sea...

En eso, los músicos volvieron a tocar.

—¡Que baile don Frutos! ¡Esta es la'e don Frutos!

—¡Don Frutos! ¡Don Frutos!

Ante el corear exhortante, Frutos Pareja sintió como si con energía lo sacudieran por los hombros; como si se le aventara lejos cierto peso en el alma y el quedarse dueño de límpido vigor.

—¡Carola! —llamó.

—¿Patrón?

—A ver, que te voy a sacudir esos percales.

Y en medio del patio comenzó la danza, que contemplaron sonrientes y jaraneantes los demás, menos una pareja que aprovechó la oportunidad para alejarse sin ser vista hacia las chilcas.

La negra, con la gracia de una niña, pisando menudito a compás de las guitarras, se acercaba y se alejaba del hombre, que zapateaba furioso haciendo sonar las espuelas, alzando por momentos la cabeza y metiéndola en el pecho al embestir como toro bravo a la compañera. Era la lucha entre la gracia y la fuerza, entre la coquetería que dice a la vez, ¡Sí! y ¡No!, y el deseo urgente y bárbaro que quiere en seguida y todo.

—¡Eso es lindo! ¡Eso es lindo! —gritaban los jóvenes, entusiasmados de verdad.

El, grande, ventrudo, con barba ancha, negra todavía, empezó a seguir en zapateo frenético a su pareja que, tornando la cara a la vez sonriente y como cohibida, huía esponjando la pollera en sus tenues movimientos rápidos. De pronto se encontraban frente a frente. Entonces, mientras ella permanecía inmóvil, siguiendo apenas con leves contoneos los monótonos sones, el hombre, mirando al suelo, como presa de desesperada locura, avivaba más la danza, moviendo los pies, convulso, clavando la punta y el taco de las botas que dejaban el pozo de la espuela...

—¡Ay, no puedo más! —exclamó él, deteniéndose. Es de balde, uno ya... no sirve. ¡Uno ya no sirve!

Jadeante volvió a su silla, ahora ocupada por el viejo que, al verlo, la abandonó poniéndose de nuevo en cuclillas.

—¡Pucha, usté en sus tiempos!... —halagó éste.

—¡Uff! —acordó Frutos Pareja empinando la botella—. ¡Me hubieras visto!

—Y todavía, a lo mejor, ¿eh? —volvió a decir, sin aludir a nada concreto, con insistente sonrisa melosa, el viejo.

Y sugiriendo que todavía sí respecto de cualquier cosa que pudo haber sido aludida, el otro contestó desde el fondo de su alma:

—¡No!... ¡Eh!... yo ya estoy... ¿Y vos no tomás?

—Por no despreciarlo, don.

El viejo, limpiando la boca con el dorso de la mano, se prendió de la botella.

Buscando el fresco, los músicos se habían sentado en el patio. Y volvieron a tocar, y el baile continuó.

—Che — interpeló de pronto Frutos Pareja al dueño de casa siempre sentado a su costado — hoy me estabas diciendo que ella...

—Sí... ¡Qué sé yo!

—Voy a verla, entonces. Pero, mirá, llenate la botella, que ya está en las últimas.

Y agachándose para no darse contra el marco de la puerta entró en una pieza vivamente iluminada por dos lámparas. A un costado, sobre mesa pequeña, había un cajoncito de los de fideos cubierto burdamente con un paño blanco. Frutos Pareja se aproximó y miró cariñosamente dentro.

—¡Pucha mi ahijao, caramba! — exclamó.

Acariciándose su ancha barba, se puso a contemplarlo. El muerto, un niño de tres meses, a lo sumo, parecía mirar el techo con los ojos extrañamente blancuzcos. Tenía los labios entreabiertos como si fuese a respirar de nuevo... Estaba cubierto de flores cuyo fuerte olor también entristeció a Frutos Pareja.

—¡Pucha mi ahijao, caramba! — repitió ahora en un susurro, como se le habla a un dormido al que, sin embargo, no se quiere despertar —. ¡Pucha, todavía no se han acordado!... — Y metiendo la mano en el cinto, sacó dos libras esterlinas y las colocó sobre los abiertos ojos.

Una cinta celeste rodeaba la cintura del cuerpito y caía por el costado del cajón. Ese extremo pendiente tenía infinidad de pequeños y apretados nudos. Frutos Pareja agregó uno y, diciendo.

—Rogá por mí, angelito —, se persignó. [14]

Después, empujó una puerta y se introdujo en la habitación vecina.

14 Al pedirle algo para el cielo, al "angelito" se le hace un nudo en la cinta a fin de que no lo olvide.

—¡Pero comadre! ¿Cómo llorando? ¿Usté no sabe que no puede, comadre?

—¡Sí, voy a estar de fiesta! —gimoteó ella incorporándose a medias en el lecho.

—¡Pero m'hija! ¡Qué se le va a hacer! ¡En vez de estar contenta! El se va al cielo, con los angelitos. Los otros angelitos lo han llamao a él pa que se fuera... ¡Y bueno! ¡Usté lo que hace, usté lo sabe bien, es estarle mojando las alas! [15]

La mujer callaba.

—Bueno, ¿no quiere venir con nosotros? ¿No? ¿Le han traído guindao, anís, alguna cosa? ¿Quiere que yo le traiga?

—L'anís no me gusta.

—Bueno, guindao, si quiere, se le puede traer.

—Bueno, guindao, sí.

Con las abiertas piernas vacilantes, salió Frutos Pareja. Fue a la cocina, donde estaban depositadas las bebidas, cogió una botella llena y destapada, volvió a salir.

—¡Metanlén, metanlén no más! ¡Yo pago todito! Por falta'e plata, no va a ser —gritó calmosamente, como si pensara en otra cosa, atravesando por entre la concurrencia. Y tornó al rancho.

La mujer se sentó en la cama. El acercó con un cuidado inútil una mesita. La puso entre los dos. Como no tenía en qué sentarse, volvió al patio, hizo por segunda vez levantar al viejo, que le había ganado la silla, la tomó, cogió también su botella y regresó.

—¡Pucha los pasteles!

Tuvo que tornar por los olvidados pasteles. En el viaje sintió hambre y le metió diente a uno.

15 La madre no debe llorar. Su dolor retiene al alma del "angelito" y no lo deja volar al cielo.

—¡Qué mi comadre! —exclamó sentándose.

Y bostezó largamente.

—¡Pucha —continuó—, lo qu'es no estar acostumbrao a pasar malas noches! Mire, antes, le garanto, era una cosa que yo no perdía fiesta. ¡Claro, qué iba a hacer! Joven uno, con plata... ¿Se da cuenta? Metalé, no más. ¡Pero ahora! Mire, si no hubiera sido porque era mi ahijao, lo que es a mí, esta noche, ni me ven la cara. ¡Ah, no, se lo garanto!

La mujer comía ruidosamente y, bastante seguido, empinaba la copa de inmediato llenada con solicitud por Frutos Pareja, que no olvidaba por eso su botella.

Recomenzó la música. Llegaban a la habitación el ruido de las espuelas, las risas, frases cortadas...

—¡Qué hojaldre! —ponderó la mujer—. ¿Los hizo doña Carola?

—Sí, pa eso es especial — respondió, encantado, el estanciero con la boca llena—. ¡Tiene una mano, comadre, le garanto!... Tome, no más, tome. Le garanto que queda una infinidá de botellas. A mí las cosas me gustan como la gente. En una cosa de éstas, a mí no m'importa la plata. Yo siempre digo que...

En eso se oyó un alboroto, y la música cesó.

—¡Yo te voy a dar pechadas! ¡Te voy a coser a puñaladas!...

—¡Venite! ¡Venite! ¡Venite, desgraciao!

Frutos Pareja salió corriendo. En la puerta del patio tropezó con el tropel de mujeres que huían hacia adentro, despavoridas.

—¡Qué hay! ¡Qué hay!

—¡Medardo y Eusebio que se están peleando!

Frutos Pareja, seguido por la curiosa mirada de las mujeres que, con miedo y todo, querían ver, avanzó hacia un grupo donde todos gritaban sin entenderse.

—¡Respeten! ¡Respeten! — rugió abriéndose cancha a manotazos. Y encarándose con los peleadores, a quienes sujetaban a duras penas, ordenó:

—¡Guarden esas armas, caracho! ¡Cómo ha sido eso, caramba!

—¡Este, que a cada momento me empuja la compañera!

—¡Yo no he empujado a nadie!

—¡Callesé esa boca! — gritó fuera de sí Frutos Pareja —. ¡Parece mentira! ¡Vengan p'acá ustedes dos! ¡Y a ver, músicos, sigan tocando!

Entraron en la cocina. El dueño de casa, que estaba entre los apartadores, entró también. Y más tarde Medardo y Eusebito, amigados ya, siguieron el baile muy cuidadosos y con sus respectivas compañeras, las cuales todavía no las tenían todas consigo.

Olvidado de su comadre, Frutos Pareja se sentó en el patio, en el asiento que le ofrecieron. El viejo, que ahora quedaba lejos, le sonreía y le hacía señas picarescas para las parejas, a las que poco caso hacía el padrino con la mente hecha un enredo.

En una, el viejo se aproximó para pedirle un cigarro. Y como viera una silla desocupada, se apoderó de ella y la puso junto a la del estanciero. Este, con las piernas estiradas y las manos cruzadas sobre el vientre, ni caso le hizo por seguir mirando sin parpadeos la luna amarillenta y baja, aún.

El padre de la criatura, como una sombra, vagaba entre la concurrencia chupando aquí y allá, de la botella que le ofrecieran.

Encendidas por la danza, por los licores y por los hombres, las muchachas no hacían más que reírse de cualquier cosa con risas estridentes. Cuatro o cinco viejas, que arrearían después con todas ellas, estaban

medio mareadas y medio dormidas entre las achiras de un rincón oscuro. Al frente, sobre un banco, ellas también tenían botellas, copas y platos con pasteles.

—¡Pucha, quién lo viera hace diez años a usté! —decía el viejo a Frutos Pareja. — Mire, le garanto que yo... ¡pagaría por verlo!

—No... yo... ¡eh!... — balbuceaba éste, un poco halagado y otro poco aburrido por el viejo. — ¿A ver? ¿A ver? Venite más acá, Jesusa, que no te puedo ver bien... Así... Otra vueltita... ¡También, tenés un compañero! ¡Ah Maneco! ¡Qué piernas, caracho! Vení, sentate, pues — se dirigió al dueño de casa que pasaba como un sonámbulo.

El viejo se levantó para entregar la silla.

—Metele — siguió don Frutos, brindando la botella a su compadre — ¿o ya estás aflojando?

—¡Qué voy a aflojar! — exclamó el otro sentándose, empinándosela y poniendo cara angustiosa. — ¡He chupao! ¡Y bueno, meta! Un día de vida es vida, ¿no verdá?

—¡Claro! — aprobó Frutos Pareja adoptando de nuevo su cómoda postura —. ¡Hay que meterle! Y si se acaba, se manda buscar más, aunque sea al pueblo. Y se trae más, y se chupa, y siga para adelante. Por falta de plata no va a ser.

—¡Oh! — terció, en cuclillas, el viejo, que era todo oídos —, ¡lo que es por eso!

—Metele vos también.

El viejo no se hizo ordenar dos veces.

Frutos Pareja volvió a clavar los ojos en el cielo. Desplegada, su mano acariciaba la barba de arriba a abajo, cada vez más lenta y levemente a medida que se hundía en su ensimismamiento. Miraba y miraba la luna, esforzándose por encontrar en sus manchas al

Niño Dios, a José y a la Virgen y al burrito. Recordaba que desde que dejó de ser gurí no los pudo ver más. Y, ahora, le había dado por entristecerse con eso. Ya no veía nada. Tuco, el finadito su hermano, decía que veía patente hasta el apero del burrito. "Buena cabezada'e plata y oro; cojinillo'e chivo"... El, tanto, no vio nunca... El, lo que veía siempre... siempre...

—¡Es inútil! —suspiró con tristeza—. Uno se va quedando cada vez más abajo, más abajo, hasta que se pone rente con la tierra, como ofertándose pa la tragada. Antes...

—Le garanto que por verlo a usté en un baile, cuando era joven...

—¡Callesé, so cargoso'e los diablos! — rugió Frutos Pareja.

El viejo, siempre en cuclillas, casi pega con los fondillos en el suelo.

Frutos Pareja se sacudió un momento, todavía. Luego volvió a entrar en la correntada de sus pensamientos.

—Antes, antes... ¡Si yo me hubiera muerto de gurí!... Tata Dios, sentao en una nube, muy serio —sonrió—. Nosotros, una bandada de angelitos, campeando las estrellas... La Virgen cuidandonós, no sea cosa que nos fuéramos muy lejos... Y después, a la nochecita... Así, así creíamos todos nosotros.

Mientras tanto, la madre del angelito, sola en su cuarto, bebía también y comía pasteles. ¡Le producía tanto bien aquel licor rojizo! La cabeza parecía habérsele hecho grande y liviana. Ella se iba sintiendo distinta, cada vez más distinta a medida que, como empujada, se hundía en sí misma y se encontraba con cosas extrañas, sin formas definidas ni colores, pero hermosas y buenas. Escuchaba en su interior una mú-

sica arrobadora que fibra por fibra la estremecía dulcemente. Parecía que alguien hubiera levantado de pronto un denso velo ante sus ojos inmóviles y afiebrados, mostrándole visiones que se movían en su conciencia como hojas en un cauce. Se distraía entre aquellas sensaciones que no podía fijar. Súbitamente, una idea más viva empezaba a girar cubriéndole las otras; a girar como tizón ardiendo, en veinte desiguales aros de luz que se unían después hechos hilos de agua y se le deslizaban hacia algo donde ella sabía que ya no los podía seguir...

Un cuchicheo del lado de la ventana opuesta al patio la volvió a la realidad. Vaciló un momento. Como el rumor persistiera, se levantó sin hacer ruido y se acercó a la ventana. En la oscuridad, a través de los arbustos, distinguió a un hombre y a una muchacha.

—"¡No! ¡No!"

—"¡Dejate de partes!"

—"¡No, no, dejame!" — escuchó.

Acercó más el oído...

—¿Quiénes serán? ¿Quiénes serán? ¡Parece mentira! ¡No respetan a m'hijito! — sollozaba ella —. ¡Están en el ombú! ¡Todos son iguales!

Se tumbó violentamente en la cama. Y pronto los dulces ensueños la volvieron a llevar lejísimo de la fiesta y de lo que en ella sucedía. De cuando en cuando bebía una copa.

—¿Qué tal? —se oyó la voz del marido que se había detenido en la puerta con los párpados cayéndosele —. ¿Se durmió, amiga?

Ella se incorporó a medias.

—Vení, sentate. Sentate aquí —le dijo.

El se sentó en la cama, la cabeza sobre el pecho, mirando al suelo.

—¡He chupao! —exclamó de pronto—. ¡Estamos toditos mamaos! ¡Toditos! ¡Meta! ¡Hay que meterle! ¡Qué padrino, compañera! ¡Esos son padrinos! ¡Todo el mundo mamao!

—Callate, callate la boca —rogó ella—. ¿Pa qué hablás? ¿No estamos lindo, así, sin hablar nada?

El, sin hacer caso, continuó:

—¡Y todo bueno! Buen pastel, buena empanada, buena caña, buenos licores... ¡Y todo a bocha! Se ha traído casi medio tercio de yerba; y azúcar, café, tabaco... El así dice: "A mí, las cosas, derecho viejo, no más. Yo soy padrino, yo pago todo, y no quiero que después salgan con habladurías de que escaseó esto y lo otro". Lo qu'es, le garanto, amiga, que todo el mundo está encantao.

—¡Respeten! ¡Respeten! —se oyó gritar a Frutos Pareja en el patio—. ¡Guarden esas armas, mocosos! ¡Aquí tiene que haber orden o curto a todo el mundo a rebencazos! ¡Guarde esa daga, so atrevido!

Hubo un confuso rumor de voces. En seguida, se escuchó de nuevo la voz ronca, despaciosa de Frutos Pareja.

—¡A ver, músicos, sigan tocando!

Al rato, tambaleando, Isidro abandonó el cuarto.

Junto al pequeño ataúd se detuvo y arregló inútilmente las flores, puesto que estaban bien. Advirtiendo sobre los ojos las dos monedas de oro, que daban aspecto terrible a la carita pálida del niño, exclamó, sin sombra de codicia, sinceramente admirado:

—¡Esto sí es padrino!

Salió. Los músicos descansaban. Bajo la ya alta luna la concurrencia ocupaba bancos, sillas, cajones diseminados por el patio. Algunos hombres hablaban en alta voz y jaraneaban; otros decían al oído de la compa-

ñera palabras que nadie sino ella debía escuchar... Dos novios, a la sombra del ceibo, no hacían más que mirarse apretándose las manos, a escondidas. El sueño rondaba cerca. Sueño que despertaba en cada cual deseos grandes de no acostarse solo aquella noche...

Isidro buscó con la vista a Frutos Pareja. Al no hallarlo, enderezó a la cocina. Allí lo encontró muy ufano, mateando con varios viejos de largas y anchas barbas, serios como toros.

—¿Qué tal, qué tal? —le dijo don Frutos—. Está buena la fiesta, ¿eh? A mí las cosas me gustan así.

Y dirigiéndose a los viejos, preguntó:

—¿Noverdá?

Sólo las barbas se conmovieron cuando los cuatro, muy tiesamente sentados, respondieron, a una:

—¡No hay nada que hacerle!

Carola, la vieja negra, entró a retirar un plato de pasteles.

—¿Y Margara? ¿Le han llevao algo, patrón? —inquirió ella—. A nosotras no nos deja entrar.

—Sí, ya se le ha llevao. Yo mismito le he llevao de todo.

—Hoy nos sacó pisando a mí y a las otras.

—¡Y... la pobre!... —disculpó Frutos Pareja mirando a los ancianos—. Ella siempre ha sido medio chiflada... Y ahora... con esta...

—Nosotras no queremos entrar más, por eso, patrón.

—Sí, dejenlán tranquila, no la anden amolando.

El marido repitió:

—Dejenlán. Dejenlán —y quedó de nuevo vacío.

—Hacé venir a los músicos p'acá. Carola —ordenó Frutos Pareja cuando ésta salía—. Que dejen sus bártulos y que vengan, los pobres.

Al verlos llegar, les dijo:

—Entren señores, y sirvansén de lo que gusten y no anden con cumplimientos. ¿Están de descanso?

—Es verdá. Tuvimos que dejarlos un rato con las ganas, pa descansar. Porque si es por ellos, siguen bailando sin parar hasta el día —contestó uno de los guitarreros.

—¡La joventú! —suspiró Frutos Pareja—. ¡Tan linda qu'es, tan linda!...

El menos borracho de los viejos, aprobó:

—¡Sí, cómo no!

Y los otros tres exclamaron en coro, graves y como obligados.

—¡Sí, cómo no!

Claramente llegaban a la cocina las voces del patio.

—¡Pague prenda!... ¡Pague prenda!...

—Amigo, la juventú... — musitó otra vez Frutos Pareja, con la vista en el suelo.

—El dueño d'esta prenda ¿qué pena merece?

—Que cante como el gallo.

—¡Muy bien!... ¡Como el gallo!... ¡Como el gallo!...

Obedeciendo, una voz varonil, bronca del beberaje, gritó de manera horripilante:

—¡Kikirikí! ¡Kikirikí!

—El dueño d'esta prend...

La palabra no terminó. Se hizo un silencio profundo, interrumpido por cortados cuchicheos.

—¿Qué ha pasao? — se preguntó Frutos Pareja incorporándose y saliendo de la cocina.

Los ancianos permanecieron como estacas. Pero los demás lo siguieron, viendo entonces que la gente del patio se había agrupado frente a la pieza mortuoria.

Al llegar Frutos Pareja, alguien se le acercó.

—¡El angelito no está! ¡Ha desaparecido! ¡Es alguna judiada de alguno!

Las mujeres temblaban como si un viento frío hubiera llegado de repente. El grupo se abrió para dejar pasar a los que arrastraban a una vieja, a la que le había dado el mal...

Mudo, con los ojos saltados por la indignación, Frutos Pareja entró solo en el cuarto, pisando flores derramadas del ataúd vacío. Iba a darse vuelta para increpar a los concurrentes cuando, al oír algo, se acercó a la puerta de la vecina habitación. La entreabrió y se quedó helado. Sentada en la cama, plegados los labios por una sonrisa extática, los ojos en el techo, estaba la madre con su niño en brazos. No bajaba la vista como para no posarla en donde no quería.

—¡Ah, ah, ah!... ¡Ah, ah, ah!... — canturreaba, meciéndolo.

—¡Pero comadre! —exclamó Frutos Pareja—. ¡Qué hace, comadre!

Lanzando un grito de pavor, la mujer se arrojó sobre el lecho y ocultó con su cuerpo el rígido cuerpito.

TODAVIA, NO

Al pararse el carro que llevaba el cajón, el cortejo se paró, también. Alguien agarró las riendas del caballo del único doliente. Este, recién entonces, se bajó. El sombrero sobre los ojos, la barba descuidada, envuelto en el poncho negro, dio algunos pasos como dormido, sin saber dónde debía situarse.

Cavaban ya con la pala traída en el carro. Dos hombres, cogiendo el cajón por los extremos, lo bajaron y lo pusieron en el suelo. Advirtiendo lo liviano que era, uno de ellos exclamó:

—¡La pobre estaba ya como un pajarito!

Y cortó la frase, tornándose como todos menos el doliente, al oír un galope.

—Son los Pérez — dijo uno.

Eran los Pérez que, demorados quién sabe por qué cosa, llegaban recién al entierro.

—Te acompaño en sentimiento, Vicente — dijeron a su vez los dos hermanos.

Vicente, sin mirarlos, sacó de abajo del pecho la mano para que se la estrecharan. Después, volvió a esconderla, con los ojos siempre fijos en el suelo. Allí, al ladito, entre el pasto verde, el pozo se estaba haciendo cada vez más grande. Pero crecía con lentitud desesperante. Los hombres se turnaban y no acababan nunca. Vicente de buena gana se hubiera retirado unos pasos para no sentir el olor a tierra, que le hacía el efecto de estarla comiendo, de tenerla en la garganta. Y no quitaba los ojos del hueco donde, hasta las rodillas ya, se metía el que poceaba.

—Deme, le voy a dar una mano — se ofertaba alguno arrebatando la pala. Y la dejaba caer y la hundía más, a fuerza de pierna.

Todos se fueron amontonando alrededor de Vicente y del pozo, daban indicaciones, hablaban de cualquier cosa. Junto al carro, el cajón quedó abandonado.

Cuando la fosa estuvo dispuesta, alguien miró para todos lados sobrecogido de inquietud al acordarse del "cuerpo" y no hallarlo...

El cajón fue puesto sobre un maneador doblado. Todo el mundo, entonces, se llevó la mano al sombrero.

La cara de Vicente estaba blanca; blanca como si el corazón, cuyo frío sentía, le hubiera negado sangre.

—¿Destapamos, hermano? — consultó en voz baja Pedro Ibarra.

Con los ojos tan abiertos que parecían no ver nada, Vicente alzó los hombros lentamente y los dejó caer de golpe, con fuerza, echando atrás la cabeza. Y los volvió a alzar y se quedó así, sin hablar palabra.

—Bueno, mejor no destapamos — resolvió Pedro —. Mejor no destapamos.

El cajón quedó metido en la fosa.

Pedro, el primero, besó un terrón y lo arrojó sobre el ataúd. Vicente se llevó otro a los labios y lo dejó caer. Todos siguieron tirando tierra. Aquello resonaba como sordo tambor. Hasta que apenas sonó ya porque los terrones caían ahora sobre terrones. Entonces, a fuerza de pala, se acabó de tapar.

Los que iban a tomar otro rumbo que el de Vicente, a quien se llevarían los Ibarra, antes de montar se despidieron. Los demás, mientras les venía bien el camino, fueron acompañando al doliente. Los Bacino se abrieron en el "bajo'e Cuevas"; don Reinaldo y Eusebio,

antes de pasar el arroyo; después que lo vadearon, los cinco Echeverry. De ahí que cuando llegaron a lo de Ibarra sólo iban con ellos los peones, el pardo Luna, el viejo Eustaquio y don Marcial.

—¿No gustan abajarse a amarguiar? — invitó uno de los Ibarra.

Agradecieron los jinetes y, ofreciéndose a Vicente para lo que precisara, se despidieron y siguieron trotando.



Los Ibarra, que eran como hermanos con Vicente, habían decidido que pasara allí los primeros días. El había aceptado por no hablar, por no negarse, sabiendo que le iban a hacer instancia. Al principio, creyó que era lo mismo estar en su casa que en la de sus amigos. Después, vio bien claro que lo que él quería y necesitaba era estar solo. Pero...

En cuanto se sentaron, la madre de los Ibarra, Jesusa, recién llegada, después de haber cerrado todo, de la casa de la difunta, sirvió a Vicente una gran taza de leche caliente y un pedazo de pan con grasa.

—Tomá, m'hijo. Desde ayer casi no probás nada. Con eso, lo que harás es agarrarte una enfermedá.

La boca de Vicente se crispó como para llorar, los ojos le ardieron al brillar llenos de agua, pero se contuvo. Cuando inclinó la cabeza sobre la taza, mirándola sin verla, dos lágrimas cayeron en la leche.

—¡Tome, m'hijo! ¡No sea así! — insistía la señora.

Sin ganas ningunas, pero también sin voluntad para nada, Vicente fue, despacio, tomando toda la leche, comiendo todo el pan. Después, cuando doña Jesusa pasó a su lado, le entregó la taza.

El menor de los Ibarra, Pedro, que mateaba con la caldera entre las piernas, le ofreció:

—¿Querés un mate?

—Bueno.

—Mirá, tenés nata en el bigote.

Vicente buscó torpemente en sus bolsillos y sacó todo lo que en ellos había. Hasta que encontró el pañuelo y se limpió. Luego, empezó a sorber el mate.

—¿Querés armar?

—No, yo tengo.

—Pero negro. Mejor fumá blanco.

—No, blanco no; no le siento gusto.

Armó un cigarro y se puso a fumar.

—¡Ah, si no le hablaran!, ¡si no le preguntaran nada!, ¡si lo dejaran quieto! ¡El se sentía envolver por tantos recuerdos!... Y a cada momento le cortaban los hilos: "Mama... mama... tan buena ¡y qué vida llevó!..." "...Y esos ojos que tenía siempre... Ojos de... ¡Sí, igualitos, igualitos! De oveja desangrándose, de ovejita...".

—¿Pero y Alberto? ¿Qué se ha hecho? — interrumpió Pedro.— Quedó desensillando y... ¿Mama, y Alberto?

—Agarró para el bajo.

—¿De a pie?

—No, en el oscuro.

—Pero, ¿y qué diablos fue a hacer?

El pobre Pedro, no encontrando de qué hablar, decía cualquier cosa porque le inquietaba el silencio al lado de su amigo. Quería distraerlo, hacerlo mover... Y, al momento, volvía:

—¡Pucha, mire que este Alberto!

—¡Tan santa! — pensaba Vicente—. Yo con ella fui un sabandija. El finao, no digo... Tenía sus pre-

ocupaciones y... se olvidaba de cómo tenía que ser con ella. ¡Pero yo! ¡Yo, de gusto! ¡Qué cosa! ¡Qué cosa!

—¿Está frión?

—No, todavía...

—Sí, está. Vamos a traer la otra caldera, y lo damos vuelta.

Sin alzar la cabeza, Vicente miró hacia la puerta para ver quien entraba. Y vio a Carmen, la hermana de los Ibarra.

—¿No quiere un poco de leche, Vicente? — preguntó la joven, acercándose compasiva.

—No. Recién me dio doña Jesusa.

—¿Ah, sí?... Pero mal no le va a hacer otro poco.

—No, gracias.

—¿Y un poco de pan y queso? Se va a pasar de debilidá. Desde ayer no prueba nada. Quiere, ¿eh?

—No gracias. Estoy mateando.

Y tuvo que hacer un esfuerzo tremendo, un esfuerzo que lo hizo temblar, para no incorporarse y echarlos a la puta a todos y salir campo afuera. Pero este arranque injusto lo aplastó más. No había nada que hacerle: él era malísimo. "¡Mire que enojarme con los Ibarra! ¡Si soy peor que tigre!"

—Tome, está como nuevo — dijo Pedro alargándole el mate.

Ante lo cariñoso de la voz, Vicente exclamó ahogadamente:

—¡Yo les agradezco, hermanos, cómo son ustedes conmigo!

—Pero dejesé de amolar, pues. — Y palmeándole el hombro: — Bueno — agregó el amigo —, hay que ser fuerte, hermano. Hay que dominarse.

—¡Pucha que son buenos ustedes conmigo!

La tarde caía insensiblemente. Balaban los terneros encerrados en el corral, separados de las madres, que andaban por el campo tragando para la leche. De cuando en cuando, alguna, al toparse entre los balidos con el de su hijo, daba un mugido hondo, resignado.

Como gasas violetas caían sobre el mundo.

Alberto llegó por fin.

—El azulejo anda manco.

—¿Eh?

—Sí. Estaba desensillado y lo ví de lejos y me pareció. Fui, y está manco, no más. Seguramente alguna patada.

—Ha sido el rosillo. Es un animal idioso. En fija que fue él. ¡Pucha, mire qu'es idioso!... — seguía Pedro, dando al hecho, con tal de hablar, una importancia que no tenía.

—Y ¿qué tal? — dijo Alberto dirigiéndose a Vicente.

Este, sin saber qué decir, alzando los hombres respondió:

—Aquí andamos, caminando.

Cada vez sentía ganas más grandes de estar solo. El dolor de cabeza le empezaba a zumbar, seguramente de tanto fumar y matear toda la noche y todo el día. Como la cocina estaba demasiado oscura, habían encendido un candil. El olor que desde el velorio Vicente tenía como pegado a las narices, olor a sebo, se acentuó más, entonces, y le hacía daño.

La vieja Jesusa, disponiéndose a preparar la comida, arrimó al fogón unos troncos y animó el fuego a soplidos por una larga caña hueca.

—¿Vamo a salir para afuera? ¡Aquí hace un calor!...

—Por mí, vamos.

Se sentaron en el patio. Los hermanos charlaban tratando de mezclar a Vicente en la conversación. La muchacha y Jesusa también se sentaban a ocasiones. Vicente decía a veces cualquier cosa porque le parecía que estaba mal permanecer tan callado; pero en cuanto hablaba le parecía que él no debía hablar. Además, se oía extrañamente, como si por su boca saliera la voz de alguien que no era él...

Cuando la comida estuvo pronta se sentaron a la mesa en la misma cocina, porque Vicente no era de cumplimiento.

Comieron en silencio. Arrepentido de su arranque de rabia contra los Ibarra, Vicente se sentía incapaz de contradecirlos en nada. Aguantando el estómago que se le rebelaba, repitió la sopa, repitió el asado y los fideos con leche.

El silencio sólo lo turbaba alguno de la familia para decir:

—Che, Vicente, metele a esta presa. Esa está medio crudona.

—Si te gusta más gordo, avisá.

—¡Tome, m'hijo, otro poco!

Vicente hacía caso a todos. Comía gordo y flaco, crudo y tostado. Todo era lo mismo para su estómago revuelto. De cuando en cuando alzaba la vista, y al que mirara lo encontraba con los ojos compasivos clavados en él. Sentía entonces un escalofrío. Y aunque con eso se mortificaba, volvía a fijarse de repente en otro, esperanzado en que no lo mirara. Pero sus ojos se cruzaban siempre con otros ojos tristes que se ladeaban al verse sorprendidos.

Por fin se acostaron.

Y al poco rato la carne fatigada de tanto ajetreo le paró las ideas y lo hundió en el sueño.

*
**

Ya estaba alto el sol cuando se despertó. Al principio se extrañó de ver una guitarra colgada en la pared; de hallar dos camas más, al lado de la suya. Después, se acordó de todo.

La señora, que lo espiaba de vez en cuando, al sentirlo despierto entró con un mate de leche.

—¡Pero caramba, se fue a incomodar, doña Jesusa!

—¡Valiente!

Se sentó en la cama. Mientras sorbía el mate, seguía la charla a doña Jesusa.

—Ahí abajo tenés unas alpargatas. Ansina no te ponés las botas y estás más cómodo.

—Sí, es mejor. ¡Pucha, deben de ser... como las ocho!

—No, m'hijo. Y con las malas noches que has pasao...

—Caí a la cama como plomo, le garanto.

—¡Me figuro, hijo de Dios!

Carmen también entró en el cuarto. Vicente sonrió al oír sus palabras.

—¡Dormilón! ¡Mire qué horas!

—Me palpita que usté recién se levanta.

—¿Yo, mal agradecido? ¡Si ordeñé la leche que está tomando!

—Salí, mentirosa, haragana — terció Jesusa, riendo.

—Bueno, vamos — ordenó cuando Vicente le entregó el mate—. Dejá que se levante.

El se empezó a vestir. Se había calzado una bota, pero se la sacó al acordarse de la recomendación de

doña Jesusa y se puso las alpargatas. Después se lavó, se peinó y, recogiendo el sombrero, salió del cuarto.

El sol amarilleaba y daba a todo un temblor de oro. A lo lejos se veía el ganado, el río, los montes. Más cerca, las majadas adelgazadas por la esquila. Sintiendo un claro ¡Rrrr! ¡Rrrr!... miró hacia el patio. Carmen se rodeaba de patos y de gallinas, a los que echaba puñados del maíz que llevaba en su delantal recogido por las puntas.

—¡Rrrr!... ¡Rrrr!

A galope tendido llegaban más gallos y gallinas y patos desde el campo. Estos últimos se desesperaban sintiendo que su pesadez los dejaba a retaguardia, y tornaban la cabeza para ver si se podían alegrar con llevarle la delantera a alguno.

—¡Rrrr!... ¡Rrrr!... ¡Rrrr!... ¡No seas mala, ceniza, no piques!... ¡Rrrr!... ¡Rrrr!... Bataraza ¡corré que te quedás afuera! ¡Salí gandul, glotón!... ¡Rrrr!... ¡Rrrr!...

Cuando ya le quedaba poco maíz se dirigió hacia el ombú, donde una blanca gallinita ciega la esperaba sin moverse, sabiendo que llegaría. Carmen tomó un puñado y, acercándole la mano, la dejó comer.

—¡Pobrecita! ¡Lo que es allí no se puede estar! Se empujan, se pican... ¡Pobrecita, si vas allí, te matan!

El pico de la ciega, cuando erraba el grano, le hacía cosquillas en la palma. Carmen reía.

—¡Chocha, estás chocha, mi querida!

Vicente se había quedado a unos pasos de la puerta. Ante aquello tan claro que veía, las tinieblas que el sueño ahuyentó empezaron a caer lentamente en su alma. Desde bien abajo, como cuando se pulsa despacito, una por una, las cuerdas de una guitarra, así le fue viniendo la tristeza; grave, honda, confusa, cada

vez más nítida, después, hasta hacerse agudísima, desgarrante. De todos lados le subía el dolor para definírsele en la conciencia. Como en nubes espesas se elevaba hasta condensarse arriba...

—¡Yo me tengo que ir a casa! ¡Yo me tengo que ir a casa! — sollozó.

Toda la mañana pasó repitiéndose lo mismo.

E, imponiéndose a todos, esa noche ya durmió en su casa.



Los primeros días recorría el campito, curaba alguna oveja, ordeñaba, hasta buscó y rebuscó unas hormas de hacer queso, que halló cuando ya había decidido no hacerlos... Pero se empezó a abandonar poco a poco, desentendiéndose de todo. Parecía que tenía dentro otro hombre que le examinaba su vida y que no lo dejaba un momento a solas. Cosas que antes habían impreso huellas en su espíritu, aparecían ahora extrañamente evocadas por un deseo que se gozaba en mortificarlo.

Desde niño le llamó la atención la mirada de su madre, mirada que no tenía la madre de los Ibarra — él, una vez, la fue a ver adrede — ni la del finado Tuquito, aquel tan compañero suyo. Al revés de las otras, su madre no le pegó nunca por ninguna diablura, y le ocultaba todo a su padre que, de pegar, pegaría con el rebenque, sin duda alguna. Desde gurí, pues, le pareció que su madre lo quería más que otras madres a sus hijos, porque a Pedro y a Alberto doña Jesusa les sacudía la badana vuelta a vuelta. ¡Y en cuanto a Tuquito!... El niño se empezó a sentir atado a aquella mirada doliente que lo seguía a todas partes, hasta cuando estaba lejos de los ojos de su ma-

dre; a sentirse atraído con ese motivo a pensar en algo, como los círculos del agua agitada atraen hacia un punto invisible en lo hondo.

Cuando su padre llegaba del campo y pedía el mate; cuando estando en las casas le gritaba que le trajese cualquier cosa, ella se atolondraba toda y se desesperaba por andar pronto. Vicente, un día, apenas andaría en los siete años, le preguntó, a solas, mientras ella lo tenía en las faldas cosiéndole un trabón:

—Mama ¿usté le tiene miedo a tata?

—¡Pero m'hijito! ¡Por qué dice eso! — exclamó la madre con los ojos brillantes. — ¡Eso no se dice! ¡Si no, Dios lo castiga! ¡Ya sabe, cuidadito! ¿Por qué dice eso, m'hijo querido?

—No — tranquilizó sonriendo, el gurí —, porque, si usté quiere, cuando yo sea grande lo dejamos solo y yo me la llevo para mi casa.

Ella, muda, lo apretó contra su pecho, con la cabeza erguida y los ojos en lo alto, para no mirarlo. Un rato estuvieron así; él, prendiendo y desprendiendo un botón de la bata de su madre; ésta, la vista opaca perdida en el azul profundísimo del cielo. Después, sin mirarlo todavía, musitó:

—¡Si usté vuelve a decir esto, yo no lo voy a querer más!

Cierta vez, desde un rincón, vio que su padre, porque ella no le traía ligero los escarpines, le arrojó una bota a la cabeza. El niño soltó el llanto. Su madre, tapándose la herida con el pelo, corrió y lo alzó, conteniendo las lágrimas. El hombre, entonces, se acercó también, mostrando los dientes en una sonrisa forzada y horrible.

—¿Por qué llora, amigo? — dijo —. ¡No llore! ¡No sea bobo! ¿No ve qu'es jugando?

—¡Sí, jug...ando! ¡Cómo no! — sollozaba el gurí.

—¡Sí, m'hijo! ¡No sea bobo! ¡Jugando! — murmuró la madre—. Vaya y lavesé la cara. ¡Y no sea así!

Vicente salió. Mientras se dirigía al barril del patio, oyó a su padre:

—¡Pucha!... también... yo tengo un genio!

Y la dulce voz de la madre disculpaba:

—¡No seas bobo! ¡Demasiado sé yo!

Su madre no era feliz. "Tata será bueno, pero con eso no se saca nada" — pensaba el niño —. "El genio es una cosa...".

A veces, sentado, apoyada la mejilla en la mano, con esa seriedad prematura de los que van a sufrir mucho, pensaba largamente sobre el "genio". Don Ibarra, con ser ya viejo, solía hacer morir de risa a la gurisada. La atropellaba fingiéndose toro, le prendía una cola a doña Jesusa y empezaba a hacerle ¡Cuac! ¡Cuac!, como un zorro, o, cuando los niños organizaban bailes, vistiendo a Tuquito de mujer para acompañar a Carmen, se les aparecía con doña Jesusa a rastras como a participar del jolgorio... Y a don Juan[16] lo contaba lindísimo. ¡Pero su padre, nada! Siempre ceñudo y reservado, siempre seco. ¡Tan pocas veces lo vio reír el niño! En su casa la risa no se oía nunca. "Nosotros no nos reímos", pensó muchas veces. "Somos muy serios, ¡de más!" "Bueno, como los Ibarra son ricos y nosotros somos pobres...". "Pero ¿y Tuquito, que está siempre con los dientes afuera? Ellos son más pobres, todavía...".

Poco a poco fue dándose cuenta de que no sentía

16 *Don Juan*: así se designa al zorro en las fábulas del campo.

cariño por su padre. Su presencia enfriaba la alegría. Había en él algo que alejaba al mismo tiempo que infundía respeto o miedo. Estando él en "las casas", el niño dejaba de jugar, no hablaba. Se tenía que quedar quieto .. Su madre, a cada paso, repetíale, entonces: — "Tenga juicio, m'hijo, qu'está tata". "No meta bulla, que a él le incomoda...". Por eso, Vicente se ponía contentísimo cuando su padre hacía aquellas salidas que duraban varios días "pa recorrer la gente", como le oía decir. El gurí no se explicaba qué era esto; pero deseaba tales recorridas que le permitían estar a su antojo y dormir con su madre y hacer visitas, sintiéndose ambos más libres.

Su padre se iba transformando para él en algo aborrecible, cuando una circunstancia vino a cambiar por completo sus sentimientos. Estalló la tan esperada revolución. Al salir con la gurisada al camino para ver a los guerreros que dejaban el monte, Vicente distinguió a su padre a la cabeza de la columna, espléndido en el tostado de gran alzada, echado hacia atrás, flotante el poncho, el sombrero a la nuca, y se le ocurrió en seguida:

—¿Cómo no va a ser tata como es, si es un jefe?

Su padre, alzando el brazo, le gritó:

—¡Adiós, m'hijo!

Y él, erguido en puntas de pie por una fuerza interior, gritó con toda su alma:

—¡Vívaa!

Pedro, Alberto, Tuquito, empezaron también a dar vivas. Pero ninguno tuvo, del único de Vicente, el acento fiero.

Corriendo loco de alegría, volvió a su casa. Al entrar, encontró a su madre de duelo. El la acarició, le apartó el pelo de la cara y le dijo, contrariado:

—¡El de jefe y usté llorando! ¡No hay que llorar, mamita!

Esa misma tarde le dio un susto a su madre. El hijo del gallego quintero de los Ibarra, quizá repitiendo lo oído al peninsular, dijo que los que iban a la guerra era unos brutos y "atrasados". Vicente, ciego de rabia, se le fue encima clavándole las uñas; pero el otro, con un palo, lo trajo al suelo.

Cuando volvió en sí, su madre, llorando y besándolo, lo tenía en brazos. Sus tres amigos los rodeaban. Y, ya solos los cuatro, Tuquito le dijo, mostrando sus dientitos en la constante sonrisa:

—¿Vistes? Tata iba en el doradillo de don Ibarra.

—Sí, se lo reglaó tata, que iba en el zaino — atestiguaban los otros.

—Sí, sí — mentía Vicente, que no había visto a nadie más que a su padre.

La guerra, terrible, sin cuartel, devastaba el país. De cuando en cuando llegaba la noticia de que en tal parte habían peleado, de que habían ganado, de que habían perdido... Todas las noches, de rodillas junto a la cama de su madre, donde entonces dormía, el gurí rogaba con ella por el guerrero ausente.

—Pa que no le pase nada; pa que no lo vayan a herir... — decía su madre, primero.

Y brotaba luego el murmullo de los dos:

—Padre nuestro qu'estás en los cielos, santificao sea tu nombre...

—Pa que se acabe pronto la guerra — volvía a alzarse la voz.

Y recomenzaban:

—Padre nuestro que estás en los cielos...

Luego, la madre lo arrebujaba bien.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén.

Besábalo en la frente y el gurí, cansado de potrear todo el día, se dormía acurrucado, como un cuzquito, en la tibieza del cuerpo de su madre.

Una noche oscurísima y fría estaban por acostarse ya, cuando sintieron como que mucha gente pasaba por el camino.

—¿Cuálos serán, mama? ¿No andará tata?

—No, m'hijo. Son la gente de Fernández, que estaba acampada en el río.

—¡Ah, si los agarra tata! ¡Qué se apronten!

Dormía desde largo tiempo, cuando lo despertó su madre al saltar de la cama. A lo oscuro, no la pudo distinguir. El niño escuchó el ladrido del cuzco, y oyó casi junto a la puerta, un "¡Fuera, perro!", muy bajito.

—No se mueva, m'hijo, no tenga miedo — le recomendó la madre al oído. Y la sintió registrar el cajón de la mesa.

Con el mango de un rebenque, golpearon.

—¡Abran! ¡Buenas noches!

—¿Quién es? — oyó a su madre con voz entera.

—¡Abran! ¡Abran!

—¡Vayansén! ¡Aquí no tienen nadita que hacer!

Por toda contestación, alguien se echó sobre la puerta...

Y en eso resonó un estampido, y a la luz que hizo Vicente vio a su madre junto a la puerta con una pistola en la mano.

Afuera se oyó un alboroto; en seguida, galope desenfrenado.

Al otro día, cerca de la puerta y por el patio había manchas de sangre.

Para estar más seguros se fueron a vivir a lo de Ibarra, a la vieja Estancia de gruesas paredes de piedra y puertas con trancas de fierro que, en tiempos del virreinato, resistió más de una vez el malón de la indiada.

Los tres niños — Pedro, Alberto y Vicente — dormían juntos. Y, algunas noches, hubo que dejar quedar a Tuquito, que todas las tardecitas se iba de duelo.

Por fin se acabó la guerra. Como al mes cayó la gente al pago. El día anterior se hicieron pasteles, tortas, empanadas; se guardaban bien, "por los ratones", y las mujeres marchaban apuradas a la casa de Tuquito, de donde salían gemidos y gritos desgarradores.

Antes de acudir ella también, Doña Jesusa improvisó a éste una blusa negra y lo dejó en la Estancia para que no anduviera incomodando en su casa.



De vuelta de la guerra su padre siguió siendo el mismo. Por cualquier cosa se encolerizaba con su mujer que, si a veces no lloraba, era por el niño. Siempre pálida, siempre con aquellos ojos tristes cuya mirada parecía tener una extraña, lejana querencia, la madre volvió a ser una sombra en la casa.

Vicente fue perdiendo el miedo a su padre. Un día le alzó no más la voz, con gesto duro. Y, al rato, al mirarlo Vicente de reojo, lo sorprendió con la vista clavada en él, apagado entre los labios el cigarro, sonriente, embobado.

El niño tendría entonces once años.

Después, un domingo de elecciones, en un coche trajeron muerto a su padre. En medio del llanto de su madre y de las mujeres que la acompañaban, resonó la voz del gurí, ahogada por el dolor y la rabia:

—¡Me la van a pagar! ¡Que yo los agarre, malditos!

Y al sentarlo su madre en las faldas, él se acurrucó en ella sollozando infantilmente, extenuado por el furioso esfuerzo.

Cuando él pudo trabajar, quedó sólo uno de los peones que se habían tomado. Vicente era patrón. Ya no hubo otra voluntad que la suya. Su madre volvió a ser lo de antes: una sombra.

Poco a poco, Vicente se fue dando cuenta de que era igual a su padre; indomable hasta por él mismo. Cualquier cosa producíale violentos arranques. Después se tranquilizaba, mimaba a su madre si le había hecho algo, y sufría porque hacía sufrir. "¡Pero caramba — se decía de repente — yo... yo tengo buenos sentimientos, y hago cada cosa!...". Pasaba días hecho una seda. Cariñoso, atento... Volvió de la pulpería con cuanta cosa hallaba que pudiera gustar a su madre... Pero una circunstancia cualquiera hacía brotar otra vez en llamaradas el fuego que tenía adentro.

Una mañana, a mediodía, volvió del campo indignado porque el zaino se le había mancado en una vizcachera. Renegó un rato con los bichos, con los pozos, hasta con el caballo y, ya casi desahogado, desensilló. Se sentó a la mesa. Su madre sirvió la sopa. Al llevarse la cuchara a los labios, Vicente sintió que el caldo estaba demasiado caliente. Tiró lejos la cuchara, hizo volar el plato, y se incorporó con los ojos saltados, mudo de rabia.

—¡Ah, se quemó, m'hijito! — tembló la voz de la madre con el doble susto de que su hijo se hubiera hecho daño y de las consecuencias de su ira. No se animaba a moverse. Sus ojos, donde se pintaban el do-

lor y el miedo, lo miraban rodeados por el mar de arrugas de la cara en pucheros.

Vicente la vio. Tuvo ganas de caer de rodillas. Y salió hacia su cuarto vuelta contra él la rabia.

Al rato entró su madre con una taza de la que asomaba una bombilla rodeada de amarillenta espuma.

—Vicente, tomá este candialcito. ¡No has comido nada!...

Dijo esto con recelo, esperando algún manotazo, alguna contestación dura. No alzaba los ojos del suelo como culpándose de todo.

El cogió la taza y empezó a sorber.

—¿Está bien de azúcar? — preguntó ella, más animosa, buscándole los ojos.

—Sí, mama.

Vicente quería hablar y no podía. No sabía cómo ni de qué. De pronto alargó la mano hacia su madre, diciendo en voz baja:

—Mire, tiene una hebra — y retiró un hilito blanco de la negra bata de ella.

Eso no fue una caricia, pero como tal lo sintieron los dos. Una alegría intensa, una infinita ternura inundaban el alma de Vicente. Tenía ganas de abrazar a su madre, de darle un beso... Y, de pronto, salió con:

—¿Y qué le parece, mama, si fuéramos a hacer una visita a los Monduteises?

—¡Pero muchacho!...

—¡Sí, sí, vamos! Siempre está encerrada... Hay que pasear. ¿Eh? ¿Vamos?

—¡Pero muchacho!...

—Bueno, aprόntese. Yo voy a ir ensillando. Aprontesé.

Más tarde, madre e hijo atravesaban los campos. Bien próximos, al trotecito, charlando, riendo...

La evocación de estos episodios, que siempre dejaban amargo fondaje, era constante en él. Y un desaliento oscuro pero poderoso fue aprisionando como en tupida malla su voluntad.

*
**

Con el tiempo la imagen entristecida de su madre se fue borrando. Sin embargo, nunca faltaba alguna idea doliente que lo hundía en sí mismo y daba a su cara un aspecto sombrío. Era desaliento por él mismo lo que lo embargaba; como si se achacara algo que no sabía y que no podía saber. En su alma sentía a veces temblar cosas extrañas que no caían apresadas por el pensamiento. Las veía, en el borde mismo, asomarse, balancearse, y retroceder. Había días en que percibía muy claramente esas subidas y bajadas. A veces, podía pensar con firmeza y se aproximaba a aquel abismo de su alma; mas, al rato, un manto oscuro y pesado le cerraba el paso...

No lo visitaban con gusto sus antiguas amistades. Con "cuarta" había que sacarle las palabras. Y las noticias que le trajeron para avispar la conversación: negocios de conocidos, peleas en la pulpería, parición de tal o cual, resultaban lo mismo para él. Sólo los Ibarra iban todos los días. Pero detenidos por el aire de Vicente, no se animaban a preguntarle nada.

Les había arrendado el campo, después que vendió el ganado. Ahora, no hacía más que revolverse en aquellos ranchos que el descuido iba bajando y deshaciendo. Por la quincha podrida pasaban el sol y la lluvia, en muchos lados. El patio se había llenado de yuyos y las paredes de gruesas telarañas. Un olor fuerte a humedad, a cenizas, a mugre, apartaba la res-

piración de quien entrara. Los Ibarra varias veces quisieron arreglar algo; pero él siempre los detuvo.

—No. ¡No faltaba más! Eso lo hago yo. Yo... en cualquier... ¡Sí, está todo... patas arriba! Yo...

Un día, el mercachifle que lo surtía le dijo, alarmadísimo:

—¿No sabe lo que se murmura por ahí?

—Si usté no lo dice...

—¡Que se viene otra vez la guerra!

—¿Ah, sí?

—Parece que de ésta...

Cuando quedó solo. Vicente se sintió lleno de energías. No preguntó, ni le hubiera podido enterar el mercachifle, el por qué de la guerra. ¿A qué? ¡El enemigo, el enemigo de siempre! Había que pelear. La idea de la guerra lo enardecía. Se veía con la lanza de su padre, al frente de una columna, cerrar piernas al flete, agachar la cabeza y atropellar.

Hizo planes. El convocaría a la gente de su padre. ¿Quién sino él la mandaría?...

Mas el fuego se fue apagando. Y cuando don Marcial cayó una tarde a invitarlo para la "patriada", un helado "lo voy a pensar", fue la respuesta.

Los Ibarra se alegraron de verlo tan manso. Ellos tampoco irían. No querían dejar solas a las mujeres. Pero Vicente no lo había decidido reflexivamente. Lo hizo porque sí, porque se le habían ido las ganas, nada más. Y después, los triunfos o las derrotas de los suyos no lo conmovieron.

—Estoy frío... — se decía una vez. Iba a agregar "como muerto" y se sobresaltó. Y por miedo extraño, desconocido, repitió en voz alta, corrigiendo:

—¡Estoy frío... helao!

La guerra terminó. Volvieron las gentes y al trabajo se dedicaron otra vez con empeño, sin pensar que otra revolución volvería a parar en seco todo, y a maltratar y a devastar y a deshacer. Había hambre de olvido. Aquellos esfuerzos eran para echárselo arriba.

Cierto atardecer de verano, después de matear con Vicente, y ya por irse, Pedro Ibarra dijo a su amigo:

—Che ¿no sabés que Carmen se casa?

—¿Eh?

—Sí, con el hijo del vasco Iturbe, con José.

—Me alegro.

—Sí, el hombre es bueno. Y es una gente que está bien. Tienen amores hace seis meses.

Dando vuelta a la segunda cebadura, que todavía estaba buena, Vicente repitió:

—Me alegro... Me alegro mucho.

Lo que nunca, acompañó a su amigo hasta más allá del patio. Pronto lo vio perderse entre las chircas y las sombras. A sus espaldas, el sol había entrado. El cielo, para ese lado claro y medio amarillento, estaba al frente muy oscuro, ya.

Inmóvil, con la vista perdida Vicente fue sintiendo como que la noche lo emponchaba. Las manos en la espalda se agarraban sin fuerza. El viento le movía la melena como mueve las llamas.

—¡Carmen! — dijo.

Profunda y dulce a la vez, la tristeza lo envolvía, acariciante. Veía los ojos vivos de la muchacha, la constante expresión alegre de su cara; medía más que nunca ahora todo lo buena y lo bonita que era, recordaba la mañana en que él, hombrecito ya, al volverla a ver después de la larga estada de ella en lo de los

Barceló, la trató de "usté" para siempre, cambiando el "vos" y el "che" que usara desde niño...

—¡Carmen!

La luna tuvo acostada un largo rato la sombra de Vicente sobre los yuyos. Movidos por el viento, ellos parecían acunarla.



Tiempo después, en un despacioso atardecer de primavera, mateaban junto a la puerta de la cocina Vicente y Pedro. Este, que continuamente se distraía en la conversación pensando en algo, dijo de pronto, cuando ya estaba por irse:

—Ché, Vicente, mirá... nosotros hemos estao pensando... con mama... que vos no debés estar aquí sino en casa.

—¿Qué? ¿Qué?

—Sí, dejate de partes. Vos ves qu'estás mal. ¿Qué vas a estar haciendo, solo? No tenés necesidá. En casa, además de estar mejor, nos hacés falta. Mama está vieja, nosotros, de repente, tenemos que andar de un lado para otro. Ella necesita compaña. Vos allí no vas a estar de agregao... Tenés con qué vivir... Sí, animate. Mirá, a mama le das un alegrón... y, a nosotros, ¡figurate! Sí, dejate de partes. Animate. Mama está loca de contenta con la esperanza de que vayas. ¿Un día estás aburrido? Pues montás a caballo y te pasás unos días donde quieras, recorriendo las amistades. La visitás a Carmen, que te quiere tanto, y les das un alegrón a ella y al marido... Estás lo que se te antoje y, después, volvés con nosotros... ¿eh?

Vicente, con la cabeza agachada, no contestaba.

—Bueno, mirá — seguía Pedro —, ya te tenemos el cuarto pronto, y todo... ¿Te acordás cuando se fueron a vivir con la finada, cuando la guerra? ¿Te acordás? ¡Qué tiempos! Bueno ¿y por qué no podemos ahora volver a vivir juntos? No te vas a negar. Faltarán muchos de aquella reunión: la finada tu mama, el finao Tuquito, Carmen que ya tiene su dueño... Pero la vida es así y no hay más remedio que conformarse con lo que ella dispone. Con empacarse no se saca nada. Gracias a Dios, todavía podemos ser felices, ¡qué caracho!

Como Vicente ni levantaba la cabeza ni hablaba. Pedro pensó que lo mejor sería dejar allí las cosas. Tenía la esperanza de que insistiendo podría sacarlo de sus taperas y llevárselo. Se despidió, entonces. Y se fue.

Vicente siguió un rato en el banco; mucho, un rato largo. Sentía en su interior como ya muertos para siempre los fuegos que solieron devorarlo. Y se daba cuenta de que, sin embargo, aquéllos habían sido su apoyo y que, ahora, se sentía como nunca solo.

Las lágrimas empezaron a rodarle por la cara. Apenas si alteraba sus facciones aquel llanto manso, sin convulsiones ni gemidos.



A la mañana siguiente, Pedro volvió mandado por su madre para tratar de ablandarlo. Ella misma iría más tarde a seguir la conquista.

Pedro llegó a la cocina y no lo encontró. Al entrar en un cuarto, se detuvo, sorprendido. Arrodillado frente a un baúl, sacando ropa de éste y poniéndola

sobre una sábana, estaba Vicente, de espaldas a la puerta.

—¡Hermano!

—¡Ah, eras vos! — murmuró Vicente. Y siguió retirando ropa y plegándola lento, prolijo; demasiado prolija y lentamente.

Sin decir palabra, Pedro lo dejó hacer. Cuando el baúl quedó vacío, Vicente ató las puntas de las sábanas y, alzando el fardo al hombro, dijo:

—Lo demás lo llevamos en otros viajes. Vamos.

De lejos, sólo el bulto blanco veíase alejarse sobre las altas chircas. Parecía una nube que se quería cortar sola de la tierra y no podía.

LO INEFABLE

Pedrín era sirviente en casa del caudillo. ¿Cuándo entró a su servicio? Hacía ya tiempo. Pedrín siempre sintió devoción por Pedro Gutiérrez, aunque suponía que éste ni siquiera reparaba en él. ¡Era tan grave Pedro Gutiérrez!... Pero un día se encontraron en la calle. Pedrín vestía un traje deshecho y descolorido, y sus pies mostraban los dedos por las abiertas zapatillas.

—Pedrín, ven conmigo. Yo te llevo a casa — le dijo. — Ya no estás para sentirte solo en el mundo.

Pedrín quedó mudo. Miró a los ojos al viejo caudillo como buscando en ellos lo que le parecía una verdad imposible y, luego, todavía dudando, exclamó:

—¡Si me lleva!...

Después de cenar, al salir hacia el Centro a reunirse con sus amigos, Pedro Gutiérrez le dio algunas monedas. Pedrín fue a su nueva habitación, se puso la ropa recién regalada y las flamantes zapatillas blancas, se peinó frente al pequeño espejo con mucho cuidado, y salió, también. Entró a un bodegón. Al rato, desde la calle, se oyó su voz forzadamente alta por el exceso de alcohol que lo encendía. La patria, la divisa, los hombres que sufren, se mezclaban confusamente en su discurso.

Algunos hombres, que escuchaban riendo, le hicieron beber más. Pero, pronto, Pedrín fue poniéndose taciturno.

Regresó con el alma profundamente conmovida. Se

quitó la ropa, se acostó. A los pocos momentos, sollozaba.

El llanto, como a un niño, le trajo el sueño.



Pedrín se hizo imprescindible en la casa. Nadie hacía las cosas tan bien y tan rápidamente como él, y nadie era más atento y bondadoso. Sonreía cuando le hablaban o respondía, y a la señora o a las hijas de Pedro Gutiérrez les daba el mate o lo que fuere con la delicadeza y la cortesía que un caballero emplea con las damas. Además, el caballo favorito del caudillo no podía recibir sino sus tratos. Manso como cordero con Pedrín, se ponía incómodo con otro que se le acercara. El tostado, de gran estampa y reluciente, hacía extraño contraste con la pequeñez de Pedrín... Porque Pedrín era pequeño, y tenía un pequeño bigote rubio y una boca pequeña y unos pequeños ojos claros. Todo era pequeño en Pedrín; todo menos el corazón y la sed; tan grande ésta, que lo obligaba frecuentemente a tomar más caña de lo aconsejable. Dos o tres veces por semana Pedrín se emborrachaba. Advertíase en seguida por la alegría que se transparentaba en su rostro, por el brillo de su conversación y por su inquietud que lo obligaba a entrar y a salir, a mezclarse en todo. Pero nunca dejaba de ser amable y correcto. Y cuando el efecto del alcohol empezaba a atenuarse, caía en una profunda tristeza que no se le percibía en el rostro sino en la velada inflexión de la voz.



Aquel día de invierno, Pedrín estaba atareadísimo y, además, molestado. A cada momento se acercaba a la señora para decirle con energía:

—¡Este hombre no sirve para nada! ¡Mejor lo hago yo solo!

Quien para Pedrín no servía era Bonifacio, el enorme Bonifacio, otro protegido del caudillo que solía comer allí y que ganaba su vida con changas. Entre los dos sacaban de la sala los muebles que serían sustituidos por otros nuevos. Habían llegado ya los carros con la carga, pero la sala estaba sin desocupar aún. Y Pedrín consideraba que él solo habría arrastrado, alzado y transportado todo mucho mejor y más rápidamente que con la ayuda del demasiado cachazudo colaborador...

Este, oyendo por repetidas veces las quejas de Pedrín, le dijo por lo bajo, para no enterar a la señora:

—¡Vos estás loco! ¡Vos estás loco!

—¿El qué? — bramó el aludido, eructando alcohol.

Bonifacio, al ver a su compañero tan enfurecido, agachó la cabeza, calló y siguió empujando un pesado sofá con tal fuerza, que casi aplasta a Pedrín contra la pared.

—¡A la derecha! ¡A la izquierda! — exclamaba Pedrín, asumiendo por propia cuenta papel director.

Bonifacio, aturdido, se miraba las manos antes de impulsar el mueble y, aún así, se confundía.

Cuando la sala quedó vacía se comenzó a descargar. Los mozos de cordel que venían con los carreros hicieron esa tarea. Mientras, Pedrín y Bonifacio abrieron varios cajones. Finas porcelanas... una Venus de alabastro...

Pedrín con su propio pañuelo quitaba el polvo de la Venus para hacer tiempo contemplándola, cuando oyó

que a pocos pasos, en voz baja y misteriosa, Bonifacio le llamaba.

—¡Mirá! ¡Mirá que cosa!

Pedrín tornó la cabeza y vio un cuadro a los pies de Bonifacio. Representaba a una joven de cabellos castaños, divididos al medio, que descendían a los lados del cuello, hacia el pecho de dulces combas. Sonreía melancólica, abstraída, y un capricho del artista proyectó mucha luz sobre sus labios entreabiertos; sobre los labios húmedos, que parecían iniciar una palabra. De los ojos profundos, castaños como el pelo, fluía una fuerza misteriosa que infundía a todo el rostro aire de infinito candor, de dulzura suprema, de piedad pronta a manifestarse; el aire de ese algo, irreal casi, que, cuando se llega a encontrar, si es que una vez se encuentra, no sorprende sino que hace exclamar: "Yo te conocía antes", porque en ello se sueña siempre. Superpuestas las manos, los brazos desnudos y el pecho eran cercados por el tono azul celeste del traje de seda.

Pedrín y Bonifacio, tan pequeño el uno, tan grande el otro, se inclinaron en cuclillas para ver el cuadro de más cerca. Los dos desgraciados se habían conmovido. Bonifacio, como empujado, se puso de rodillas, fundando las manos en el suelo y, así, acercó su cara hasta casi tomar la tela. Sonrió a la imagen; sonrió con una sonrisa tan intensa, tan intensa que daba miedo. Había alargado un dedo; pero éste quedó próximo a los cabellos de la joven, sin animarse a tocarlos.

Pedrín estaba de ceño fruncido. Como quien, asomado a un profundo pozo, insiste con la mirada buscando el fondo lejano...

—¿Pero qué hacen ahí? ¡Salgan! ¡Salgan! ¡Cuidado!... ¡Cuidado con el espejo, que van a tropezar!

Pedrín y Bonifacio se incorporaron saliendo de su ensimismamiento. Al poco rato trabajaban los dos a cual mejor. Y ese atardecer, lo que nunca, fueron juntos al bodegón. Apenas si hablaron mientras bebían caña. Pero cuando lo hacían era fraternalmente, sin discutir como cada vez que se hablaban, por cualquier cosa.

Pedrín, de pronto, rompió el gran silencio.

—¿Y la niña bonita? — dijo sonriendo.

—¡Ah! — exclamó Bonifacio sonriendo a su vez y posando la mirada en el suelo.

Y los dos se quedaron como bajo una caricia.



Aquella noche Pedrín fue muy tarde a su cuarto porque tuvo muchísimo que hacer. Se durmió y soñó que Ella vivía en la casa del caudillo, que él le cebaba mate y que Ella le decía frecuentemente, con dulzura:

—Pedrín, yo estoy segura de que tú sí eres un hombre que... ¡eh!... estoy segura...

Y soñó también que un día, en momentos en que él cepillaba el tostado de su jefe, ella llegó y le dijo:

—Pedrín, yo quiero que le lleves esta carta a mi novio.

Pedrín recibió la carta, sin miedo montó de un salto el brioso animal — él nunca se había animado a hacerlo y sólo ebrio hablaba de ello — y salió como luz por un camino desconocido. Después de atravesar un bosque llegó frente a un gran edificio blanco en cuya portada lo esperaba un joven. Era el hijo de Pedro Gutiérrez, que le dio un abrazo como la cosa más natural del mundo, y le preguntó por la Niña Bonita.

Pedrín volvió a montar y salió al galope. Pero al llegar al bosque, lo encontró ardiendo...

Despertó. La luz del sol que entraba por la ventana le bañaba el rostro.

Todo el día lo pasó trístisimo. Pensaba en Carlos, el hijo del caudillo, y lo veía mirándolo, como siempre, con melancólicos, cariñosos ojos; los únicos para Pedrín, en el mundo, firmes en esa adhesión. Pedrín quería a Carlos. Sus celos con Bonifacio se debían a que Carlos conversaba mucho con él. Pedrín y todos los humildes que rodeaban al caudillo, experimentaban un profundo bienestar junto a Carlos porque le solían escuchar palabras que despertaban en el alma sentimientos conmovedores, infundiéndoles la sensación de que no estaban tan solos en el mundo y de que no eran tan desgraciados. "Llegará un día en que todos seremos felices. Sí, yo me estoy preparando para poderlos hacer felices. Todos tendrán qué comer y dónde dormir tranquilos. Y todos nos querremos mucho y nos ayudaremos mutuamente. ¿A ustedes les parece que eso es imposible, que es difícil? ¿Eh?". Ellos no contestaban. Bajaban la cabeza confusos, enternecidos. Pero al levantar de nuevo la vista, el joven se estremecía viendo que, como náufragos, ellos se agarraban a él con una profunda e infinita esperanza...

Así, pensando en Carlos, pasó varias veces frente a la puerta de la sala y miró el cuadro ya colgado. Ahora se veía mejor. La luz tenue de la estancia realzaba, además, la suavidad del rostro bello. Pedrín sentía que un manto angustioso le envolvía el corazón, apretándoselo. Dos seres en su vida habían producido en él una sensación vaga, oscura, profunda; algo que despertaba en su alma anhelos dormidos, que a la vez le daba la sensación de que existían en el mundo enter-

necedoras cosas desconocidas y de que esas cosas se podían alcanzar; sólo dos seres: Carlos y la joven del cuadro. Pero Carlos, cuando llegaba por breves temporadas de la ciudad lejana donde estudiaba, tenía raptos bruscos, violentos. A veces se irritaba con Pedrín. El perdonaba, ¡vaya si perdonaría! Mas, se olvidaba de todo. Sin embargo, eso quedaba como una manchita oscura, perceptible por lo blanco del fondo... ¡La joven del cuadro! ¡La Niña Bonita! Esa sí, dulce y triste, sonreía siempre; ésa sí comprendía que él era puro y le decía con los ojos como en el sueño: "Pedrín, tú... yo estoy segura de que tú..."

—Y ella es triste — comenzó a preocuparse —. ¿Por qué? ¿Por qué es triste siendo tan así?... Seguramente todos los como ella son tristes porque... Y Carlos también es triste... Si ella... pudiera vivir... y fueran novios... ¡Qué lindo, caramba!

Sin saber por qué, los ojos le brillaron de lágrimas.

—¡Pedrín! — oyó gritar.

Reconociendo la voz de Pedro Gutiérrez que llegaba, Pedrín se sobresaltó. Corrió a la cocina, aprontó el mate y salió hacia el fondo, donde el caudillo contemplaba dos caballos recién tusados.

Pedro Gutiérrez ejercía una atracción poderosa sobre los hombres. Entraba en el alma de la muchedumbre y la dominaba. La mirada viva, penetrante, de Pedro Gutiérrez, no admitía réplicas. Los hombres agachaban la cabeza y se sentían dispuestos a seguirle sin saber adónde. Pero Pedro Gutiérrez era parco, seco. Los hombres, aquellos hombres de botas, de tamangos, de alpargatas o de pie desnudo de los campos y de los suburbios del pueblo, se dejarían morir de hambre escuchando una voz que les cantara palabras de amor. de bondad, de fe. Y el caudillo era acción;

acción violenta y silenciosa. Antes los llevó a la guerra. Ahora, esperaba él mismo no sabía bien qué.

Pedrín. sin explicársela, era consciente de la fuerza que se imponía a su espíritu. La aceptaba pero no sin sentirle un fondaje amargo. Aquello que le entraba hasta lo íntimo y lo hacía amar frenéticamente a su protector, a la vez lo contenía obligándolo a comprender que nunca podría ser su amigo, ¡oh, amigo!, y contarle lo que sentía, lo que soñaba o darle un abrazo y sonreírle sin motivo. Carlos... también penetraba en su alma. Y eran hermanos, y mientras él le cebaba el mate solía hablarle de cosas nobles y bellas; pero Pedrín no podía decirle nada. ¿Cómo le iba a decir si no sabía, si no era con las palabras conocidas que se dicen ciertas cosas?...

Pedrín derramó el mate. Pedro Gutiérrez lo regañó con sorna. Después le dio unas monedas y se fue al comedor, donde lo esperaba la familia.

Pedrín comió poco. Le molestaba la conversación de las dos ancianas negras que almorzaban con él en la cocina. Además, la cocinera adoptaba un chocante aire de superioridad sobre él, y la chiquilla que atendía la puerta tenía mucha tos.

Después de comer tuvo que hacer muchos mandados porque, al día siguiente, Pedro Gutiérrez y su familia irían a pasar unos días al campo. A última hora a las mujeres les faltaba todo.

La noche lo sorprendió rendido.



Cuando subieron al coche, las señoritas gritaban:

—¡Adiós, Pedrín! ¡Adiós, Pedrín! ¡Cuida mucho los zorzales!

Al acercarse, la señora le recomendó que se comportara bien, lo que significaba que no bebiera Pedro Gutiérrez le alargó la mano y subió también. El coche se perdió rápidamente de vista.

Por la noche Pedrín salió a la calle, disgustado. Las negras seguían alborotando en la cocina; la cocinera, libre ahora de los patrones, demostraba claramente que ella mandaba, y la chiquilla estaba insufrible con su tos. Entró al bodegón. Vio a Bonifacio en un extremo lejano, pero no quiso acercarse. Se sentó en una mesa solitaria. Pidió de beber. Poco a poco íbase enfureciendo.

—Se fueron todos y me dejaron solo — pensaba —. Irse y dejarme, ¿eh? ¡Yo, déle no más, es claro!... ¡Carlos debió venir para el primero y ya estamos a quince!

Y al pensar en Carlos, pensó en la Niña Bonita. El ceño de Pedrín se desarrugó como si estuviera en su presencia. Inclinó la frente, clavó los ojos en el suelo, y quedó manso.



Al día siguiente se levantó con la cabeza dolorida, pues tuvo una terrible pesadilla. Se había caído en un pozo hondísimo y no podía salir. Hasta que encontró una cuerda que se rompió cuando él llegaba ya a la superficie.

Después de la siesta se sintió bien. Se sentó a tomar mate en la cocina, distraído en otras cosas mientras conversaba con la criada. Poco a poco su pensamiento se absorbía en la joven del cuadro. Quiso verla. Aprovechando el momento en que la cocinera fue al fondo, cruzó el patio, hacia la sala. Al empujar la puerta ad-

virtió desalentado que estaba cerrada con llave. Entonces, desolado, volvió a la cocina y, abandonando el mate, salió a la calle.

Caminaba sin rumbo. Sentía una infinita tristeza porque él quería hasta la desesperación mirar el cuadro. Tomó por la carretera. De un rancho lindero le gritaron:

—¡Adiós, Pedrín!

El saludó con la cabeza pero siguió su marcha. Al llegar frente a los blancos y altos muros del cementerio se detuvo y torció a la izquierda, por una calleja bordeada de ranchos y casuchas de lata. Frente a una choza más mísera que las otras, más sucia y más agachada, se detuvo y golpeó las manos.

—¡Buenas, mi tía!

De una cocinilla negra salió una vieja vestida con un traje negriverde. Se apoyaba en un palo a guisa de bastón.

Pedrín entró. Tomaron mate dulce. La tía Marica lo enteró de muchos sucedidos en el barrio. El oía sin atender, ensimismado. Cuando Pedrín se despedía, la anciana le pidió "para el pucherito".

Pedrín escogió en el bolsillo las monedas pequeñas y retiró la mano, dándoselas. Pero, en seguida, presa de un arrepentimiento que le dolió como si hubiera sido por algo más grave, sacó su moneda de cincuenta centésimos y se la entregó, también.

La tía Marica lanzó una exclamación de júbilo.

Pedrín, ya en la calle, oyó la voz de la vieja:

—¡Pedrín, no se pierda tanto por aquí, m'hijo!

Volvió a tomar la carretera, en dirección a la ciudad. Cada vez se sentía más oprimido. El necesitaba mirar el cuadro como necesitaba tomar caña. Más, mucho más que el beber.

—¡Y ahora — pensaba — mientras no vengan!... También ¡Dejar cerrado! ¿Por qué cerraron la puerta?, ¿eh?

Y lenta y como cautelosamente, una idea fue embargando su alma.

—Con un clavo... se... puede abrir.

Pero se asustó como si pensara en algo gravísimo. Sin embargo, la idea no se iba. Algo en su alma la hacía girar sobre sí misma, mostrándole cosas halagadoras...

Cuando llegó, se sentó a cenar. Después, se dirigió al bodegón. Desde la puerta vio a Bonifacio de pie junto al mostrador. Como él necesitaba estar solo, decidió ir a otro lado para beber tranquilo. Poco después, en un despacho de bebidas más sucio y miserable, Pedrín tomaba caña mirando al suelo. Pesada sensación de desaliento le caía encima como un manto ahogador. El no sabía qué ni por qué cosa; pero sentía, y con eso bastaba para dolerse. Sentía dentro de sí la existencia de un ansia infinita, jamás sospechada por nadie, jamás satisfecha. Y él quería decir algo de eso; hablar y llorar y gritar eso. Sólo dos seres "sabían"...

—Carlos... pero ¡ah! ¡Carlos, también! ¡Y sin venir!... ¡La Niña Bonita! ¡Ella! ¡Ella sola!

Dos grandes lágrimas rodaron por las mejillas de Pedrín. Al notarlas, se conmovió más. Sacando su pañuelo, tocó algo frío en el bolsillo. Lo oprimió como diciendo: "Espera", y se enjugó el llanto. Luego pagó y salió.

En la diestra oprimía un clavo.

*
**

Entró por la puerta de servicio. Las criadas dormían. Se encaminó por un pasillo hacia la sala. Los reproches que su conciencia le hiciera anteriormente habían sido borrados por el alcohol. Lo que antes le parecía más grave de lo que era, ahora resultaba nada para él.

Anhelante, forcejó con el clavo en la cerradura. Empujada, la puerta se abrió sin ruido.

En un suspiro profundo, Pedrín aspiró el aire tibio de la habitación. Después, palpando la pared, hizo girar la llave de la luz.

Un momento miró en éxtasis; un momento su alma se embargó de ternura y se sintió feliz; un momento, durante unos segundos, sus ojos se fijaron en los ojos melancólicamente velados de la joven, anhelantes por decir de alguna manera lo que él no podía decir con palabras. Segundos, nada más. Porque la luz, de súbito, tembló vivamente y se extinguió. Pedrín lanzó entonces un gemido ahogado y rompió a llorar. Mansamente rodaban las lágrimas. El no las enjugaba. Sus manos permanecían inmóviles a los lados del cuerpo. Es que Pedrín sentía que aquel manso llorar decía, por fin. Decía todo lo suyo, inexplicable para él mismo. Y como una caricia, percibía en la oscuridad la noble mirada de la joven diciéndole siempre: "¡Tú... yo estoy segura de que tú... Pedrín!".

De pronto, Pedrín cruzó las manos sobre el pecho. Ahora, interrogaba. Dolorosamente tiernas, dos palabras brotaron, repitiéndose constantes. Subieron, se hicieron potentes hasta el grito y volvieron luego como a replegarse, temblando, sobre sí mismas:

—¿Por qué?... ¿Por qué?... ¿Por qué?...

En el profundo silencio exterior, desde la iglesia vecina cayeron como piedras en el agua, haciendo círculos, las doce campanadas de la media noche.

EL RAPTO

La pequeña Margarita, casi en puntas de pie, revolvía lentamente. con una cuchara, dentro de una olla puesta al fuego. Era ya noche. El rumor de la lluvia, que parecía querer contener todas las estridencias. apaciguarlo todo, envolvía la casa. De cuando en cuando el viento traía un gemido fugitivo como si algo pasara sufriente por los aires. Y el monótono son del agua ahogábalo en seguida en su murmullo de plegaria; de plegaria sorda y empecinada.

De la calle, una voz de mujer estrujó el corazón de Margarita.

—Pero ¿por qué eres así? ¡Entra! ¡Entra!

Otra voz, varonil, ronca, insegura, gritó:

—¡Usted es una perra! ¡Usted es una perra!

—¡Bueno! ¡Entra! ¡No seas así!

Y surgieron en la puerta de la cocina: él, chorreando agua, la cara descompuesta; ella, cubierta la cabeza con un paño, mojado el rostro y los ojos secos y brillantes como los de un pescado.

La pequeña se volvió un momento hacia sus padres. En sus cabellos rubios se ataba una cinta azul. Tenía una carita linda y pálida y unos grandes ojos oscuros en cuya mirada había ese algo que se puede encontrar en el mirar inocente de las gacelas y en el de las mujeres muy desgraciadas y muy buenas. Los niños no miran así.

El miedo contrajo sus pupilas obligándola a abrir desmesuradamente los ojos. La cuchara, pendiente de su mano, dejaba caer gotas sobre el piso.

El hombre fijó en su hija los ojos turbios.

—¡Al padre se le saluda! — mascullό con ira reconcentrada.

Margarita, temblorosa, sin saber qué hacer, se dio vuelta y siguió revolviendo en el recipiente.

—¡El padre es el padre! — insistía él —. ¡Siempre y siempre es el padre!

Luego su voz se hizo débil y llorosa.

—¡Todos están en contra! — exclamó — ¡No hay respeto! ¡No hay cariño!... ¡Todo está perdido!

Caminó vacilante hasta desplomarse como un saco de trapos en una silla.

—¡Todo está perdido! — repitió.

Y ocultando la cara entre las manos comenzó a sollozar.

La madre se le acercó, le clavó sus ojos fríos y quiso decir algo. El alzó vivamente la cabeza.

—¡Silencio! — ordenó con imperio.

—Pero...

—¡Silencio, he dicho!

Un silencio angustioso se hizo en la habitación. Margarita continuaba de espaldas a sus padres. Al apagarse todo ruido turbador volvió a escuchar el manso rumor de la lluvia, que llegaba a su espíritu como una presencia apiadada...

El hombre todavía permanecía erguido, con gesto autoritario. Su mujer, irresoluta, había clavado los ojos, aquellos ojos fríos, vidriosos y secos, de pescado, en la niña que, siempre de espaldas, seguía revolviendo el cocimiento; y vio de pronto cómo el pequeño ser se estremecía. Primero fueron las azules alitas de la moña, que se bajaron al inclinarse la cabeza; luego, los hombros se sacudieron también; después, el cuerpo todo... Y un sollozo ahogado tembló en el cuarto.

—¡Dios mío! — exclamó la madre —. ¡Estamos matando a Margarita! ¡Ay, Dios querido!

Y con ella en brazos huyó de la cocina.

El hombre miró asombrado la escena. Con enormes dificultades, porque nacían en su mente extrañas asociaciones que lo alejaban de lo que quería, trataba de pensar. De la habitación vecina llegaban los sollozos de la niña mezclados con las palabras tranquilizadoras de la madre. Y aquellos gemidos, precisamente, eran lo que perturbaba la atención del hombre. Había surgido en su mente la escena, vista en la mañana, de un cuzquito que se quejaba en la calle entre un corro de chiquillos. Y mujer, hija, perro, chicos, ahora se mezclaban en turbio tropel en su alma...

El silencio volvió a reinar. De puntillas, la madre entró en la cocina con el pelo en desorden. El hombre, que estaba adormecido, abrió los ojos. Un momento su mirada vacilante cayó en la mirada de su mujer que era como el reflejo de la luz en un vidrio turbio. Y frente a aquellos ojos secos, helados, llenos de odio, él agachó la cabeza. Su mano, que se había levantado de la rodilla donde posaba, se agitó un instante en el aire, se elevó un poco, aún y, lentamente, volvió a buscar apoyo. Con aire de humildad y cansancio, dijo:

—¿Por qué no me das la comida?

Recién entonces ella le sacó la vista.

Desde que Margarita comenzó a pensar, sintió la vida como una cosa fea y contrariadora. De todo cuanto anhelaba sólo muy poco llegaba a ella. Los tres chicos que durante la primavera y el verano vivían en la lujosa mansión de enfrente solían aparecer en el jardín con juguetes hermosos. A Margarita se le antojaba todo lo que desde su ventana veía. Y, más tarde,

a veces días después, su madre ofrecíale un carrito demasiado vulgar o un caballito de lata o una muñeca entristecedora de tan pequeña y sin encantos. Cierto día, cuando su madre, sonriente, abría el pequeño envoltorio en el que traía un bebé de goma, Margarita exclamó, contrariada:

—¡Ay, yo quería uno grande y de celuloide, como el de ellos!

La madre enrojeció hasta el cuello; sus ojos llamearon un momento y brillaron con lágrimas de vergüenza. Todo el orgullo de una raza altiva, venida con ella a menos, le sacudió los nervios.

—¿Por qué te has puesto colorada, mamá?

Ella no respondió. En su mano trémula el pequeño bebé mostraba su inexpresiva sonrisa.

—¡Eres mala conmigo, Margarita! — reprochó al rato, resolviéndose, por fin, a envolver de nuevo el muñequito.

Y abrió un cajón y hundió en su interior aquello que la estaba haciendo sentirse a sí misma empequeñecida, ridícula.

Lentamente la niña iba pensando con intensidad en la vida. Y comprendió que de nada servían los juguetes ya que poco podrían distraer y alegrar. Para ella la vida se reducía a un conjunto de hogares constituidos por los padres y los niños, adonde el hombre llega borracho, dice palabras terribles a su mujer y se golpea en ocasiones contra las cosas hasta hacerse daño; donde la madre trabaja silenciosamente y llora con frecuencia y donde los niños se pasan el día atisbando a los padres. Una mirada, sólo, basta para que el niño deduzca muchas cosas que van a suceder. Cuando el padre vuelve temprano de su trabajo y está sonriente, todo irá de una manera encantadora. El hablará a su

mujer con cordialidad; ella sonreirá frecuentemente, y él cogerá a sus hijos, los pondrá en las rodillas y les contará historias de lejanos países y tiempos remotos o, después de comer, dispondrá trocitos de madera que, pegados hábilmente, resultarán una hermosa sillita o un sofá o una cama de muñeca. Pero cuando es ya tarde y el padre no viene y luego aparece tambaleante, con los ojos torvos, entonces, ¡oh!, entonces hay que huir a un rincón y permanecer inmóvil mientras la casa tiembla. Tal era la vida para Margarita: algo desatado, rabioso, cruel a veces, y, otras, una cosa linda y dulce que entristece porque de antemano se sabe que será fugitiva.

Margarita fue adaptándose a aquello. Sufría, pero tomaba su dolor como algo natural, a lo que no se le puede buscar explicación porque no la tiene.

Hubo unos días, en primavera, cuando el jardín vecino estaba más hermoso que nunca y entre los senderillos cubiertos de arena aparecieron nuevamente los niños, en que empezó a ser llamada por éstos. Una tarde Margarita se resolvió y, pidiendo permiso a su madre, atravesó la calle. En la puerta de hierro se detuvo, indecisa.

—¡Entra! ¡Entra! —saltó el mayor de los chicos.

Margarita, con su humilde trajecito blanco y su gran moña azul en los cabellos, jugaba feliz, al poco rato, con sus nuevos amigos.

Eran tres: dos varones y una niña. Los varones se mostraron muy amables y obsequiosos. El primer día ya uno de ellos quiso, de todas maneras, hacerle aceptar el ferrocarril de cuerda que se deslizaba a gran velocidad sobre un ancho círculo de rieles. El otro hizo caer a Margarita a fuerza de sacudirla en su propio

caballo de hamaca. La niña había acogido a Margarita con más mesura, como a una antigua amiga. Entre otras cosas. contóle confidencialmente que a los varones no se les deben prestar muñecas porque las destrozan...

Una amplia escalinata conducía al jardín, desde la casa. Y Margarita vio venir por ella a la señora. Era joven y hermosa; tenía unos ojos oscuros, pequeños, muy alegres. La dama la acarició, rogándole que fuera todas las tardes a jugar con sus hijos. Margarita había visto al señor conversar momentos antes con ella, arriba. Como la expresión de la señora era tan feliz, pensó:

—El papá hoy no está borracho.

Y simultáneamente se imaginó a aquellos tres niños agazapados en un rincón, y a la señora, llorosa, frente al esposo que rugía con las manos en alto: "¡Usted es una perra!" "¡Usted es una perra!"

—¡Qué suerte que yo haya venido en un día tan bueno! — se dijo —. ¡Hoy todos están contentos aquí!

Esa noche Margarita tardó en dormirse pensando en sus amigos. Era que al imaginarse sus caritas dulces y buenas, crispadas de terror — como a veces su propia cara — cuando aquel señor tan alto e imponente llegaba ebrio, empezó a sentir por ellos una pasión casi maternal, penetrante, que iba creciendo hasta refluir y proyectarse sobre todos los niños que había visto y sobre todos los que presentía. Una muchedumbre infantil apareció desde todas partes y hacia su alma con ojos de dolor, las manitas frías, los hombros curvados. Había una agitación astral en el triste conjunto que permanecía pendiente de Margarita. Y ella, saliendo de sí misma, desbordante de ternura, experimentaba la sensación de estrecharlos a todos contra su pe-

cho, esperando más, aún más niños de los que, sofocados, concebía en el mundo misterioso y enorme.

Todas las tardes Margarita atravesaba la calle y se reunía con sus compañeros. Empezó a conocerlos bien. De los dos varones, el mayor, de once años, delgado y pálido, era violento y, como todos los impulsivos, no tenía medida en la ira y en el cariño. El otro, el menor de los tres hermanos, grueso y de blandas mejillas, era pacífico y llorón. En realidad tenía sus motivos para ser esto último porque en todas las cosas salía siempre muy mal. La niña adoptaba con Margarita una fineza extraña, como deliberada, quizá como inducida por alguien con premeditación. Margarita sintió desde el principio eso de raro que había en su trato; pero no llegó a analizarlo. Fue más tarde, en sus últimos días, en los días de triste y acariciada soledad, cuando sospechó que acaso su amiga fue advertida por sus padres de cómo tenía que comportarse con ella.

Había un juego elegido por el mayor de los hermanos: el de los matrimonios. Margarita pasaba a ser su esposa y tenían la casa debajo de un pino gigantesco, en medio del jardín. El niño había decidido que sus hermanos constituyeran otro hogar en un pino cercano, adonde irían frecuentemente de visita, ya a caballo, ya en coche, ya en ferrocarril. Su hermana aceptó de muy buen grado la idea; pero hubo un obstáculo insalvable: el gordo quiso a toda costa permanecer soltero, al igual que su tío, el siempre expansivo joven que solía ir a visitarlos en un larguísimo auto en donde venían siempre juguetes y dulces y más juguetes. Hubo, pues, que resignarse a constituir un solo matrimonio, y los otros dos niños quedaron como simples amigos de los esposos.

Lo primero que hizo él fue regalarle el bebé de celuloide de su hermana. Margarita se sintió muy dichosa. La señora, enterada, mandó esa vez a una criada con deliciosas confituras para el bautizo...

Todas estas cosas distraían algo a Margarita; pero a medida que amaba más a sus amigos deseaba más conocerles íntimamente su vida; es decir: su desgracia. Y empezó a observar con extrañeza que en ningún momento había huellas de desdicha en los niños y en la madre. Además, el señor — a quien solía ver por una ventana que daba al jardín escribiendo sobre una mesa enorme cubierta de libros y papeles — venía en ocasiones y se les acercaba. Más de una vez acarició a Margarita con su mano blanca y fina. Más de una vez, también, su joven esposa, al verlo, bajaba la escalinata, lo cogía del brazo y lo invitaba a pasear por los senderillos bordeados de flores.

Esas escenas llenaban de asombro a Margarita, y más aún cuanto que veía a sus amigos contemplarlas con la naturalidad de quienes están habituados a presenciarlas siempre.

Una tarde, avanzando ya el verano, la reunión de los niños se hizo en el fondo del jardín, donde a esa hora había más sombra. Fue en los días en que el gordo se enteró, por algún criado, de que su tío vivía solo, sin madre, completamente libre, en una lujosa casa donde daba alegres fiestas a sus amigos. Debajo de una acacia enorme estaban colocadas algunas sillas traídas del vestíbulo y una mesita colmada de dulces y refrescos. La mamá había accedido generosamente a los deseos del gordo que, pensando imitar a su tío, quiso dar esa tarde una brillante recepción. Después que todo estuvo dispuesto, los invitados se habían alejado hacia el exterior, quedando solo el dueño de casa

debajo de la acacia. Estirándose, en puntas de pie, su hermano oprimió el timbre de la puerta de calle. El gordo. que esperaba todo oídos el llamado, salió a recibirlos con jubilosa sorpresa. Margarita, su niño en un brazo, apareció dando, muy circunspecta, el otro a su compañero.

—¡Qué criatura tan linda! ¡Deje, señora, que le dé un beso!

El gordo cogió al bebé, lo besó y se lo entregó a la madrecita que, al estrecharlo de nuevo contra su corazón, exclamó:

—Este diablito no nos deja dormir de noche, con sus llantos.

Sonriendo con tolerante comprensión, el gordo los condujo a su casa.

—Espero también a una señora amiga mía — enteró tomando asiento primero que los otros.

De eso se hablaba cuando oyeron gritar en la puerta de calle.

Era la otra niña que, después de luchar en vano por alcanzar el timbre, había decidido anunciarse así.

Mientras se festejaban llegaron los padres y se sentaron en un banco próximo al lugar. Margarita, que los sintió aproximarse, estaba preocupada. No los podía ver; sólo escuchaba el murmullo de su conversación ininteligible por la algazara de los chicos... Y en un momento de calma oyó lo que, dulcemente, decía el esposo. Algunas palabras las olvidó pronto Margarita porque tenían un significado desconocido para ella; pero más tarde, en sus últimos días, en los días de triste y acariciada soledad, le parecía oír frecuentemente: "Yo quisiera ser todavía más bueno, más bueno contigo". "Todo me parece poco para ti que has hecho tan feliz mi vida."

Margarita sintió claramente el golpeteo de su corazón. Con la fugitiva rapidez del relámpago, una sensación de amargo despecho apareció en su alma. Pero fue un momento, no más. Demasiado pequeña para tener la fuerza de atención que le permitiera fijar las ideas y analizarlas, aquello se ahogó pronto en un dolor profundo, oscuro y, asimismo, puro, que empezó a subirla y a recorrerla como en ondas.

Mientras intervenía en los juegos — se cansaron de estar sentados y habían abandonado la hospitalidad del gordo que siguió a sus invitados sin preocuparse del desaire — un turbión de ideas la asaltaron. ¿Aquel hombre no hacía daño a nadie? ¿La señora no sufría y podía estar siempre dichosa? ¿Sus pequeños amigos no sabían lo que era despertarse de noche al sentir vomitar a su padre mientras la habitación se llenaba de un olor acre y repugnante? Ella quería saber; ella quería enterarse de si era la única niña en el mundo que tenía una casa espantosa.

El gordo y su hermana, con pequeñas palas, estaban atareados en hacer montículos de arena. Más lejos, Margarita y su compañero dormían al bebé por décima vez en la tarde.

—Cuando este niño sea grande, será general — se decía él, ensimismado.

Ella, decidiéndose por fin, preguntó, mirándolo fijamente:

—Dime, ¿tu papá le pega a tu mamá?

—¿Estás loca? — exclamó él con los ojos ardientes de fiereza —. ¿Qué te crees tú? ¡De mi padre no se habla!

—No — repuso, tranquilizadora y demudándose, Margarita —. Yo decía... sabes... si le pega cuando se emborracha.

El niño se irguió con una mueca que le mostraba los dientes; cogió a la niña por los hombros, la sacudió y profirió, ahogado por la rabia y el llanto:

—¡Mi papá es bueno! ¡No vengas más aquí! ¡Mala!

Margarita cayó, pero se levantó rápida y huyó perseguida de cerca por el niño, mientras los otros dos chicos presenciaban la escena con ojos de asombro. La niña dio algunos pasos antes de echar a correr tras de su hermano. El gordo permanecía inmóvil, como alelado. Cuando el perseguidor estiraba ya el brazo para coger a Margarita, tropezó y se dio de bruces. Ella siguió corriendo desesperadamente. Sobre su cabecita rubia la moña azul parecía una mariposa en una mata agitada.

Al día siguiente, una criada llegó a lo de Margarita.

—La señora y los niños — dijo a la madre — le ruegan que deje a Margarita ir a jugar.

Pero todo fue inútil. Margarita se arrinconó a llorar en un cuarto y de allí no hubo forma de sacarla. Cuando su madre, desistiendo ya, volvió al patio a seguir el lavado de ropa, Margarita entreabrió el postigo de la ventana y miró a la calle. En el jardín, con la cara entre los barrotes de la verja, los tres niños miraban tristemente hacia su casa.

—¡Margarita, ven! ¡Ven, Margarita!

—¡Ven! — repitió la niña.

—¿Por qué eres mala? ¡Ven, Margarita! — imploró el que fuera su mejor amigo.

Margarita cerró violentamente el postigo. Y en los días sucesivos ya no volvió a aparecer en la ventana. Sólo alguna vez, muy de tarde en tarde, se asomaba mirando recelosa a través del cristal. Y siempre que

los niños la advertían, le gritaban con cariñosa tristeza:

—¡Adiós, Margarita! ¿Ya no vendrás más?

Llegaba el otoño, las hojas se dejaban caer de las ramas y cubrían el suelo, los pájaros habían desaparecido y todo se iba envolviendo en una calma profunda y melancólica. Una mañana hubo gran movimiento en la quinta. Varios hombres cargaban muebles sobre carros detenidos en la calle. Margarita, tratando de ocultarse, observaba desde su ventana. Los habitantes de la casa, como todos los años, iban a pasar el invierno en el centro de la ciudad. De pronto Margarita vio a los tres niños y, detrás, a sus padres, aparecer en la puerta del edificio, descender la escalinata y atravesar el jardín hacia la calle. Entonces Margarita abrió completamente la ventana y se asomó.

Al verla, la pequeña y el gordo gritaron:

—¡Nos vamos! ¡Nos vamos! ¡Adiós Margarita!

—¡Adiós! ¡Adiós! — contestó ella. Y clavó los ojos en su mejor amigo.

Instintivamente él se había detenido un poco y, separándose así de sus hermanos, caminaba ahora junto a su padre, con los ojos bajos, serio, más pálido que nunca.

—Vayan a despedirse de Margarita — dijo la madre al subir al auto.

Los dos pequeños cruzaron corriendo la calle y, trepándose al balcón, besaron a la niña.

El otro, gravemente, avanzó y esperó a que sus hermanos descendieran. Entonces le tendió su mano temblorosa y dijo con amarga tristeza:

—¡Adiós, Margarita! Yo. . ¡no estaba enojado contigo!

—¡Adiós! — balbuceó ella, trémula.

El auto partió velozmente.

Al cerrar la ventana, Margarita sollozaba. Y como pocas veces en su vida, se mostró imperiosa, terca. Su madre no consiguió sacarla del rincón donde se puso a llorar. Cuando a la hora del almuerzo llegó su padre, quiso hacerla comer. No estaba borracho. Por eso mismo temblaba más y su voz era más débil. La acarició, trató de hacerle comprender que "el que no come no puede vivir..."; pero todo resultó en vano.

Este estado de rebelión duró poco. Después fue cayendo en una tristeza a la vez honda y apaciguadora que, secretamente, la alejaba de todo y la hundía en sí misma. Por la noche, al acostarse, ya no veía frente a ella una muchedumbre de niños sufrientes sobre los que podía volcar su ternura. Un sereno dolor la envolvía entonces. Y aparecía ella misma ante sus ojos: sólo ella, sólo ella en el mundo misterioso y enorme.

La piedad que experimentaba por su madre extinguíase lentamente. Y se borró de golpe, sin dar paso a la menor sombra de odio, el día en que la sorprendió sacudiendo con rabia a su padre, mientras éste hacía arcadas horribles y arrojaba una saliva gomosa que quedaba colgando en hilos de sus labios. Entonces recordó que varias veces, sobre todo en sus primeros años, cuando su madre quizá pensaba que ella no podía comprender aún, le había visto el mismo gesto de asco y odio altivo. Y que una noche, en la oscuridad del cuarto, desde su cama, la oyó decir en el patio, entre rabiosos sollozos, después de ser golpeada:

—Yo no hice caso a mis padres. Y en vez de vivir en un palacio, elegí tu casa perversa e inmunda.

Y como cuando él pegaba no hablaba, Margarita sólo sintió un gemido y el ruido de un cuerpo que se daba contra el suelo. Caída aún la madre, a Margarita le pareció que su voz salía de abajo de la tierra:

—¡Maldito, maldito seas!

Mas, ahora, su padre ya no era violento; su cuerpo y su alma se habían como aflojado, y en sus ojos húmedos existía siempre una indescriptible expresión de entrega. Por eso, a Margarita le pareció más cruel la actitud de su madre. Y los últimos restos de su ternura se proyectaron con ardor sobre aquel desgraciado. Pero sólo dos veces se sentó en las trémulas rodillas de su padre y lo abrazó, besándolo. Desacostumbrado a esas expansiones de amor, él no se dejaba besar y acariciar sin estallar en sollozos. Eran unos gemidos tan extraños que sacudían el alma; Margarita, al oírlos, sentía el mismo estremecimiento misterioso que experimentaba cuando en la alta noche, más allá del jardín de enfrente, ladraba un perro desconocido. Dos veces se sentó en las rodillas de su padre, sí. La primera vez empujada por su amor; la segunda, reflexivamente, ya. Después vio que la comprobación de sentirse asistido conmovía a su padre hasta el daño. Un sollozo, entonces, brotó de la garganta de la niña. Y se mordió los labios.

Todos los días, a esa hora en que las sombras de la noche empiezan a fluir de la tierra y, como trabajosamente, van levantando, levantando la luz hasta alejarla de los ojos del hombre, Margarita penetraba a oscuras en el dormitorio, entreabría el postigo de la ventana que daba a la desierta calle y se sentaba allí. El jardín vecino estaba en sombras y la gran mansión destacaba por encima su silueta.

Poco a poco el espíritu de la niña se iba alejando de lo que la rodeaba y un estado semejante al del éxtasis la poesía por entero. Margarita no comprendía nada, no imaginaba nada, su voluntad en nada intervenía. Pero se sentía como acariciada, como atraída, como mecida, y le gustaba adormecerse así. Tal cual entra y pasa la luz por un cuerpo transparente, así llegaba, la atravesaba y seguía algo que no dejaba en ella sino una vaga sensación de embeleso. Todo se reducía, pues, a un inexplicable bienestar que la empujaba a aislarse desde que las primeras sombras se alargaban hacia el cielo. Al principio, aquello pasaba debajo de su conciencia; después, aguardaba a la noche como se espera algo muy puro, muy amigo. Y al sentirla llegar misteriosa, maternal, íbase debilitando su atención y se entregaba íntegra a las sombras, cuyas ondas negras la envolvían en la dulzura infinita de sus pliegues y ponían entre ella y el mundo su presencia defensora. Fue entonces cuando Margarita tuvo la sensación de que empezaba a ser firme, tenazmente protegida. Y con toda su alma se dedicó a ahondar en el corazón de la noche. Aquella paulatina, irresistible identificación se operaba fuera de sus sentidos. Ella no comprendía, pues, al retornar a la realidad, lo que había sucedido en los contactos cada vez más íntimos y largos; pero una frialdad intensa empezaba a extenderse por su conciencia, volviéndola insensible a todo lo exterior; y pudo presenciar sin que su corazón se conmoviera la caída de su padre en oscuro estupor, y el cada vez más inexorable desquite de su madre. Como una cuerda permanece muda mientras las demás suenan y, de pronto, vibra sin que la pulsen porque otra se ha sacudido con vibración idéntica a la suya, y confunden su música, entonces, y se estrechan así, de tal manera

el alma de la niña sólo se abría al nocturno llamado. Luego en su profundo amor, en su entrega absoluta, se dejaba penetrar, desprender silenciosa y acunar, al fin, en el regazo tranquilo de la noche.

Sobre una mesa se amontonaban los frascos de medicamentos; de los nuevos medicamentos que el doctor recetó el día en que, por fin, dijo a la madre:

—Todo hacía suponer que no; pero, sin embargo... La niña está muy débil y en muy mala edad. Habrá que tener mucho cuidado.

Cuando el reloj indicó las seis, la madre, que no sacaba de la blanca esfera sus ojos de pescado, fríos, turbios, secos, se incorporó, cogió un frasco y una cuchara y se acercó a la cama de la niña.

Margarita, pálida, con los ojos cerrados, parecía un varón, porque sus cabellos rubios, aquellos cabellos de oro tibio, de oro que vive, donde se alzaban antes las alitas azules de su moña, habían sido cortados.

La madre le levantó la cabeza y vertió la cuchara entre sus labios secos. Luego volvió a sentarse en su sillón, postrada por el cansancio y el sueño. A su lado, inmóvil, como aterrado, como culpándose de aquella desgracia, el hombre no sacaba los ojos del suelo.

La noche se aproximaba lentamente y empezó a tenderse por el cuarto. Al advertirlo la mujer encendió una bujía cuya claridad amarillenta y débil hizo retroceder un poco a las tinieblas. El airecillo que penetraba por la puerta agitaba la llama. Así, a cada movimiento, las sombras y la luz se desplazaban. El lecho de Margarita quedaba en un ángulo oscuro. Y desde allí parecían impulsarse las tinieblas y reducir la llama que, irguiéndose de nuevo, temblorosa, empujábalas otra vez hacia atrás.

La tibia lucecita se tornó luego como un barco en el mar; en un mar tranquilo, pero inconteniblemente empujado de abajo, que mece todo lo que cae en él...

Sólo Margarita sintió el ladrido del perro desconocido que debía de vivir más allá del abandonado jardín. Sólo ella lo escuchó. Entonces abrió los ojos. A su lado vio a la noche tranquilizadora y envolvente. Margarita le sonrió con dulzura. Y aquellos labios para siempre quedaron entreabiertos. Porque Margarita ya no estaba allí. Porque, piadosamente, Ella la había sacado.

LOS CINCO

El primer sábado de Carnaval, exactamente a la hora desde la que se permite el disfraz — doce de la mañana — muy ansiosos después de largo aguardar ya prontos aparecen los cinco jinetes por el camino del pueblo. Espantadizas hasta de la sombra, a veces sólo con paciencia consiguen que sus cabalgaduras avancen. A fuerza de "¡Bah!... ¡Bah!... ¡Caballo!..."

El caballo lo constituye una tramoya de alambres en forma de sección horizontal de equino, que se sujeta con un cordón desde los hombros y pende al nivel de la cintura. Queda, pues, el armatoste por la mitad del cuerpo. El poncho del hombre cae alrededor y oculta los alambres y sostenes. A su vez, el armazón, que insinúa las formas del animal, mantiene una tela de arpillera que llega hasta el suelo y oculta los pies. De trapo bien forrados son el cuello y la cabeza. Con crin y todo. Como de bestia estimada. Las colas, eso sí, copiosas.

Así vienen, camino del pueblo, los cinco. Arriba, gente; abajo, caballos. Caballos más bien ariscos, redomones, que se echan atrás por cualquier cosa levantando nubes de polvo. Entonces, los brazos armados de rebenque se alzan y se abaten, punitivos. Y los parejeros saltan locos de furia, de lado a lado del camino. Y los jinetes también rabian, ya agotada la paciencia. Y a golpe y grito obligan a adelantar a sus pingos que, con brincos, en vano hacen por librarse de los crueles emponchados.

Pasan el camposanto, serias las caras, sombreros en mano — las cosas allí no son juguete — aunque permitiendo ciertos recelos a las bestias, que caracolean al llegar y sólo a fuerza de "chupadas" pacientes, cruzan. En seguida aflojan riendas. Y al airoso galopito avanzan hacia las canteras que bordean el camino, profundas, llenas de agua. Allí, entre ellas, del boliche de Pantaleón, sale la gente por ver. Y otra vez hay que recurrir al rebenque, porque los fletes se asustan. Y si bien los pescuezos y las cabezas permanecen tiesos, abajo es una cosa tremenda. Los corcovos, en ocasiones, dejan ver alpargatas y piernas. El polvo arde en las narices...

En la puerta de la taberna azuzan con gritos, aviesamente.

—¡Flor de jinete!

—¡A qué no lo voltea!

Y al que marcha adelante — patrón o jefe — parece que ya lo va a tirar su parejero. O, peor, que el flete ya se va a precipitar con él en las aguas de la cantera, hasta cuyos bordes llegan en brincos. A los otros cuatro también los traen mal. Porque son botes arteros, inesperados, los de estas bestias de cola casi dura y completamente rígidos cogote y testa...

Nadie vio quién fue; pero lo cierto es que, de pronto, un fósforo arrojado con malhadada puntería enciende el poncho y el arnés del que va adelante. Y mientras los otros cuatro se paran en seco, aquél, dejando el inquirir y la venganza para después, sujetando el sombrero que se le cae por un costado, corre entre llamaradas hacia la cantera, con la cara trágica.

—¡Hepe! ¡Hepe! ¡Hepe! ¡Hepe! — y se precipita en el agua.

Del despacho de bebidas salen todos.

—¡Eso está mal! ¡Eso está mal! — protestan, imposibilitados de apearse, los compañeros del accidentado, al galope hacia la profunda cantera y dejando lo otro también para después.

Se corona de gente el ancho pozo. Abajo, a cinco metros, flota el caballero y emergen la cabeza y el cogote de su indesprendible cabalgadura.

—¡Consigan una piola!... ¡Pero mire qué cosa! — grita con voz lastimera.

—¡Si se corre más acá, hace pie, don!

—¿Para dónde? ¿Para allí?

—Síiii.

—¡Bueno!

Y se corre. Y hace pie.

—Bueno, ¿y van a traer piola?

—¡Síiii! ¡Pantaleón fue a traer la del pózoo!

—¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Dejennós pasar a nosotros, que somos los compañeros de él, pues!

—¡Pero mire qué cosa!

Para ver, los compañeros deben asomarse de lado. Con engorro acomodan sus caballos paralelamente al borde de la cantera y, bien echados a un costado, sacan la cabeza. Cuando sube un "¡Pero qué cosa!", ellos sueltan, también, hacia abajo:

—¡Pero, pero qué cosa! ¡Pero, pero qué cosa!

—¿Se mojó el caballo? — hace descender uno.

—¡Sí, está empapado!

—¡Pero mire qué cosa!

—¡Guarda! ¡Den paso! ¡Guarda!

Son Pantaleón y su cuerda.

—¡Agarresé, don!... ¡Y con los pies vaya ayudándoo!

—Sí, pero... ¡y no ve! — sube del fondo.

El caballo, bien sujeto a los hombros, lo estorba.

—¡Ladeeló para el costado! Echelé el cogote para el costado y usted corrasé para el otro costado!...

—¿Cómo? ¿Así?

Nadie responde. Es que se oye ruido de cascos a todo lo que dan.

—¡Viene el sargento! ¡Ahí viene Mansilla!

En efecto: ya pasa frente al camposanto un indiazo uniformado.

Pantaleón, que ha tornado la cabeza, vuelve a atender al foso porque hacen fuerza en la piola. Es que ya vienen subiendo cabalgadura y jinete. Aquélla, rígidos cuello y cabeza; éste, de costado, como cabalgando a lo mujer. Los dos, a chorros.

—¡Ayude uno, que pesa una barbaridá por el agua!...

Y suelta la piola, dándose vuelta para atender a sus espaldas. Y chasquea abajo un violento chapoteo. Porque, ya cerca, el caballo del sargento se asusta de los otros cuatro caballos y se sienta en los garrones.

Castiga el policía. Clava espuelas. La bestia, bufando, se hace un arco, corcovea, mientras al frente los otros cuatro jinetes se arremolinan sin saber dónde meterse. Son brasas los ojos del caballo policial. Y por la boca le asoma como una espuma.

Pantaleón, volviendo a atender a la piola, grita a los amigos del caído:

—¡Retirensén para que se acerque el señor!...

—¿Y para dónde?

—¡Retirensén para atrás del montecito!

A extraño, largo tranco desgarbado, provocando otra sentada y nuevos bufidos, los cuatro atraviesan media cuadra y se ocultan entre unos sauces.

Todavía con dificultades, el sargento llega al borde de la cantera. En eso asoma el jinete, sin sombrero y

hecho sopa. En seguida, la cabeza y el cogote de su martirio.

El caballo del sargento se para de manos. Abre la boca con horror. Revuelve los ojos.

—¡Pero retiresé, pues, usté también, hasta que este otro acabe de salir!

Ante lo imperioso del tono, el sargento talonea hacia el montecito de sauces...

—¡Para ahí, no! ¡Para ahí, no, que están los otros!

Desvía el policiano y va a apostarse junto al cementerio.

—¡Pero qué cosa, amigo!

Ya ha pisado en firme el emponchado. Se escurre el agua. Y dispone el poncho en torno al armazón en cuyo medio está. El incendio ha sido abajo. Se le ven las piernas casi hasta las corvas.

Por eso, porque esto ya se aleja demasiado de la forma equina, el sargento pudo acercarse casi sin dificultades. Su cabalgadura apenas si resopla entre un brillar de ojos siempre desconfiados.

—¡Pero qué cosa, amigo!

—Bueno, ahora tiene que acompañarme hasta la comisaría.

—¡A mí, ¡a mí que no hice nada!, ¡por Dios bendito!

Sus movimientos, fatalmente acompañados por el armatoste que pende de sus hombros, hacen retroceder entre grandes botes al sargento, cuyo caballo vuelve a dar miedo con esos ojos y boca.

Se arremolina la gente. Y allá, del monte donde echando sus pingos para un costado conseguían los cuatro amigos asomar medio cuerpo, surge un clamor.

—¡Para llevarlo a él, tienen que llevarnos a todos nosotros!

Y salen del sauzal a galope tendido, mientras el sargento se afirma en las crines para contrarrestar nuevas costaladas y saltos, bajo bufidos.

Va a dar el policía, contra su voluntad, otra vez al camposanto. Y desde allí, sacando el silbato, toca llamada de auxilio.

Cada aguda pitada produce a su bestia el efecto de un espolazo. Tiembla y se arquea como si le sangrasen los ijares.

Junto a la cantera, los otros cinco de a caballo conferencian en voz baja.

—Yo creo que si no nos entregamos va a ser peor.

—Sí, vamos a entregarnos.

El sargento descabalga en este momento para poner las riendas en manos de un negro cuya marcha detiene con imperio. Se acerca a pie. Le resuena el sable.

—Tienen que marchar a prestar declaración, los señores.

Pantaleón, la piola de rastras, se aleja corriendo al recordar que dejó el despacho a solas y con parroquianos.

Nadie ha acudido a las pitadas. El sargento decide emprender la marcha.

—¡Pero mire qué cosa!

Delante, por el medio de la calle, ellos; detrás, el sargento, de ya más tranquilizada cabalgadura. Al accidentado se le ven claramente los pantalones y las alpargatas. A los otros, como marchan al tranco, no se les ve nada. Los cinco han perdido bríos. Nadie reconocería en éste al mismo grupo que, ratos antes, con tanta fogosidad se aproximaba al cementerio.

Ya entran en el pueblo, cuando el jinete delantero, es decir, él y su caballo, empiezan a caminar con difi-

cultad, casi cojeando. Es que se les ha aflojado una alpargata.

A trechos se detienen y afirman el pie en el suelo, restregándolo. Por conservar la distancia, gracias a la cual mantiene tranquila a su cabalgadura, el sargento también se detiene.

Uno de los compañeros se aparea al del engorro. Este saca el pie hacia atrás, con la alpargata que cuelga ya casi suelta. Pero cuando el otro, estorbado por su propio caballo, consigue tocarla, la falta de equilibrio lleva al descalzado, costalando, contra una casa.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¿Ahora se van a quedar toda la tarde? ¡Si se cae que se caiga, no más!

Se asoma gente a la calle. Y llama alborozada para que acuda más.

Un niño, advirtiendo el abandono de la alpargata, corre solícito y la entrega al de pie en el suelo. Este la agarra, abrumado; mira y la apoya sobre el duro cuello de trapos retorcidos de su parcjero. Pero de un despacho parten pullas. Los caballeros se enardecen. Y como de la otra acera también los befan, ellos dan el frente a un lado y a otro, mudos, con ojos de brasa. Los armatostes siguen sus movimientos, acentuándolos. Dan la sensación de que se reaniman, de que retornan por sus arisqueces.

Sin entender la causa, el sargento grita, a la distancia:

—¡Oh! ¿Y ahora vuelven a creerse que están de fiesta? ¿Se creen que esto es chacota?

Los arreados, sudorosos, llegan. En la puerta está un soldado de guardia. De estatura tan pequeña que el más pequeño traje policial de todo el Departamento le quedó grandísimo. Hasta que se halló otro más chico que también le quedó grande.

Se echa atrás el casco para observar a los cinco, con los párpados entornados.

Salvo uno, los demás están insuperables. Recuerda al instante que, cierta vez, un tío suyo se disfrazó así. Pero no tan, tan igualito...

—¡Páselos! — grita el sargento, deteniendo su caballo a quince metros.

Se descubren los jinetes y entran circundados por el suave rumor de las zapatillas.

Es un corredor largo. A la izquierda, están los calabozos. Delante de los cinco, que a la vez, inexorablemente, van detrás de un cogote y de una cabeza rígidos, el arrobado soldadito pasa sin detenerse frente a las pequeñas puertas y sigue hasta llegar al fondo.

—¡Qué colosales! — se dice tornando la cabeza de vez en cuando, con encanto.

E indicando, no hacia los calabozos sino hacia el portón de las caballerizas, dice:

—¡Adentro!

Se asoman los caballeros. Se asoman, apenas. Porque derribándolos entre un brusco estrépito, derribando también al embelesado, saltan sobre ellos tres caballos, hacia la calle, despavoridos.

¡QUE LASTIMA!

Paró la oreja Sosa al oír exclamar al desconocido:

—¡Qué lástima, qué lástima, que la gente sea tan pobre!

Sosa ni caso había hecho cuando, media hora antes, vio recortarse en la puerta del despacho de bebidas al escuálido forastero. Siguió absorto en una sensación penosa que lo embargaba frecuentemente. Pero al rato, cuando separado ya el pulpero oyó al otro cerrar la conversación con "¡Qué lástima que la gente sea tan pobre!", la sensación, de golpe, cambió de efecto. Y comenzó a reconfortarlo algo así como un desahogo.

¡Con qué extraña dulzura había sido pronunciada la frase! Sin rabia, sin rencor... A nadie culpaba. Como si de las desgracias del mundo los hombres no fueran responsables.

—¡Eso está bien! — se dijo para sus adentros Sosa.

Y le pareció que rozaba todo su cuerpo desmirriado, como acariciándose a sí mismo, contra un muro sin fin de largo y de color gris pizarra.

Con interés afectuoso observó. El desconocido era casi tan alto como él; y él era largo, de veras. Y, como él, flaco. Lampiño, y él tenía bigote. De botas raídas, y él con alpargatas. Los pantalones, a lo mejor, eran a media canilla, como los suyos. Pero, con las botas, los extremos no se veían.

—A ver, caballero, ¿qué se va a servir?

El otro se tornó hacia Sosa y miró en derredor. El invitado era él porque no había más nadie.

—Otra caña — respondió posando en Sosa una mirada tiernísima.

El patrón, negro, ya viejo, de encasquetado sombrero muy copudo, sirvió sin decir palabra, llenó asimismo su gran "vaso particular" y tornó con él al rincón donde, entre el mostrador y la desmantelada estantería, sobre una pequeña mesa, escribía entre borrones la carta que cierta muchacha de las mancebías le encargó para el amor que estaba preso. Además de sombrero tenía lentes, el negro. Unos lentes de níquel, comprados de ocasión cuando el vendedor le dijo a boca de jarro: "Usté lo que precisa es lentes".

Si no se lo hubiera dicho así, de golpe... El negro, desde su candidez tocada, aunque cabeceando un poco, sintió que no podía hacer otra cosa que sacar el dinero...

—¿Es forastero el señor?

—Es verdá. Vengo de Santa Escilda. Y medio ando por encontrar conchabo en la curtiembre de los Bastos.

—Buena gente, sin despreciar... ¡Salú!

Y alzó el vaso amarillo.

Entró un perrito a la taberna. Y tras él una mujer muy llamativamente acicalada que, mientras adquiría, buscó inútilmente con los ojos la mirada de los que estaban allí.

—¡Este hombre es muy gente! — pensaba Sosa.

Y comprendió que estimaba al desconocido con un cariño sin tiempo.

Cuando la joven se retiró sin haber conseguido ni por un momento atraer la atención de los amigos, Sosa se había alejado un poco de sus pensamientos, pues le andaban en la mente un carrito de pértigo y una yegua tordilla sobre la cual se vio al momento

salir del monte con una carga muy grande. Con ahinco trató de echar las imágenes por lo menos dentro del monte, otra vez. Pero infructuosamente. Tuvo que volver, pues, con ellos, al hombre que tenía al frente. Y dijo, al principio sin saber a dónde iría a parar; después, desde una grave firmeza:

—Yo tengo un carro y una yegua, caballero... Me la rebusco monteando y vendiendo leña en el centro. Yo, el carro y la yegua estamos a la disposición.

—Se agradece en lo que vale. ¡Salú!

Se alzaron los vasos, inseguros.

Sobre el mostrador pendía la lámpara. Las sombras de los amigos se acortaban. Ellos callaban. Bebían caña. Sosa sentía algo imposible de expresar, pero que era como el desarrollo de aquel "¡Qué lástima, qué lástima que la gente sea tan pobre!", que le había hecho parar la oreja. O, tal vez, era un "¡Qué lástima!", sólo, que crecía y embargaba todas las cosas del mundo, y con ellas subía más allá de las nubes y las mostraba así, desoladas, míseras, a alguien capaz, si mirara, de acomodarlas mejor.

Con el índice mesaba los pelos del bigote contra ambos lados del labio.

Se oyó el pitar de un silbato. Otros, lejos, sonaron también. De la calle llegaron voces. Y una voz de mujer, clara y metálica. Más atrás, del fondo de la noche, ladridos. Y el jadeo de una locomotora.

El patrón, en un instante, al beber gran trago de caña, los miró fijo. Pero sin verlos, abstraído, inclinando a un costado el sombrerazo para rascarse las motas ya grises. Era que, escribiendo cada vez con más empeño lo que la muchacha le recomendara, se inquietó de súbito. Desde el principio de la escritura el corazón del negro se había ido conmoviendo secre-

tamente. El nunca hizo cartas. No tenía a quién. Y esto que anotaba a pedido venía tan bien con lo que podía confiar a un amigo lejano, si lo tuviera, que, repitiendo un sorbo de caña, ponía sobre el papel, despacio, tembloroso, como algo íntimo: "Las cosas marchan muy mal. Viene muy poca gente. Ya los tiempos de antes no volverán nunca más..."

El negro vaciló, parpadeando. Se alejaba de las palabras de la muchacha. Pero continuó por su cuenta, atraído como por una voz que lo llamaba desde el fondo de su ser: "Y cuando no hay nada al lado, cuando no hay nadie, nadie al lado, entonces se piensa en cuando la niñez. ¡Tan linda que era!"

Algún recuerdo muy hundido fue tocado por esta frase; pero la conciencia manoteó de nuevo, por suerte, la imagen de la muchacha y, con ello, las verdaderas palabras a revelar en la carta hicieron presente su expectación. Lo que debía seguir era: "Voy a comprarme una pollera azul y un saquito blanco...". Esto, pues, lo volvió por entero a la realidad. Allí fue donde el negro quedó en desazón. Inclinó a un costado el sombrero. Sin verlos, miró a los dos largos parroquianos. Dejó la pluma, Se quitó los lentes. Llevó a los labios su gran "vaso particular". La vista le oscilaba.

—Otra vuelta, haga el bien.

Estaban bastante cargados. El tabernero sirvió y tornó a su pequeña mesa. Y por no recordar el acongojante giro que había tomado la misiva, comenzó a turbarse con cosas menos embargadoras. Las manazas sobre el manchado pliego de papel, ante el temor reciente y bienhechor a un pedido de fiado o a una fuga intempestiva o a un seco "Aquí no pagamos nada y se acabó", él se puso en guardia.

—Yo en seguida me di cuenta, Juan Pedro, que usté era una persona gente — confiaba con ternura Sosa al que acababa de revelarle el nombre.

Juan Pedro sonreía. Y posaba en su reciente amigo, alto, flaco, pantalón muy por encima del tobillo — como el pantalón de él, sí, si él no tuviera botas —, posaba una mirada tan dulce que casi no miraba nada.

Y vuelta a aparecérsele a Sosa el carro y la yegua tordilla. Y vuelta a llevarlos, ahora ufano y dichoso, hacia su compañero.

—Usté, Juan Pedro, cuando quiera la yegua, va a mi casa y la saca. ¿Fuma otro, Juan Pedro?

Juan Pedro, ya con las manos muy torpes, lio un cigarro, encendió y dejó que saliera libremente, de toda la boca, el humo.

—Usté, cuando la precise, va, no más, a mi casa y saca la yegua... Y si yo no estoy, la saca lo mismo.

Vaciló. La realidad no daba más y su ardiente pasión quería más, todavía. Y arrolló la realidad. Y salió al otro lado, terriblemente amoroso, diciendo:

—Y si la yegua no está... ¡usted la saca, lo mismo!

Esto de sacar la yegua aunque la yegua no estuviera, conmovió hasta el estremecimiento a Juan Pedro. No advirtió que faltaría la yegua. O le pareció que la yegua podía estar y no estar. Porque lo cierto es que "si la yegua no está, la saca lo mismo", se le quedó bien grabado y era lo único que permanecía firme entre cosas que comenzaban a tambalearse.

Volvió a mirar a su amigo. Pero apenas si lo veía. Se veía él, él solo, ya. Hasta la perenne sonrisa se le daba vuelta. Como si se le hubiera hecho convexa. Se quería a sí mismo, ahora, y ascendía en alas de su amor, sobre los mundos. Llevándose la mano a la cara, comenzó a acariciarse la sonrisa.

—La yegua es suya, amigo Juan Pedro — seguía Sosa por su lado, implacablemente generoso, con los ojos apagándosele.

Juan Pedro, que no pudo soportar sino por breve tiempo su delirio, había posado otra vez en tierra, ahora contrito. ¿Qué podía dar él en retribución a aquel corazón fraterno? ¿O qué decir, al menos? Juan Pedro tenía ganas de llorar. Cierto caballo de que una vez fue dueño de pronto se le apareció y espantó su sonrisa. Lo vendió al llegar a Santa Escilda porque, por desgracia, ¿para qué quería caballo en aquel pequeño villorrio? Cuando comprendió para qué lo quería — para quererlo, precisamente — era ya tarde. Se había gastado la plata en las pulperías. Y el caballo zaino siguió con un tropero hacia "La Tablada", allá tan lejos. Y pasó de regreso, a los días. Y volvió a cruzar como al mes. Hasta que caballo y tropero desaparecieron. ¡El, él lo había vendido! ¡A aquel caballo amigo! Y el amigo pasaba y repasaba. Y él, a veces, ni plata tenía para emborracharse a cada pasada. Y sobre todo cuando ya no pasó más. Ni en un mes, ni en dos: nunca, nunca más.

—La yegua es suya...

—¡No, compañero! ¡La yegua no es mía, es suya!

El negro, con inquietud, se acomodó el sombrero y, a una señal de Sosa, trajo otra vuelta.

—Es suya digo.

—¡No, no, Sosa! ¡No, no! ¡Es suya!

—¡Es suya, amigo!

—¡No, Sosa, no!

Y la mirada se le mojaba en lágrimas.

—Vamos, compañero, la yegua es suya.

—¡No, no es mía; no es mía!

—Es que usté no me entiende lo que le quiero decir — advirtió Sosa, por fin.

Bebió un trago, chupó, sin advertir que inútilmente, la apagada colilla y explicó, recalcando las palabras:

—Yo, lo que le quiero decir, es que la yegua es suya.

Juan Pedro, vencido, abrió los brazos. Y los dos amigos, tan altos y flacos, de botas el uno, de alpargatas el otro, se estrecharon palmoteándose suavemente las espaldas, bajo los ojos del negro cuyo espíritu había caído en la conversación como en un remolino y no hallaba nada en qué agarrarse.

Un indio que entraba desaprensivamente a la taberna se detuvo bruscamente. Pero convencido de que aquello no era pelea, se aproximó al mostrador, pidió y bebió sin respirar.

—¿Y qué es de esa preciosa vida?

—Bien, por el momento — contestó el negro después de un silencio, porque la pregunta le tardó en llegar y la respuesta en salir.

De inmediato, sin embargo, tuvo la sensación de que lo habían sacado como de un sumidero.

Salió el indio. Ya en la calle su voz se oyó entre risotadas.

¡Cómo ladraban los perros, lejos desde el fondo de la noche!

—¡Yo soy así! ¡Yo soy así! — sostenía Sosa golpeándose el pecho frenético de dicha

Ahora sí lo había empezado a ver otra vez Juan Pedro. Medio borroso, pero lo veía. Percibía el bigote de Sosa, sus pantalones por encima del tobillo, sus alpargatas. ¡Era tan extraño aquello! El no le miraba

más que la parte superior del cuerpo. Y lo veía, sin embargo, hasta los pantalones y las alpargatas.

Ya no podían más de caña.

—¿Qué le parece... si saliéramos... un poco... a refrescarnos... y después volvemos... a tomar?

Juan Pedro aceptó con un cabeceo. El tabernero se caló los lentes, echó atrás el sombrero y sumó. Sucesivas rectificaciones fueron contraproducentes. A cada vez el resultado era distinto. Se sacó el sombrero. Llevó al mostrador su "vaso particular" y le bebió el último sorbo. Su cabeza de grises motas volvió a inclinarse. Después de aquel breve descanso se resolvió a sumar por última vez y a tomar aquel resultado como definitivo. Con la conciencia ya más firme dio a cada cual su vuelto. Pero perdió pie de nuevo cuando oyó que Juan Pedro decía a su amigo Sosa:

—¿Vamos saliendo, Juan Pedro?

El espíritu del negro, quien ya se acomodaba otra vez el sombrero, flotó un momento en el vacío. Y como el ventarrón a una hojita, así se lo llevó lejos lo que, desde la puerta, al rodear con el brazo el cuello de su camarada, exclamó Sosa:

—¡Cuidado, Sosa, cuidado con el escalón!

Sin mirar, el negro vio la mesa, el lapicero, la carta. Y vio cruzar todo veloz. Y hundirse allá en el fondo de aquello donde ladraban, ladraban los perros...

Se sacó el sombrero.

RANCHO EN LA NOCHE

Sobre la tierra de los hombres, nada
verá el ojo más blanco que aquel blanco.
D'Annunzio.

A la luna luminosamente inmóvil, lejana y casta hija de los cielos, ¿qué dicen, palpitantes, las estrellas? — "¡Qué bella eres! — cantan —. ¡Qué blancura tan blanca! ¡No hay blancura más blanca que tu blanco! ¡Santo blanco, tu blanco! ¡Blanco santo!"

Pero ella no escucha. Embebecida en sí misma, sueña un blanco que es más blanco, más blanco, todavía: más blanco que lo blanco. Y el aire difunde sobre los bosques y los ríos y la pradera y el inmenso océano; y sobre este rancho, aquí, mísero: "¡Qué bella eres, blanca! ¡No hay blancura más blanca!"

Dentro — negro terrón, paja dorada —, dos Malvones se estiran por ver; y un Cisne. Por ver entrar al Angel y al Perro. Del brazo. Marcial éste en su marcha para darse ufanía. ¡Qué hermosa cola y qué alas tan finas! Blancas, éstas. Negra la cola rígida. Tremenda.

—¡Qué manera de hacer calor!

—¿Dónde?

—Aquí.

—¡Ah, sí, hace un calor! Pero no es nada, ¿no es cierto?

—No es nada, no; no es nada.

Un Gallo, dos mustias Margaritas, León remendado, rodeándolos. Y tornan todos la mirada hacia la puerta. Claveles y Juan Pérez, son. Gordos, los Claveles, y ro-

jos. El, de inmaculadas zapatillas blancas. Junto al grave silencio del Perro y del León, Juan Pérez ha puesto el suyo, dulce. Y la blancura de sus zapatillas.

—¡Adiós, querida! ¡Qué alas tan lindas!

—¡No, qué!... ¡Lindas son tus hojitas verdes en la cintura!

Estrépito de latas chisporrotea y crepita. Que en el patio, sobre tarros y escandalosos jarros, una cabalgadura de alambre y trapo ha ido a costalar, resonándolos. Jinetes barbudos irrumpen en la sala. ¡Oh!, a saltos en la sala, desparramando sillas y gente hacia los rincones, contra la pared.

—¡Mis alas! ¡Ay mis alas!

En los botes y brincos las gualdrapas descubren, en vez de casco, pantalón y alpargata. El polvo se levanta. Nubecillas al techo, paja de oro. El Arbol, que va a entrar desaprensivo, piensa en su frágil profusión de ramas y, prudente, permanece en el patio, expectante. El polvo es como humo. Un ventanillo ya ábrese a la noche. A la diáfana libertad ofrecida entrégase el polvo, desvanécese entre cánticos: "No hay blancura más blanca que su blanco...". Embebecida en un sueño más blanco, todavía, ella, la cantada, no puede escuchar. Imposible librarse de sí misma. Sorda y ciega de tan blanca está. Y el polvo sube y trema asordinado y exacto: "¡Oh, qué blanco tan blanco el de su blanco!".

—¡Que lo tira! ¡Sujete! ¡Ay, Dios, qué brincos!

Se ha escapado una alpargata. Voló y posó sobre las faldas verdes.

—¿De cuál de los tres es esto que me cayó en las faldas?

Hay que volver al patio a sujetar mejor la cinta, pues... Al patio pálido de luna y de dos linternas,

dos faroles amarillos; de luna embebecida en sí misma, cerrada en blanco, abierta sólo a su interior, más blanco, todavía y, demasiado alta e inasible, empero, para la corta mirada macilenta y sucia y desvanecida de amor, de las linternas. Suena la tierra entera: piedra y monte y agua y carne, ahora emblanquecidos. Sueña la tierra entera, ahora: "¿Dónde, dónde blancura ya más blanca? ¡Ninguno así de blanco entre los blancos!"

Y Juan Pérez, ahora, en medio de la sala, con sus zapatillas blancas y su sonrisa pegada, que aletea y no huye, como mariposa viva con alfiler. Y el León, el Perro, Margaritas, el Cisne, muda Sota de Espadas, y Claveles y el Angel. Y ya también, asimismo — tras el Arbol al que hay que doblarle las ramas con dificultad para que pueda transponer el estrecho, bajo dintel... la Muerte. La Muerte, sí, con su guadaña y su farol que ha dejado en el suelo para ayudar a que el Arbol logre el pasaje; filo mellado y color de lumbre que empuña nuevamente, ahora, entrando.

—¡Jesús! ¡Por Dios! ¡Que salga!

—¡Que la echen!

El Oso lento y dócil y cansado. Enhiesto, arriba; abajo, chueco. Y el domador cazurro: parla y látigo. Más polvo hacia lo blanco, a cada golpe y a aquel danzar como de escobas, levantador de polvo, patizambo.

—¡Qué tierra!

—¡Páre al instante el bicho!

—¡A ver, que riego! ¡Juan Pérez, que salpico!

—¡Para atrás, Juan Pérez, por su bien, que salpica!

Ya van a sonar las guitarras. Ya están sonando. Y el acordeón se apresta a seguirlas, jadeante, cojo.

—"¡Oh! ¡Oh!... ¡Oh! ¡Oh!... ¡Qué cosa!" —

musitan las guitarras, cuchichean entre ellas, oscuramente.

—¡Qué linda, ay, Dios!, ¡qué linda pieza es la que va a empezar!

—¿Por qué, Clavel, es tan indiferente? Yo soy bueno... Yo soy trabajador — ha dicho el Perro, trémulo.

—¡Esas ramas, ay!

—¡Cuidado con sus ramas!

—¡Ay, qué fastidio! ¡Esas ramas que arañan!

—¡Es que es de balde, no se puede bailar así vestido! Tíreme esta rama para aquí y la otra para allá. ¿No ve que de frente se me doblan todas para atrás? Y ahora sáqueme a mí despacito para el patio. ¿No ve que me estoy descascarando y se me ve un poco la camiseta?

—"¡Oh!" — ha gemido el acordeón —. "Estaba lloviendo mucho, y yo me mojaba todo. Y golpeaba a su puerta... Y ella no abría. Pero me oía, sí. No estaba durmiendo. Me oía. Me oía... Me oía..."

—"¡Oh! ¡Oh!" las guitarras dejan brotar en trabazón oscura —. "¡Oh! ¡Oh! ¡Qué cosa!"

—"¡No estaba durmiendo, no! ¡Me oía!" — vuelve a quejarse, desde su fatiga, el acordeón —. "No estaba dormida... Y había puesto trancas a la puerta. Y me dejaba golpear... y mojarme mucho, ¡todo!"

—"¡Oh! ¡Oh!" — murmuran las guitarras, oscuramente —. "¡Oh! ¡Oh!, ¡ha puesto trancas; ha puesto gruesas trancas! ¡Y ella, detrás, escucha todo... y ríe!"

Y el acordeón, tosiendo, desde su cansancio, desde su asma, las alcanza, cojeando. Y ya para callarse, les confía:

—"¡Estoy todo mojado!... ¡Me estoy muriendo de frío!... ¡Me estoy muriendo de este frío!"

Las cuerdas agudas sufren un grito lastimero. Y una mano se interpone para que no vean las inocentes. Un brusco bordoneo — sí, una mano — que las ciega, piadosa...

—¡Ah!, le han dicho a la Muerte que se vaya al patio, entre los borrachos, y no vuelva más aquí; que a cada momento se pega una en su guadaña o da en su farol ¡y se horroriza!

—Y a Juan Pérez también se lo han dicho. Si no sabe bailar, le dijeron, váyase al patio, porque la sala es chica... ¡Y él estorba por diez porque tiende las manos para que no se le acerquen y le pisen las zapatillas!

—¡Qué lindo es, Sota de Espadas, estar de fiesta y no acordarse de nada!

—Sí, pero usted lava, ¿no es cierto?

—Sí, ¿no ve las manos? Antes todos tenían que hacer con mis manos. Y me gustaría sentarme, pero tengo que estar parada toda la noche por las alas. En el respaldo se me arrugan todas...

Por el ventanuco, desde afuera, el Arbol y la Muerte miran la danza, tristemente. Y tragan polvo. Que éste sube hacia el fleco multicolor de las guirnaldas. Y sigue, vaga arriba, rozando la pajiza techumbre de oro muerto y, sale entre los cariacontecidos asomados, y se pega a los pliegues del humo de la hornalla del patio, por ascender más pronto hacia lo diáfano. Donde las estrellas... Pero no, ¡ay!, están gimiendo; gritan, ahora las estrellas. Claman, gritan porque la blanca, tan blanca luna advierta, saliendo de su ensueño, a la famélica nube negra, agazapada, en acecho tras los horizontes. Con rabioso, sierpe pérfida. Toda ojos de cueva, agazapada frente a la ensoñante...

Otra vez ruedan latas con escándalo. Que en la doma del patio, un potro de arpillera, ahora en jirones, ha volteado al Oso — dormido en su borrachera — patas arriba sobre jarros y tarros... Pata de Palo — bota y palo — tira del en tierra y lo levanta. Y el Oso retribuye, a su vez, sosteniendo al salvador, que tambalea.

—"¡Oh! ¡Oh!... ¡Oh! ¡Oh!" — murmuran adentro ellas, las guitarras, oscuramente —. "¡Oh! ¡Oh!"

—¡Qué trabajo para hacerse la cola!

—No, parece. Y es del año pasado.

—¡Ah, usted... la guarda!

—Sí, la guardo... y después me la pongo.

—"¡Oh! ¡Oh!... ¡Oh! ¡Oh!"

—"¡Pero me oía, sí! ¡No estaba dormida, me oía!..."

—"¡Oh! ¡Oh! ¡Ha puesto trancas; ha puesto gruesas trancas! ¡Y ella, detrás, escucha todo, y ríe!"

—¡Ay! ¡A bailar conmigo entre Pata de Palo y está borracho como una cuba!

—¡Pata de Palo, no empuje!

—¡Pata de Palo, que me pisa!

—"¡Oh! ¡Oh!... ¡Oh! ¡Oh!..."

—"¡Estoy mojado, todo mojado! ¡Y me oye golpear porque está despierta!... ¡Me oye, sí... sí... sí!..."

—"¡Oh!, ¡Oh! ¡Ha puesto gruesas trancas! ¡Se va a morir de frío, de este frío!"

—¡Pata de Palo, no bailo más!

Hecho una furia sale Pata de Palo en busca de Juan Pérez para que lo consuele. Juan Pérez vigila la bota y el palo y sus zapatillas inmaculadas, mientras se pone a consolar, caído el alfiler, volada la mariposa.

—Venga, Pata de Palo. Venga, Muerte. Vengan a tomar. Cuelgue su farol, Muerte, al lado de ese farol.

—"¡Oh!, ¡Oh! ¡Ha puesto trancas! ¡Oh!, ¡Oh! ¡Qué cosa! ¡Lo va a matar... de frío, de este frío!"

—Siéntese en estos bancos. Beba, primero, Pata de Palo. Y ahora, que beba la Muerte. Yo, después, el último... Y, después, nosotros dos nos vamos y no vendremos nunca más. ¿Y usted, Muerte?

—¡Yo también me voy... y los tres no vendremos nunca más!

Otro farol, ahora, en el patio. Amarillo, sucio, desvanecido, el de la Muerte. Tres faroles, ahora, estirada su luz sin bríos hacia el polvo demasiado alto ya y hacia el humo lejano, que ascienden, ahora, enloquecidos, remolineantes, en torbellino. Porque las estrellas gritan, trizándose, que ya se arrastran, se arrastran la nube y su negrura: can rabioso, sierpe pérfida, ojos de cueva.

¡Y la luna, tan pálida, soñando!

¡Murió la blanca! La malvada nube negra duerme. Y las estrellas, dejando sin rutas al humo aquel y al polvo, en su fuga enloquecida...

Silencio... Silencio... Junto a macilento color de lumbre que se pone en como cauteloso movimiento ya, silencio. Y, ahora, silencio y golpe... silencio y golpe... silencio y golpe...

—Sosténgame, Pata de Palo. Me voy a sacar las zapatillas, así no me las humedece el rocío. Sosténgame...

—"¡Oh!, ¡Oh!... ¡Oh-ía!... ¡Oh-ía!..."

¡Se cayó Pata de Palo!

—"¡Oh!, ¡Oh-ía!... ¡Oh!, ¡Oh-ía!..."

Silencio y golpe... Silencio y golpe... Silencio y golpe... Silencio y golpe...

Silencio.

LAS RATAS

Me veo, siendo muy niño, siguiendo una mañana hacia el fondo de la casona familiar a una criada que, entre aspavientos, portaba una gran caldera de agua hirviente. El fondo era extenso. A un lado, estaba la caballeriza y el altillo para los forrajes, largos de varios metros. Al frente, las habitaciones de la servidumbre y de los recogidos. Cuando la criada se detuvo frente a una trampa de alambre que encerraba dos ratas, el espanto estrujó mi corazón. Al vernos, ellas se debatieron contra las paredes de la jaula, arañando los alambres. Luego, se echaron con las cabecitas pegadas al suelo, jadeantes. Sus ojillos abiertos no querían mirar.

De pronto, profiriendo a gritos:

—¡Destrocen, ahora! ¡Traigan pestes, ahora! — la mujer alzó la caldera.

Un chorro quemante, un solo, breve chorro, cayó sobre las ratas, cuyos lomos humearon, despeinándose, y se encogieron entre ahogados chillidos. La maldita jaula se estremeció, se dio vuelta, rodó, saltó, despidiendo un pegajoso tufo a carne recocida. Como ositos se paraban en dos patas las infortunadas, rascando con las uñas los fatales alambres. Y caían. Y en botes de epilepsia se destrozaban los hocicos buscando salida. Inexorable, la criada dejó caer un nuevo chorro; esta vez prolongado, perseguidor. Sin voz de horror, yo permanecía inmóvil, con los ojos secos, vueltos vidrio. Entre el clamor ya desvaneciéndose, la jaula daba

tumbos, crujía a influjo de las pequeñas garras urgidas. Y aparecían los dientecillos en las crispaciones del martirio.

—¡Destrocen, ahora! ¡Traigan pestes, ahora!

Hasta que una cayó encogiéndose en brusca crispatura y se estiró luego, imperceptiblemente. Entonces, enloquecida, la otra quiso guarecer la cabeza bajo el cuerpo inerte. Pero alcanzada otra vez por el agua, tocó el techo, de un brinco, rodó también, temblando, y quedó quieta.

Cayó todavía más agua, acabando con la tersura de aquellas pieles grises. La mujer se alejó sin mirarme. Yo... yo no había recibido todavía el golpe de saber que las oraciones aprendidas eran sólo para los humanos; que lo demás, las plantas, las bestias, la tierra toda quedaban fuera, en horroroso desamparo. Cuando pude salir de mi anonadamiento, me arrodillé, pues. Y elevé mis preces a Dios por las almas de las dos bestezuelas quemadas.

Momentáneamente, una dulce paz se posesionó de mí. Volví al patio. Entré en el cuarto donde mi madre yacía en cama, enferma. No sé por qué, guardé el secreto de la escena que acababa de presenciar. Ella extendió el brazo, y acarició mis mejillas. Estaba ojerosa y pálida. Bella como la que, allí mismo, rodeada de flores, me contemplaba desde su nicho, a la luz permanente de una veladora.

Mi madre me cantaba siempre la canción de un viejo arpista muy pobre, con varios niñitos, a quienes tenía muy poco que darles de comer. Una noche de lobos en que llegó sin nada, al oír "¡Danos pan! ¡Tenemos hambre!", desesperado, se puso a tañer el arpa. Ellos danzaban. Danzaban hasta caer, dormidos, a sus pies, para no abrir ya nunca más los ojos.

Bajo la mano de mi madre, el reciente martirio y la idea de los roedores que todavía vivían en sus cuevas del fondo volvieron a turbar mi corazón. Asocié la canción del viejo arpista con sus niños hambrientos.

—Mamá —dije, trepándome a la cama—, cántame lo de los niños.

Ella sonrió, melancólica. Me situó de manera que yo no tocara su vientre, y accedió con su cara junto a la mía. Pero su acento, ahora, evocaba para mí más que niños danzando hasta morir bajo los sones del arpa. Yo veía también ratas, muchas ratas, extenuándose hasta caer inanimadas...

De pronto, algo cálido cayó sobre mi mejilla. Alcé la cabeza. Estaba llorando mi madre. Evocaba por su parte, sin duda, ahora lo comprendo, algo más que los hijos del arpista. Y derramaba lágrimas por dos niños, yo y el que iba a nacerle, que nos hundiríamos pronto en el incierto, hosco porvenir. Recién terminaba una guerra. El padre, herido, todavía no había llegado: en los fogones revolucionarios las brasas ardían, aún... Pero siguió con un acento triste como nunca, como jamás había cantado, mientras mi alma se iba sintiendo presa de un oscuro y poderoso infortunio que me fue estrechando cada vez más a ella, hasta que, de pronto, lanzó un gemido mi madre. Y una anciana negra, arrojando su cigarro a medio fumar, entró en el cuarto y me llevó afuera a pesar de las protestas.



En el patio, junto al pasillo de la puerta de calle, sobre una pequeña mesa, había siempre una bandeja con monedas para los mendigos que acudían diariamente. Al pasar junto a ella me asaltó una súbita idea

que quise rechazar lleno de susto; pero que lenta y seguramente fue ganando mi voluntad. Se disimulaba entre otras, aparecía en parte, se desnudaba y se ocultaba en seguida, conducía mi imaginación hacia los estantes del vecino almacén y la tornaba presto, con sabrosas adquisiciones, hacia las negras cuevas de las ratas...

Desde ese momento, muchas veces me dirigía a la caballeriza, subía por la escalera hasta el vasto altillo, me tumbaba entre los fardos de pasto, y allí acariciaba la ensoñación, conmovido... ¡Ah! Era de noche, imaginaba yo, era de noche en una inmensa planicie solitaria. Me veía, a la luz de una luna pálida, con las manos desbordantes de exquisitas confituras. Y de todos los puntos del horizonte irrumpían, entonces, las ratas. Silencioso, sin sorpresa, multiplicándose en las sombras, avanzaba el pardo tendal como tibia marea de lava. Mis manos se abrían inagotables. Y los míseros roedores devoraban, junto con los dulces dones, mi ternura irresistible y desbordada. Lejos las trampas traidoras, las criadas crueles, los humeantes calderos. En la vasta planicie ellas y yo. Y la luna pálida. Y mi pasión, cuyo ardiente conjuro incorporaba en el vago horizonte más y más acercantes animalillos. Saltaban éstos entre mis piernas. Cogían en el aire los trozos de pan, de queso, de chauchas de algarrobo. Y en amplios movimientos mis brazos arrojábanlos en derredor a los lejanos. Luego, calladamente, bajo la luna pálida, íbanse retirando hacia detrás del confín. Y quedaba yo solo en la vasta planicie. Solo, grave y amoroso como un dios. Protegiendo el sueño de la confiada multitud maldita.

Pero pronto la realidad volvía. Y me asaltaba la desolación. Deambulaba sin sombra por la enorme

casa. Yo, niño, entre las campanadas de las altas torres que me envolvían y envolvían el pueblo y seguían hacia los campos, desfallecía de angustioso amor. ¿Malditas las que roban, destrozan, contagian las pestes? ¿Trampas para ellas? ¿Muerte?... ¡Ah, Dios mío! Y me escurría entre las patas de los caballos, y trepaba al altillo a resoñar con la planicie bajo la luna pálida.

Hasta que, para mantenerse, el ensueño empezó a exigir algo, aunque fuese un poco, de verdad. Se me aparecía de nuevo, insistente, la bandeja con monedas del patio. Y el almacén vecino, de sabrosas provisiones. Entonces, me ahogaba la congoja. Y la sensación del mundo subterráneo y desdichado de las ratas, infundiéndome infinita piedad, no era bastante para mover mi mano. Llegaba de abajo, de la cuadra, el sordo mascar de los caballos. Este rumor oscuro, paciente, se fundía al oscuro y paciente infortunio de las cuevas. Mi alma, que después sabría de las cuevas desdichadas y oscuras y pacientes de los hombres, se agitaba en un desesperado delirio. El miedo a robar me rodeaba con barrotes de jaula. Hundía la cara entre el pasto seco, cuyo perfume traía también sus peculiares sensaciones de oscura resignación, de mansedumbre. Y lloraba. Cierta imagen desolada aparecía fatalmente. La de un hombre de piernas atadas por debajo del vientre de su cabalgadura, de manos atadas a la espalda, llevando en pos a una pareja de policías emponchados, que atravesó el pueblo cierta tarde de lluvia. Tan abatida iba su cabeza, que la hundía casi entre las negras barbas. Me veía atado yo, tan pequeño, a un enorme caballo, bajo la lluvia. Yo, en un peregrinaje sin descanso ni retorno, atadas las manos, atadas las piernas por debajo del vientre del caballo, seguido de patibularios

emponchados, cada vez más lejos, más lejos de mi madre...

Pero triunfó mi piedad. Y atravesé el patio. Y robé. Y compré. Y repartí entre mis invisibles amigos, echándoles dentro de las cuevas el botín de mis robos.

Pasaron los años. Dejé el pueblo por Montevideo. Pero me ahogaba. Regresé. Y mi corazón me fue arrastrando hacia las míseras cuevas de quienes suelen destrozar, llevar las pestes. Ahora, éstos eran hombres. ¡Ay, Dios mío!

EL MILAGRO DEL HERMANO SIMPLICIO

—Hermano Simplicio, perdonad que os diga que preferir la sopa de ajos al pavo trufado significa una barbaridad.

—Es que a mí... no sé... — quiso disculparse el Hermano Simplicio bajando la vista ante los ojos severos del Hermano Damasceno.

—Os digo, venerables Hermanos — intervino el Prior —, que a pesar de ser un absurdo, indudablemente, la preferencia del Hermano Simplicio...

Estas últimas palabras no llegaron al Hermano Simplicio. Al desviar la mirada de la del Hermano Damasceno, habíala posado sobre la gran rodaja rellena de su plato. Dentro del arco de un rosa desvanecido de la carne, minúsculos hilos verdes y el círculo amarillo de un huevo duro, tronchado a la perfección como por filo de navaja... Sol sobre la pradera; la comarca natal del Hermano Simplicio — verde y oro — de donde él no salió nunca hasta que oyó la voz de la altura mientras daba bellotas a los cerdos: "¡Simplicio, hijo mío, déjalo todo y ven a mí!"...

—Pero el gusto del Hermano Simplicio — continuaba para los demás el Prior — está más cerca de la verdad cristiana. El pavo trufado, si bien se mira...

Interrumpióse para llevarse a la boca un trozo pequeño. Lo acompañó con otro de pan. Mientras masticaba cogió el vaso de vino. Con los ojos fijos en lo rojo, continuó:

—Siempre que se habla de estas cosas, aparécenme

aquellas piedras preciosas y perlas de la Roma Imperial disueltas en vinagre, con lo que se colmó la paciencia del Todopoderoso; aquella Egida de Minerva que inventara Vitelio y para cuya preparación, Suetonio nos lo denuncia, debían recorrer sus galeras desde el Golfo de Venecia hasta el mismo Gibraltar, pues contenía, del rodaballo, el hígado; del faisán y del pavo real, los sesos; la lechecilla de la lamprea y la lengua del flamenco.

Bebió el Prior su vino de un trago. Enjugóse los labios. En la larga mesa del refectorio, todos los vasos, menos uno, se elevaron, también. El del Hermano Simplicio permanecía en su sitio. Que él, envuelto en verde y dorado, pies desnudos, calzones y camisas en hilachas, habíase alejado y trepaba por el tronco altísimo y arrojaba castañas a los niños, manos tendidas, abajo. "¡Simplicio! ¡Simplicio! — clamaban los pequeños —. ¡Ahora queremos almendras, no castañas!"... Era antes del tiempo en que escuchó la voz de la altura que le decía: "¡Simplicio, hijo mío, déjalo todo y ven a mí!". Simplicio se deslizaba hacia el suelo. Rodeado por los niños, júbilo en todos, se dirigía al bosquecillo de almendros y trepaba... Hasta que, de pronto, recordando, bajaba a tierra y corría, corría con alarma y fastidio hacia sus cerdos dispersos. Reunidos ellos, se sentaba sobre un tronco abatido, todavía cejijunto. Pero el rencor alentaba un instante, tan sólo. Simplicio olvidaba en seguida el disgusto. El jocoso cerdo negro le desataba carcajadas. "¡Pezuñas de Satanás! — gritábale —. ¡Y tú, Colmillo Largo! ¡Ya estáis los dos enfadados! ¡Qué desvelos me traéis! ¡Ni que fuerais bellos cervatillos del Rey! ¡Aprended de vuestra hermana, tan blanca y dócil, que ha de darnos blancos lechoncillos para la mesa de nuestra santa

Abadesa!" Y reía entre el ansioso, desaprensivo hozar ..

—¡No habéis probado vuestro plato! — observó a su lado el Hermano Crisóstomo cuando iban a retirárselo.

Con penosa zozobra el Hermano Damasceno interrogó, entonces:

—¿Os ha disgustado mi observación sobre la sopa de ajos, Hermano Simplicio? Yo sólo quise...

—¡Por Dios, Hermano! ¡No! ¡No!

—La carne asada, Hermanos — sostenía engullendo ahora carne asada el Prior — es, entre todas, la que menos contraría los humores. Me lo reveló en Colonna el Hermano Aristóbulo, un sabio, si los hubo, que buscó la Cuadratura del Círculo y la Piedra Filosofal hasta que, ya viejo, Dios lo iluminó y se arrepintió de sus pecados. Al extremo de largos hilos ataba trozos de distintos alimentos, se los daba a comer a siete espléndidos cisnes que tenía en el Monasterio... "Amicus Plato — murmuraba siempre, socarrón —, sed magis amica veritas". Y vigilando su clepsidra, extraía sus hilos y anotaba con letra menuda en sus infolios. El fue quien me dijo: "Comed carne asada, Hermano, y viviréis muchos años para servir al Señor". Explicábanos la ciencia de Aristóteles. Pero nosotros preferíamos, y él prefería, también, la narración de sus viajes por el Asia Menor...

Irreflexivamente, el hermano Simplicio se llevó su vaso a los labios y lo bebió todo, de un sorbo. Aquel vino, llegado por la mañana como obsequio del Príncipe piadoso, era, indudablemente, exquisito; terciopelo líquido y perfumado...

Cogió luego la garrafa y llenó hasta derramar, atolondrándose Encima de la mancha posó la servilleta.

Y como si con eso hiciera menos ostensible su torpeza, se puso, todo oídos, a escuchar. Pero las palabras, ahora del Hermano Leandro — voz cascada y dorada sabiduría —, fueron estirándose, desformándose hasta trocársele en sonidos sin significación. Era que, sin darse cuenta, el Hermano Simplicio, zurrón al hombro, cayado entre las manos, había puesto los pies en la hora recóndita de un atardecer lejano, entre cada vez más oscuros verdes y dorados enrojeciéndose hacia el oeste. Su corazón, en aquel remoto entonces, frente a los extensos collados, adquirió de pronto un extraño poder de presencia y obligó a prestarle toda su atención. Se le había puesto tibio y tan suave como la piel del corderillo. Simplicio llevóse las manos al pecho tal como si de verdad sostuviera un cordero. Se le abrió una sonrisa inefable. Cantaba desde una rama un pajarillo, pero Simplicio ya no lo oía. A su frente la tierra descendía graciosamente colina a colina, sobre el río. Pero él no la veía ni lo veía. El sólo sentía entre sus brazos a su corazón tibio y dulce y melodioso, que brincó, cordero en júbilo, cuando llegó la voz de la altura: "¡Simplicio, hijo mío, déjalo todo y ven a mí!"

La mano del Hermano Simplicio se alargó hacia su vaso. Mas, casi rebosante ¿cómo alzarlo sin derramar?... Inclinó la cabeza, estiró los labios y así, sin moverlo, fue que bebió.

—¡Hermano Simplicio! — reconvino dulcemente el Prior —. ¡Bebéis como un parvulillo!

El vino distaba ya un dedo de los bordes, por lo menos. Alzó el vaso, entonces, el Hermano Simplicio, disculpándose con una humilde sonrisa, aunque, lo que nunca en circunstancias semejantes, sin sombra de contrariedad; diríase que como gozando todavía de

una felicidad nacida por haber bebido sin coger el recipiente.

En un ángulo de la mesa el Hermano Teofrasto se inclinó al oído del Prior.

—Nuestro Lego — musitó — ¡es inocente como un niño!

Sonriendo beatífico, el Prior contestó, sin mirar a su interlocutor para más disimulo:

—Su corazón sirve al Señor como el Señor ama que le sirvan. Yo me asombro, Hermano Teofrasto, me asombro de que nuestro Hermano Simplicio no haga milagros. Ese su candor... ese su candor ya... no es. . de...

—¿Quién puede llegar a descubrir los designios de Dios? En verdad os digo, Padre Prior, que yo he meditado muchas veces sobre lo mismo. Ni nuestro Hermano Teodoro, ciento diez años de vida y ochenta de perfección; ni nuestro Hermano Teodoro ha alcanzado tamaña inocencia...

Asaltado por brusca sospecha, el Prior se revolvió en su asiento llevándose un dedo a la sien.

—Hermano Simplicio — dijo intempestivamente, aunque sin violencia — hoy, a medio día, el cocinero gustó por casualidad el plato del Hermano Teodoro después que en su lecho éste se hubo servido. Y su guisado de arroz, hecho expresamente sin sal... ¡tenía sal!

El Hermano Simplicio palideció a ojos vistas.

—Estáis en estrecha alianza con nuestro Hermano Teodoro. Pero, a sus cientos diez años, no podéis hacer caso de sus ruegos. En Colonna, el Hermano Aristóbulo, que siempre tenía junto a impasible clepsidra sus ojos y siete cisnes, me dijo: "La sal, Hermano,

trae a los viejos la muerte como la luz trae consigo el calor".

Quiso hablar el Hermano Simplicio. Mas su confusión le trababa la lengua. Rojo, sudoroso, bebió otro vaso de vino.

—No escuchéis nunca sus reclamos quejumbrosos, Hermano Simplicio. Provecto es, y su razón tiene ya la irresponsabilidad de la de un niño. ¡Nada de sal! ¡Nada de sal! Me lo dijo en Colonna el Hermano Aristóbulo. "Ella trae a los viejos la muerte — decía — como la luz trae consigo el calor".



Ya en su celda, en vez de desnudarse, el Hermano Simplicio se sentó en la cama. Tenía su lengua el regusto del vino que aquella mañana llevó al monasterio la principesca generosidad. Y, al mismo tiempo, se sentía, manos al pecho, abrazado a su corazón. Estaba tibio y suave su corazón. Tanto, que un deseo que en otro momento hubiérale parecido absurdo y poco edificante, en estas circunstancias ni le perturbó, siquiera. Empujado por él, se incorporó, pues, tranquilo, abrió la puerta y se encaminó de puntillas por un largo corredor. El aire del pasillo era fresco. Se acercó a un adusto ronquido, le llegó a toda su aspereza, se le fue alejando. El Hermano Teofrasto dormía del lado izquierdo, sin duda. Abrió una puertecilla...

Cuando regresó a su celda, tenía en la boca como terciopelo líquido y perfumado. Tornó a sentarse, las manos al pecho, acariciando el pecho donde repercutía dulcemente el palpitar del dulce corazón. Sentía ganas de caminar con él en brazos, el Hermano Simplicio; de llevarlo bajo la fresca noche por los campos, como

a inocente cordero que era su corazón. Le mostraría los hatos dormidos, los riachos placenteros, la tierna flor del prado. Se reiría él de gozo ante el ingenuo arrobo del cordero...

Ya no de puntillas, aunque en silencio lo mismo por lo gastado de las suelas, tomó de nuevo el largo corredor y atravesó el ronquido del Hermano Teofrasto. Desaparecido tras la puertecilla, un oído próximo, durante un rato, hubiese podido escuchar suspiros dichosos en las tinieblas, y el glu-glu provocado ex profeso — otro motivo de alborozo —, por el tragar violento.

¡Glu!... ¡Glu!...

El líquido, perfumado terciopelo cantaba ¡Glu! ¡Glu!... en la garganta. ¡Glu!... ¡Glu!... cantaba y, callaba luego, detenido el beber. Y el Hermano Simplicio estrechaba a su cordero tibio y suave.

—¡Ja! ¡Ja! — se oía de pronto. — ¡Escucha! ¡Glu! ¡Glu!... ¡Glu!...

Y ya salió el Hermano Simplicio. Pero por otro corredor: el que termina a la puerta con trancas del Monasterio. Retiró las trancas; abrió de par en par...

La noche era alta y diáfana, vestida de estrellas. Grave, alta y pura como la voz del órgano bajo las manos virtuosas del Hermano Leandro. O como aquel momento santo del salmo entre los salmos cuyo significado conocía: "Elevamini portae aeternales", tan subyugantemente cantado por sus hermanos ante su silencio humilde, porque ni palabras ni melodía consiguieron fijarse jamás en la memoria del Lego.

El sendero descendía retorciéndose jubiloso. Jubiloso descendía por él el Hermano Simplicio. Manos al pecho, oído izquierdo hacia el pecho, sonriente. ¡Qué estrellas tan hermosas! ¡Qué aire tan fino! La flor blanca es estrella. Y la estrella es la flor. Bendito el Señor

que cría la flor para la tierra y la estrella para el cielo. Tierra sin flor, triste tierra. Cielo sin estrella, triste cielo. Pongo flor en la tierra, pongo estrella en el cielo... ¡Y a sonreír todos alabanzas al Señor!

***

Descendían la colina con violines y flautas cuando lo divisaron al celeste resplandor.

—¡Mirad! ¡Mirad! ¡Un Monje!

—¡Lo que faltaba! ¡Buen disfraz! Completemos con él esta noche la locura del alegre Carnaval.

—¿Vendrá con nosotros?

—¡Claro! ¡Vaya una diversión el andar solo! ¡Venid, Hermano, venid!

Los laúdes danzaban alegremente en torno al canto alegre de las flautas. "¡Venid, Hermano, venid!" Y, detrás, el birrete del Magíster, hacha en mano y cuerpo rojo, el Verdugo; y el Trovador desmirriado y el Físico barbudo y el Mago de largo bonete zodiacal.

—¡Hermano, dadnos la bendición y marchad hacia el llano, con nosotros!

Complacido los dejó acercar el Hermano Simplicio. Bendecíales de corazón, desde lejos. Y cuando lo rodearon, saltando como cervatos al son saltarín de los laúdes y las flautas, les ofreció su sonrisa más resplandeciente.

—¡Qué bien! ¡Qué bien! — gritaba, engañada, la farándula —. ¡Es el mejor de todos! Aprende tú, físico vanidoso. Y tú, princesa de manto en arrugas y chapín descolorido...

—Que él vaya delante, con la música.

—¡No, vosotros delante, hijos!

—¡No, no! ¡No! ¡Avanzad, musicantes! ¡Y él delante, todavía!

—¡Marchemos!... ¡El delante!... ¡El delante!

—¡Deteneos! ¡Deteneos un momento! ¡La Princesa se arrepiente de su vida pecadora! ¡Va a implorar misericordia!

—¡Perdón, Hermano! ¡Perdón, en nombre del Señor! ¡Ved mi cara en el polvo y mi lágrima en mi ojo! ¡Dadme un pañuelo para enjugar su gota antes de que caiga en el suelo y se aplaste!

—¡Hermana! ¡Hermanita! ¡Alzaos! ¡El Señor, en mí, os perdona! — exclamaba Simplicio tomando por cierto lo fingido—. ¡Alegrad el rostro! ¡Y moved ligeras las piernas, con alegría!

—¡Notable! ¡Notable! ¡Es el mejor de todos el Hermano... el Hermano...

—Simplicio; yo soy el Hermano Simplicio.

—¿Simplicio? ¡Ja! ¡Ja!... ¡Estupendo! ¡Estupendo! ¡Es el mejor de todos el Hermano Simplicio!

—¡No, no habléis así! ¡El mejor, no!

—¿Quién, entonces? ¿El Físico o el Mago?

—¡Esta, ésta es la mejor!

—¡Adulación! ¡Galantería! ¡Con su manto en arrugas y el chapín descolorido, la Princesa no es la mejor!

—¡Adelante el Hermano con la música! ¡Tañed fuertemente, laúdes! ¡Soplad con brío, flautas!

—¡Adelante! ¡Seguidme, buena gente!... ¡El Señor es con vosotros! ¡Os bendigo de corazón!

—Adelante, sí, adelante y de prisa. Dejemos el sendero. Marchemos por derecho. Que la aldea es lejana, todavía. Y allí nos esperan la danza y el vino.

—¡Adelante! ¡Tañed con brío, laúdes! ¡Soplad más animosas, flautas! ¡Que vuestro son llegue primero y

les advierta; que el vino caiga en la copa y nos aguarde!

—¡Os bendigo de corazón! ¡Perdonad que me recoja el sayal hasta las rodillas!... Me estorba el ruedo entre las hirsutas zarzas... ¡Os bendigo de corazón!

*
**

Amanece.

Peso en los pies, peso en la frente, manto en jirones, bostezos que lo paran, el Hermano Simplicio sube por la senda del Monasterio. Se tenderá en la cama y quedará dormido, siente.

Negra la puerta. ¡Qué alta, la puerta, y qué ancha! ¡Cómo nunca ancha y alta, la puerta!

Empuja.

Sí, las trancas están detrás, rígidas. Por eso es...

¡Tan! ¡Tan! — golpea —. ¡Tan! ¡Tan!...

Y bosteza largamente.

¡Tan! ¡Tan!

Bosteza.

¡Tan! ¡Tan!

Y oye abrir, chirriando, el ventanillo de lo alto. Entonces, mira y se sorprende. Está el Prior allí, amenazante, sacudiendo los brazos, el aire extraviado y la boca con muecas.

—¡Padre Pior! ¿Os habéis puesto malo? — hácele llegar, lastimero, con el sueño rasgado, el Hermano Simplicio.

Los puños se agitan hacia él, allá arriba; los ojos se revuelven en las órbitas; pero la boca del Prior, iracunda, se contrae, sólo, pugnando tan desesperada como inútilmente por proferir una palabra atroz, una pa-

labra de maldición, de las que abren las puertas del Infierno.

—¡Padre! ¡Padre Prior! ¿Estáis malo, Padrecito?

Mas ¿qué es eso? Bruscamente, la mirada del Prior, allá en lo alto, se ha dulcificado. Y su faz ilumínase, arrobada. Y desde allí tiende, ahora amoroso, los brazos al Hermano Simplicio — manto en jirones y sueño rasgado — mientras grita en el colmo de frenético júbilo.

—¡Acudid! ¡Milagro! ¡Acudid todos, Hermanos! ¡El Señor enmudeció mi lengua, trabó el anatema en mi boca! ¡Milagro! ¡Acudid, Hermanos!

—¡Oh! — clama llegando presurosa la comunidad —. ¡Oh, el Señor ha trabado el anatema en su boca! ¡Milagro! ¡Milagro!

Y las puertas, negras, altas, anchas, ábrense de par en par...

—¿Qué hacéis, Hermanos? ¿Por qué os arrodilláis ante mí, ante el mísero Hermano Simplicio? ¿No véis que soy el Hermano Simplicio?... ¡Hermanitos míos!... ¡Que me llenáis de susto y me hacéis llorar!

—¡Milagro! ¡Milagro! ¡El Señor trabó el anatema en mi boca! ¡Gloria a Dios en las alturas! ¡A vuelo las campanas, Hermano Eusebio! ¡A vuelo las campanas!

—Gloria a Dios... ¡Oh, sí, voy corriendo, Padre Prior!

RODRIGUEZ

Como aquella luna había puesto todo igual, igual que de día, ya desde el medio del Paso, con el agua al estribo, lo vio Rodríguez hecho estatua entre los sauces de la barranca opuesta. Sin dejar de avanzar, bajo el poncho la mano en la pistola por cualquier evento, él le fue observando la negra cabalgadura, el respectivo poncho más que colorado. Al pisar tierra firme e iniciar el trote, el otro, que desplegó una sonrisa, taloneó, se puso también en movimiento... y se le apareó. Desmirriado era el desconocido y muy, muy alto. La barba aguda, renegrida. A los costados de la cara, retorcidos esmeradísimamente, largos mostachos le sobresalían.

A Rodríguez le chocó aquel no darse cuenta el hombre de que, con lo flaco que estaba y lo entecado del semblante, tamaña atención a los bigotes no le sentaba.

—¿Va para aquellos lados, mozo? — le llegó con melosidad.

Con el agregado de semejante acento, no precisó más Rodríguez para retirar la mano de la culata. Y ya sin el menor interés por saber quién era el importuno, lo dejó, no más, formarle yunta y siguió su avance a través de la gran claridad, la vista entre las orejas de su zaino, fija.

—¡Lo que son las cosas, parece mentira!... ¡Te vi caer al paso, mirá... y simpaticé en seguida!

Le clavó un ojo Rodríguez, incomodado por el tuteo, al tiempo que el interlocutor le lanzaba, también al

sesgo, una mira que era un cuchillo de punta, pero que se contrajo al hallar la del otro y, de golpe, quedó cual la del cordero.

—Por eso, por eso, por ser vos, es que me voy al grano. derecho. ¿Te gusta la mujer?... Decí, Rodríguez, ¿te gusta?

Brusco escozor le hizo componer el pecho a Rodríguez, mas se quedó sin respuesta el indiscreto. Y como la desazón le removió su fastidio, Rodríguez volvió a carraspear, esta vez con mayor dureza. Tanto que, inclinándose a un lado del zaino, escupió.

—Alégrate, alégrate mucho, Rodríguez — seguía el ofertante mientras, en el mejor de los mundos, se atusaba, sin tocarse la cara, una guía del bigote. —Te puedo poner a tus pies a la mujer de tus deseos. ¿Te gusta el oro?... Agenciate latas, Rodríguez, y botijos, y te los lleno toditos. ¿Te gusta el poder, que también es lindo? Al momento, sin apearte del zaino, quedarás hecho comisario o jefe político o coronel. General, no, Rodríguez, porque esos puestos los tengo reservados. Pero de ahí para abajo... no tenés más que elegir.

Muy fastidiado por el parloteo, seguía mudo, siempre, siempre sosteniendo la mirada hacia adelante, Rodríguez.

—Mirá, vos no precisás más que abrir la boca...

—¡Pucha que tiene poderes, usted! — fue a decir, fue a decir Rodríguez; pero se contuvo para ver si, a silencio, aburría al cargoso.

Este, que un momento aguardó tan siquiera una palabra, sintióse invadido como por el estupor. Se acariciaba la barba; de reojo miró dos o tres veces al otro... Después, su cabeza se abatió sobre el pecho, pensando con intensidad. Y pareció que se le había tapado la boca.

Asimismo bajo la ancha blancura, ¡qué silencio, ahora, al paso de los jinetes y de sus sombras tan nítidas! De golpe pareció que todo lo capaz de turbarlo había fugado lejos, cada cual con su ruido.

A las cuadras, la mano de Rodríguez asomó por el costado del poncho con tabaquera y con chala. Sin abandonar el trote se puso a liar.

Entonces, en brusca resolución, el de los bigotes rozó con la espuela a su oscuro, que casi se dio contra unos espinillos. Separado un poco así, pero manteniendo la marcha a fin de no quedarse atrás, fue que dijo:

—¿Dudás, Rodríguez? ¡Fijate, fijate en mi negro viejo!

Y siguió cabalgando en un tordillo como leche.

Seguro de que, ahora sí, había pasmado a Rodríguez y, no queriendo darle tiempo a reaccionar, sacó de entre los pliegues del poncho el largo brazo puro hueso, sin espinarse manoteó una rama de tala y señaló, soberbio:

—¡Mirá!

La rama se hizo víbora, se debatió brillando en la noche al querer librarse de la tan flaca mano que la oprimía por el medio y, cuando con altanería el forastero la arrojó lejos, ella se perdió a los silbidos entre los pastos.

Registrábase Rodríguez en procura de su yesquero. Al acompañante, sorprendido del propósito, le fulguraron los ojos. Pero apeló al poco de calma que le quedaba, se adelantó a la intención y, dijo con forzada solicitud, otra vez muy montado en el oscuro:

—¡No te molestés! ¡Servite fuego, Rodríguez!

Frotó la yema del índice con la del dedo gordo. Al punto una azulada llamita brotó entre ellos. Corrióla

entonces hacia la uña del pulgar y, así, allí paradita, la presentó como en palmatoria.

Ya el cigarro en la boca, al fuego la acercó Rodríguez inclinando la cabeza, y aspiró.

—¿Y?... ¿Qué me decís, ahora?

—Esas son pruebas — murmuró entre la amplia humada Rodríguez, siempre pensando qué hacer para sacarse de encima al pegajoso.

Sobre el ánimo del jinete del oscuro la expresión fue un baldazo de agua fría. Cuando consiguió recobrarse, pudo seguir, con creciente ahinco, la mente hecha un volcán.

—¿Ah, sí? ¿Conque pruebas, no? ¿Y esto?

Ahora miró de lleno Rodríguez, y afirmó en las riendas al zaino, temeroso de que se lo abrieran de una cornada. Porque el importuno andaba a los corcobos en un toro cimarrón, presentado con tanto fuego en los ojos que milagro parecía no le estuviera ya echando humo el cuero.

—¿Y esto otro? ¡Mirá qué aletas, Rodríguez! — se prolongó, casi hecho imploración, en la noche.

Ya no era toro lo que montaba el seductor, era bagre. Sujetándolo de los bigotes un instante, y espoleándolo asimismo hasta hacerlo bufar, su jinete lo lanzó como luz a dar vueltas en torno a Rodríguez. Pero Rodríguez seguía trotando. Pescado, por grande que fuera, no tenía peligro para el zainito.

—Hablame, Rodríguez, ¿y esto?... ¡Por favor, fijate bien!... ¿Eh?... ¡Fijate!

—¿Eso? Mágica, eso.

Con su jinete abrazándole la cabeza para no desplomarse del brusco sofrenazo, el bagre quedó clavado de cola.

—¡Te vas a la puta que te parió!

Y mientras el zainito — hasta donde no llegó la exclamación por haber surgido entre un ahogo — seguía muy campante bajo la blanca, tan blanca luna tomando distancia, el otra vez oscuro, al sentir enterrársele las espuelas, giró en dos patas enseñando los dientes, para volver a apostar a su jinete entre los sauces del Paso.

FIN